

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI LA CHIRA

FAMILIA E INFANCIA

HUMBERTO RODRÍGUEZ PASTOR

José Carlos Mariátegui La Chira
Familia e infancia



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial

Rodríguez Pastor, Humberto

José Carlos Mariátegui La Chira: familia e infancia / Humberto Rodríguez Pastor. 2.^a ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2023.

180 pp.; 13.5 x 21 cm

José Carlos Mariátegui La Chira / familia / infancia / biodata

ISBN 978-9972-46-724-0

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2023-03715

Primera edición

Lima, noviembre de 1995

Segunda edición

Lima, mayo de 2023

© Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fondo Editorial

Av. Germán Amézaga n.º 375, Ciudad Universitaria, Lima, Perú

(01) 619 7000, anexos 7529 y 7530

fondoedit@unmsm.edu.pe

© Humberto Rodríguez Pastor

Dirección General de Bibliotecas y Publicaciones

Pablo Sandoval López, director

Dirección del Fondo Editorial y Librería

Luis Alberto Suárez Rojas, director

Cuidado de edición

Luis Eduardo Zúñiga Morales y Andrea Del Pilar Mejía Liza

Corrección de estilo y diagramación de interiores

Selene Chiroque Inga, Evelyn Fritas Cruz y Mirella Robles Muñoz

Diseño de cubierta

Angello Chirinos Villanueva

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente edición, bajo cualquier modalidad, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Agradecimientos

Cuando se trabaja una obra como esta y se realiza un recuento de los diversos pasos andados por los archivos, no podemos dejar de sentir gratitud por el apoyo recibido de las personas que nos han atendido. Gratitud, tanto a los jefes (incluyendo en este caso a los párrocos) como a los empleados de los diversos niveles. No tenemos, conocemos o recordamos los nombres y los apellidos de todos, pero agradecemos a cada uno de ellos.

Igual dimensión de gratitud, que no es poca, tenemos por todos los informantes, sean o no parientes del Amauta José Carlos Mariátegui La Chira. Son muchos los nombres, algunos de los cuales están incluidos en el texto. A los no mencionados también debemos aprecio y gratitud.

Agradecemos con sinceros sentimientos de amistad la comprensión y el apoyo de Filomeno Zubieta Núñez, Elena Castro y Jorge Canales Fuster, a su esposa Rosa Bastidas y a su familia. Todos ellos residentes en Huacho.

Mi gratitud y amor a mi esposa Adriana Mandros por su colaboración cuando reuníamos juntos información en las parroquias de Huaura, Sayán y Huacho.

Al Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica (Concytec), en especial a los ingenieros Carlos Chirinos y Amaro Zavaleta, quienes sin ningún titubeo dieron cierto apoyo financiero para la impresión de este libro.

Y agradezco, por último, a Sur Casa de Estudios del Socialismo, a sus directivos y en particular a Maruja Martínez por el esmero que realizó para que este trabajo se editara con pulcritud.

Dedicado a Alejandro Tamashiro,
quien nos da a todos sus amigos
permanentes muestras
de auténtica amistad.

Índice

Prólogo a la segunda edición	13
Presentación	17
Notas iniciales	19
Un cataquense en Sayán	27
Las familias sayaneras de José del Carmen La Chira	33
Ampliación y sucesos en la familia La Chira	43
Una interpretación sobre la familia La Chira	51
Los Mariátegui	57
Francisco Javier Mariátegui y Requejo	63
Algunas reflexiones sobre los Mariátegui	69
Los hijos de Javier Mariátegui	71
y los que tuvo con Amalia	
José Carlos, Julio César y María Amanda	75
El problema del padre biológico	83
de José Carlos, Julio César y María Amanda	
Huacho a fines del siglo xix	89
y a comienzos del siglo xx	
El pueblo de Huacho que José Carlos Mariátegui vio	97
Las nostalgias religiosas de su niñez	105
y la religión en Huacho	
Recuerdos del mundo festivo,	111
circense y de la tauromaquia	

Los años en Huacho	115
José Carlos y la escuela en Huacho	129
Ambiente cultural huachano	139
Un accidente que trastoca una vida	143
Huacho en su vida posterior	147
 Obras y fuentes consultadas	 149
 Anexos	 155

Prólogo a la segunda edición

Han pasado casi 30 años desde la publicación de mi libro sobre la niñez y la familia de José Carlos Mariátegui La Chira, y sigo agradecido con Sur Casa de Estudios del Socialismo por haber aceptado la primera edición. Ahora añado mi gratitud al Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y a quien lo dirige, Luis Alberto Suárez Rojas, por publicar esta segunda edición.

Cabe destacar que este libro no habría alcanzado su impecable edición de no ser por la valiosa contribución del equipo humano responsable de tanto lo referente al diseño como al contenido textual. Sus importantes observaciones enriquecieron esta nueva edición.

De manera personal, he tenido mucho acercamiento a estas dos instituciones: por un lado, Sur Casa de Estudios del Socialismo, en su momento, fue un refugio de amigos y militantes del socialismo; por otro lado, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos estudié Antropología y enseñé casi desde mi egreso. ¿Cómo dudar de que mi universidad está en todo mi ser?

Luego de estos años, me pregunto: ¿qué ha pasado con esta obra que va a tener una segunda edición? Es difícil saber si se leyó mucho o poco, y menos sobre la opinión de quienes la leyeron, debido a que no se practica mucho el hábito de comentar acerca de los libros que leemos.

Por eso, expresaré mi propia opinión: creo que esta —mi obra— es resultado de una (casi) exhaustiva investigación. No faltó archivo por revisar, ni periódico por leer, ni página por examinar, ni familiar por conversar.

Por lo dicho, por esa plenitud, este libro biográfico es consistente y cumple con el fin de dar a conocer a la familia de José Carlos Mariátegui y, en parte, a su niñez. Además, es controversial porque se afirma que su padre biológico no fue un Mariátegui, sino un Chocano. Esa constatación no podrá ser alterada nunca.

Pero, como desde hace tiempo se dice, ello es un asunto menor ante la inmensidad de los variados aportes del amauta Mariátegui. Fundamentalmente, uno de estos corresponde a su contribución a las ideas políticas en la viabilidad del socialismo en el Perú. Claro que eso ya es histórico y requiere actualizar en un Perú y en un mundo tan diferente luego de casi un siglo.

Las últimas generaciones, en sus vidas urgentes, no se inquietan por la militancia política. Los pensadores que sí atrajeron a mi generación ya no son buscados, ni José Carlos Mariátegui, ni Víctor Raúl Haya de la Torre, ni Antonio Gramsci, ni Lenin, ni León Trotsky, ni el gigante Karl Marx. Creo —o quiero creer— que todo esto es pasajero y, por ello, es necesario retomar a José Carlos Mariátegui. Por tanto, me parece excelente que se publique esta nueva edición.

Por último, me inquietaban, como antropólogo, los primeros años de José Carlos Mariátegui, pues, bien se sabe, son fundamentales en todos los niños. Así como se asume una lengua materna, se debe aceptar que existe una cultura materna, aquella que imprime una personalidad

y un modo de comportamiento. La información obtenida en este libro se refiere más a ese entorno familiar y limitado contenido del quehacer cotidiano de ese marco de parientes.

Mediante una comprensión más profunda de estos aspectos de la vida de José Carlos Mariátegui, se espera que el lector desarrolle una apreciación más completa de la trascendencia de la familia en el proceso formativo de un individuo, así como una comprensión más enriquecedora de la figura histórica y el legado dejado por el Amauta.

Lima, mayo de 2023

Presentación

El estudio que ahora publicamos es el fruto de extensos meses de paciente investigación en archivos y entrevistas con personajes cercanos al entorno familiar y local del pequeño José Carlos Mariátegui, que Humberto Rodríguez Pastor ha realizado con la seriedad de un investigador y la devoción de un socialista. Una versión preliminar fue presentada en el seminario que realizó la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1994 para conmemorar el centenario del nacimiento del Amauta.

Mariátegui, qué duda cabe, es hasta la actualidad un hito en el pensamiento político peruano, heredero —pese a los múltiples íconos que sobre él se han construido— de una mente creadora y diversa, y abierto al debate y a la polémica, cuyo interés no disminuye, así como lo muestra el flujo permanente de estudios sobre su obra.

Las razones por las que interesa conocer mejor al personaje son su faceta de forjador del pensamiento socialista en el Perú y las fuentes que bebió y que, de alguna manera, otorgaron a sus ideas una determinada tonalidad.

Humberto Rodríguez Pastor nos muestra al pequeño Josecito no solo como un niño enfermo, sino también como un infante curioso, asombrado, cuyas primeras vivencias pueden explicar la multiplicidad de los hilos con que se tejó la vida del adulto. Un niño que descubre la vida en el seno de su familia materna, en una pequeña

provincia de principio de siglo —Huacho, un pueblo de migrantes—, retratada con singular acuciosidad.

Con excepción del trabajo pionero de Guillermo Rouillón, es poco lo que conocemos sobre la niñez del Amauta. La investigación que presentamos hoy enriquece nuestro conocimiento, incluyendo nuevas pistas sobre sus orígenes.

Debemos a Walter Silvera de Talleres de Fotografía Social (Tafos) las imágenes tomadas en los escenarios huachanos y a la gentileza de José Carlos Mariátegui III las fotos familiares de su abuelo.

Al publicar este trabajo de Tito Rodríguez Pastor —amigo y colaborador de Sur Casa de Estudios del Socialismo quien rastreó las primeras huellas del Amauta—, no hacemos más que continuar «con las velas desplegadas contra el viento», como gustaba expresar Alberto Flores Galindo. Navegando, aunque sea solos, aun cuando cada vez seamos menos los que buscamos para nuestro país un horizonte de esperanza.

MARUJA MARTÍNEZ

Notas iniciales

Al comenzar a redactar este trabajo, tengo la sensación de elaborarlo sin haber agotado las posibilidades de hallar más información sobre la niñez de José Carlos Mariátegui, ese «cojito genial» como lo calificara en cierta ocasión con amistad y ternura su compañero Abraham Valdelomar¹.

Y no es que no haya hecho los esfuerzos necesarios. Desde el verano de 1992, he avanzado discontinuamente recogiendo información en los archivos parroquiales de los pueblos de Sayán y Huaura, y he revisado casi todo el archivo de la parroquia de Huacho. En este último documento, al igual que en los anteriores, he buscado y fichado todo lo que existía sobre los apellidos Mariátegui y La Chira² desde el año 1850 hasta 1910.

Si bien queda aún por agotar la información de la parroquia huachana, es mucho más lo que podría obtenerse en alguna ocasión en el archivo de la Municipalidad Provincial de Huacho. Todo este documento estuvo, desde comienzos de 1993, en proceso de ordenarse y no se ha

1 Ver «Carta de Abraham Valdelomar (junio de 1918)». En *Correspondencia* (tomo I, p. 3).

2 En estos archivos parroquiales consultados, los apellidos son fáciles de ubicar, ya que se encuentran en relaciones que están a disposición del público; pero a veces se pueden hallar los apellidos Mariátegui y La Chira y cualquier otro no como protagonistas de la ceremonia religiosa (o del suceso religioso), sino solo como padrinos de bautismo, testigos de matrimonios o informantes de defunciones, y esos datitos sueltos en ciertos momentos significan mucho; indican, por ejemplo, la presencia del personaje que nos interesa en ese pueblo y en tal fecha, por lo tanto, nos revela que aún no había migrado a otra ciudad.

podido continuar; por ello, intuyo que en este repositorio podría haber aún información valiosa. Cualquier archivo, al igual que cualquier «mina de socavón», es una caja de alegres o tristes sorpresas. Pero uno presente, sospecha o intuye cuando hay una veta próxima por aprovechar. Y es esto lo que creo de este archivo municipal, pues en él pueden hallarse datos sobre actividades remunerativas de la población o, para seguir con otro ejemplo, asistencia a las escuelas de los personajes que nos interesan.

Para dejar completa esta parte informativa de la labor de investigación archivística que he realizado, debo decir que he revisado y reunido los datos (bautismos y matrimonios) que se conservaban sobre los Mariátegui en el Archivo Arzobispal de Lima de todas las parroquias limeñas (San Lázaro, Sagrado Corazón de Jesús [Los Huérfanos], San Sebastián, Santa Ana, San Marcelo); e igual trabajo hice en las parroquias de Santiago del Cercado, El Sagrario y la de Chorrillos. Luego de haber hecho esta investigación, encontré que esta misma data, e incluso más, la había presentado de manera ordenada Swayne y Mendoza (1951) en su obra *Mis antepasados: genealogía de las familias Swayne, Mariátegui, Mendoza y Barreda*.

Con la amable colaboración del comandante de fragata Jorge Ortiz Sotelo, he obtenido lo necesario sobre algunas personas de apellido Mariátegui del Archivo Histórico de Marina. Y gracias a la gentil colaboración del historiador Luis Guzmán Palomino y de la señorita A. Elia Lazarte Ch., he conseguido alguna información de algunos personajes de apellido Mariátegui del Archivo Histórico Militar. Por último, en el Archivo General de la Nación revisé los testamentos de algunas personas con este mismo apellido.

A diferencia de otras capitales de provincias y hasta de departamentos, en Huacho han existido desde el siglo XIX varios periódicos, lo que muestra un temprano mercado consumidor que representa inquietudes intelectuales en la población³. Pero solo he ubicado en el local el diario que aún funciona, *El Imparcial*, y de él he extractado lo que creía pertinente de los volúmenes de algunos de los años que existían y que se encuentran convenientemente empastados (ver la sección Obras y fuentes consultadas).

En el mismo Huacho hay aún familiares de parte de la madre de José Carlos. Algunos muy ancianos pero lúcidos con los que he conversado más. Al igual que cualquier persona, no solo ellos tienen recuerdos selectivos, sino que al momento de las entrevistas expurgan lo que solamente quieren decir y, a pesar de que estas decisiones han interferido en la investigación, hay que respetarlas aunque no dejemos de lamentarnos. Dentro de esta ciudad todavía se mantiene activo un periodista que, aproximándose a estos mismos familiares de José Carlos, reunió información; sin embargo, por comprensibles temores —y pese a los breves artículos que ha escrito—, no ha dicho todo lo que podía decir.

Revisando la bibliografía sobre Mariátegui donde hay información biográfica, de preferencia en la que se refiere a sus primeros años, hallamos que unos —una buena mayoría— repiten a los pocos que realmente han hecho avances investigatorios. Y se observa que, por lo general, no ha habido central interés sobre su infancia; en cambio, sobre el período denominado «La edad de piedra», sí se

3 Ver al respecto Zubieta Núñez (1991 y 1994b). Este autor indica la existencia de periódicos en Huacho desde el año 1821.

encuentra mayores progresos⁴ y este interés aumentará en estos tiempos cuando se cuenta con la ventaja de disponer en ocho volúmenes los *Escritos Juveniles* de José Carlos. Es un acierto de los hijos de Mariátegui haber editado estos escritos.

El que sí hizo notables aportes a la biografía de Mariátegui fue Guillermo Rouillón. Su trabajo, que no solo comprendió los años de niñez, ha concluido en dos tomos («La edad de piedra» y «La edad revolucionaria») que llevan un solo título: *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*. Previamente, el mismo Rouillón elaboró el libro *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*, el cual es muy útil hasta la actualidad. De lo escrito por este autor, haré comentarios en el transcurso de este trabajo, sobre todo la parte que corresponde a la niñez.

Solo adelantaría que Rouillón tuvo la ventaja de conversar algo con Amalia La Chira Vallejos, madre de José Carlos, quien le dio información bastante confidencial, como el dato que fue Moquegua (y no Lima) el lugar exacto del nacimiento de su hijo, el escritor y político⁵. Además, Rouillón hizo, posiblemente en las décadas de los años 50 y 60, el mismo recorrido archivístico parroquial que hemos realizado, con excepción del de Huaura. Si bien él halló los mismos datos que hemos encontrado, le han faltado algunos, ha silenciado otros y unos más los ha mencionado de la manera como mejor le parece. Por ahora no decimos nada sobre sus interpretaciones y conclusiones, pues lo haremos en los momentos pertinentes. De todas maneras, en este trabajo biográfico tendremos que dar

4 Ver Tauro del Pino (1987), Flores Galindo (1980) y Gargurevich (1978).

5 Conversación con Javier Mariátegui Chiappe.

explicaciones que pueden ser tediosas para el lector, pero las creemos indispensables porque no solo será necesario recrear la vida de personajes de la familia de José Carlos, sino también habrá que indicar nuestros desacuerdos con Rouillón y en ciertos momentos necesarias rectificaciones.

Al ser el único autor que, con evidentes esfuerzos y persistencia por obtener información nueva y, por lo tanto, en forma «extensa», presenta los años de niñez de José Carlos, tema de este libro, considero necesario hacer ciertas críticas a Rouillón, y algunos otros autores, si queremos mostrar otras percepciones y avances que surgen, pues hay nuevos datos que aparecen sobre los primeros años de vida de José Carlos y de su familia y porque tenemos un diferente modo de abordar cómo elaborar una biografía. No hay nada personal contra él, ni siquiera lo he conocido en mi vida y hasta tenemos respeto por lo que logró en sus obras sobre Mariátegui. Pediría que esta explicación se entienda y se recuerde desde un comienzo, ya que no volveremos a repetirla en las páginas siguientes.

Más próximo en las intenciones y en la metodología me siento con Alberto Flores Galindo (1980), con el «Estudio preliminar» que hace Alberto Tauro del Pino (1987) en el primer tomo de los *Escritos juveniles* de José Carlos Mariátegui y con el reciente artículo de Javier Mariátegui (1993) titulado «Un autodidacto imaginativo». Jamás será posible lograr tantas precisiones sobre la niñez de José Carlos como las que de su juventud presenta Alberto Tauro del Pino (y otros, entre ellos Flores Galindo), quien ha tenido la ventaja de contar con casi todos los escritos de «La edad de piedra». En cambio, sobre los primeros años de vida de Mariátegui, los testimonios que se han dejado

no han sido muy extensos (aquellos que se pudo obtener de su madre, hermanos y otros familiares próximos). De igual manera, sentimos con pesar que las menciones autobiográficas de José Carlos sean escasas y retaceadas y que se encuentran a modo de breves recuerdos de niñez, principalmente en esos ocho tomos y no en todos los escritos posteriores a «La edad de piedra» reunidos en algo más de 20 tomos. El mismo Mariátegui indicó en algún momento que fue poco autobiográfico. En toda su obra hay pocas referencias a Huacho, lugar donde pasó sus primeros años de vida; es como si hubiera preferido ubicar en el olvido esos años de su infancia, que la consideró «fugaz, [pues le] siguió una adolescencia prematura»⁶. Y no es extraño que sus cuentos juveniles, como lo indica Tauro del Pino (a diferencia de Valdelomar y Yerovi), no tengan una ubicación o localidad precisa.

Era inevitable que la orientación del trabajo de Tauro del Pino estuviera acentuada alrededor de cierto análisis literario, esa fue su mayor formación. Así como es ineludible que en las páginas escritas por Javier Mariátegui sobre su padre encontremos un tratamiento analítico que tenga una base decidida por su formación profesional.

En nuestro caso nos interesa mostrar los diversos elementos que, al unirse, han «creado» al personaje. Estos factores que consideramos, cuyo peso individual varía, son las características personales innatas, la tradición y el orden familiar, la sociedad y la cultura local, el desarrollo de la macrosociedad y las fuerzas externas que participen en su transformación, y la dinámica de la época.

6 Ver «Carta a Ruth (11 de abril de 1916)». En *Anuario Mariateguiano* (1989, volumen 1, p. 56).

La información de algunos de estos elementos es escasa; de otros, abundante, y de unos últimos, inexistente. Los datos sobre la familia materna son bastante exactos, pero casi solo nominales. Javier Mariátegui hace cortas menciones a recuerdos de vida familiar de la niñez de su padre, lo cual nos hubiera convenido tener profusamente. No hay mucha información precisa sobre el supuesto padre de José Carlos y lo que sobre este particular e importante asunto presenta. Rouillón confunde antes que ofrecernos claridad, más aún cuando, en su libro, ese conjunto de información lo mezcla con sus comentarios o interpretaciones (o las de quien fuere).

El mayor avance logrado en estos tiempos ha sido conocer el entorno social en el pueblo de Huacho, donde transcurrieron los primeros años del niño José Carlos. Sobre la ciudad y puerto de Huacho a fines del siglo xix y comienzos del siglo xx, tenemos no poca información que ayudará a recrearlos. No es fácil hallar mucho material de la familia La Chira en Huacho a pesar de que algunos de ellos habían migrado a Sayán desde el siglo xix. Esto es así debido a que se trataba de una familia bastante pobre y por eso no se les encuentra en relaciones de propietarios de negocios o tierras, con excepción de la presencia de Juan Clímaco La Chira, hermano de Amalia y, por tanto, tío en primer grado de José Carlos.

Pero todo lo dicho, en cuanto a lo que hemos reunido sobre la niñez de José Carlos, puede ser mejor percibido en las páginas que continúan.

Un cataquense en Sayán

Sayán tiene una ubicación en el valle de Huaura similar a la de Chosica en el valle del Rímac. Ambos han tenido y han sido utilizados, mucho más en décadas pasadas que en las actuales, por sus ambientes soleados y secos como lugares de recuperación o curación de enfermedades, principalmente para males bronquiales y pulmonares. Para una atractiva manera de presentar las características geográficas, la inevitable vocación comercial y algunos rasgos sociales de Sayán, hemos leído en Apuntes de un Turista de comienzos de siglo, publicado como artículo que lleva el simple título de «Sayán» en un periódico huachano. El «turista» en cuanto a la ubicación de este poblado nos dice que está «colocado en el extremo de un dilatado valle y en la cabecera de la región de las serranías, es la llave del comercio interior y el vínculo de unión de la costa y los pueblos andinos»⁷. Este mismo autor presenta acertadas descripciones sobre la geografía del que forma parte este pueblo de «cabecera de sierra» y de las obras realizadas con la inteligencia, las manos y los esfuerzos de su gente:

[Sayán] tiene delante... un torrentoso río que baja de los nevados de Cajatambo por la quebrada de Huambo; sobre él se halla tendido un puente de fierro con sólidas bases de cal y piedra denominado Puente de Balta que da fácil

7 Ver «Sayán», en *El Imparcial* (1906).

acceso a la población. A su espalda, como fiel centinela... se eleva el enhiesto cerro de San Gerónimo, ostentando en su cúspide la venerable imagen del Salvador, bienhechora sombra que ampara y protege a los pueblos.

Atravesando el puente, se penetra en una calle ancha... A poca distancia, la vía se bifurca; de frente, conduce a la plaza de la [iglesia] matriz y por la derecha sigue el camino al interior. Hay también una calle paralela a la primera que parte de la plaza y conduce a la que sale al interior. Dentro de estas tres calles que son las más importantes, actúa el comercio local, realizándose todas las operaciones de la oferta y la demanda.

Las casas, por lo general, son pintorescas y alegres, la mayor parte de ellas tienen corredores techados, separados de la calle por barandas, sirven de tráfico a los moradores y también de albergue en los días lluviosos.

Junto a la iglesia hay una hermosa casa con extensa huerta y jardín que sirve de alojamiento al cura. El pueblo llama a este local convento.

Hacia la izquierda del pueblo hay una pequeña eminencia nombrada Portachuelo, desde la cual se admira los variados matices con que la pródiga naturaleza ha dotado a su campiña, literalmente cubiertas de frondosos árboles frutales que forman la delicia de Sayán.

Entre sus moradores se halla en minoría el elemento netamente indígena, los blancos y los mestizos ocupan la mayor

parte de la comarca. Hay también algunas respetables familias constituidas por laboriosos austriacos e italianos⁸.

A pesar de que esta extensa cita hace referencias al pueblo de Sayán en el año 1906, nos parece pertinente porque todo esto es lo que en algún momento vio y vivió José del Carmen La Chira, el abuelo de José Carlos, cuando llegó por primera vez a San Jerónimo de Sayán. De acuerdo con Rouillón, la presencia de este personaje nacido en la comunidad de Catacaos (Piura), en la década de los años 30 del siglo XIX, se debía a que formaba parte de la tropa del caudillo militar Domingo Nieto. Por haber contraído fiebres palúdicas en algún lugar costero no precisado como consecuencia de las campañas militares en las que participó y requiriendo reponerse, decidió disfrutar del buen clima sayanero⁹.

No se sabe en qué momento él comienza a trabajar como talabartero¹⁰, pero este fue su oficio hasta que murió (nace en 1817 y fallece en Sayán en 1882)¹¹, ocupación que, según Javier Mariátegui, enseñó a uno de sus primeros hijos: Pedro Pablo, y que posteriormente otro de sus hijos (Juan Clímaco) continuó desempeñando, pero en Huacho. Para el año 1876, cuando aún vivía el abuelo materno de José Carlos, y según el censo nacional de ese año, en el distrito de Sayán solo dos personas laboraban

8 Ver «Sayán», en *El Imparcial* (1906).

9 Ver Rouillón (1975, p. 19).

10 Siguiendo el diccionario de Martín Alonso, el *talabartero* es un guarnicionero, que fabrica talabartes y otros correajes. Y en cuanto a *talabartería*, de acuerdo con el uso en América, señala que es un taller de artículos de cuero.

11 «En diez de febrero de 1882 di cepultura (*sic*) eclesiástica al cadáver de José del Carmen Lachira (*sic*) natural de Piura de sesenta y cinco años no testó y murió de colerina, de que doy fe. Valentín Aparicio» (Parroquia San Jerónimo de Sayán, libro de defunciones N.º 6, 1861-1889, p. 134).

como talabarteros; en cambio, en el distrito de Huacho, las personas de este oficio eran once. Aquella diferencia nos muestra las múltiples dimensiones del requerimiento de los productos de la talabartería que coinciden con el volumen de población: mientras que en Sayán el total de habitantes era 2100, en Huacho casi llegaban a 9500.

Posiblemente José del Carmen La Chira aprendió este trabajo en su pueblo de origen porque en él hay larga tradición de un variado trabajo artesanal en cuero que aún se mantiene. Además, en Catacaos es intensa la presencia de población «indígena». Conviene indicar o recordar esta última característica de Catacaos, pues bien se sabe que los rasgos físico- raciales, en el caso peruano, no condicionan (como en ningún lugar del mundo lo hacen), pero son paralelos a comportamientos y tradiciones culturales. Por eso, el piurano José del Carmen La Chira debió ingresar a un ambiente geográfico y climático distinto al que conoció en los cálidos arenales norteños, por lo que en Sayán tuvo además que aprender a amoldarse a nuevas costumbres. No le debe haber sido difícil tolerar el calor de ese pueblo ni ha debido hacer esfuerzos con el idioma, ya que la población sayanera era y es hispanohablante.

En párrafos anteriores hemos transcrito la composición racial del pueblo de Sayán en el año 1906, según la percepción personal de ese personaje anónimo que firma como Apuntes de un Turista; 30 años antes, de acuerdo al censo de 1876, esta composición en el mismo distrito, que comprende la parte rural, era distinta: los denominados blancos solo representaban el 10 % del total de población (2188 habitantes); los mestizos, el 20.6 %; los indios, el 25 %, y los asiáticos (chinos culíes), el 39 %.

Seguramente sorprende que la población mayoritaria sea de raza asiática. Por estos años era frecuente que así ocurriera en distritos costeros donde funcionaban haciendas. En estas grandes propiedades agrícolas, el mayor volumen de trabajadores correspondía a los chinos culíes que, a partir de 1849, habían sido importados desde China en condiciones de semiesclavitud. Por tanto, cuando se realizó el censo en el año 1876, todavía estaban trabajando en dichas propiedades en cantidades considerables, aunque también muchos otros que se hallaban libres se habían instalado en ciudades y pueblos costeros, dedicándose, por lo general, al comercio. Los chinos del distrito de Sayán estaban en las haciendas próximas tales como Andahuasi y Quipico, que eran de las más extensas en todo el valle. Esta presencia de trabajadores asiáticos había dado un gran impulso a las economías locales y a la economía nacional.

Es importante tener en cuenta esta información, puesto que tanto José del Carmen La Chira como su familia vivieron en Sayán en tiempos en los cuales era frecuente vincularse de alguna manera (incluso emparentarse) con los chinos o simplemente verlos en calles, en caminos, en tiendas y, claro está, en el trabajo de campo y manipulando la maquinaria moderna de la época (trapiche y desmotadoras). Sobre este asunto de razas, retornaremos en las siguientes páginas.

Las familias sayaneras de José del Carmen La Chira

Lo que conocemos de las relaciones matrimoniales de José del Carmen La Chira y de los hijos que se derivaron de ellas se restringe a datos obtenidos del archivo de la parroquia de San Jerónimo de Sayán. En el verano de 1993 trabajamos junto a mi esposa en ese pueblo en una mesa frente a la «extensa huerta y jardín» de la «hermosa casa», mencionados en Apuntes de un Turista, y que actualmente es el alojamiento del cura párroco.

Si bien la información lograda en esa ocasión tiene la ventaja de avanzar en el conocimiento de la verdadera amplitud de la familia La Chira, es la única que puede lograrse en ese pueblo. No conocemos otra fuente escrita a la que se puede recurrir y la casi totalidad de gente que vive en el lugar hace tiempo ha olvidado a la familia La Chira.

En realidad, desde siempre el apellido fue extraño al lugar, pues solo el cataquense José del Carmen con su presencia lo introdujo y lo hizo a través de su amplia prole. Resulta curioso que posteriormente el apellido casi haya desaparecido de Sayán a pesar de que no fueron pocos los hijos que él tuvo en este lugar. Cuando algunos de estos descendientes fueron mayores, sucedió lo mismo que con mucha gente sayanera, incluyendo en este caso a una buena cantidad de los chinos culíes que trabajaron en las haciendas: salieron del pueblo y mayormente se

trasladaron al importante poblado de Huacho, a donde iba gente de Sayán, de Huaura y, no en poca cantidad, de las serranías de Áncash¹².

Entonces, es aún comprobable que los La Chira se han extendido numéricamente en Huacho y no en Sayán. En Huacho, este aumento se debe no solo a que allí han migrado desde Sayán los parientes consanguíneos de José del Carmen, sino también a que allí han llegado otras personas con apellido La Chira que por igual son piuranos y más de uno cataquense, pero no han estado ni están emparentados con los familiares de José Carlos Mariátegui La Chira¹³. Sean parientes o no, todos tienen una característica

12 Consultar *Censo de la ciudad de Huacho de 1907*, en Ministerio de Fomento (1908).

13 Uno de estos casos de un La Chira que no es pariente de José Carlos Mariátegui es el que aparece en el libro de bautizo N.º 16, página 143, de la parroquia de San Antonio Abad de Huaura. El 3 de julio de 1886 se registra el bautizo de Pedro Pablo, considerado hijo natural de José La Chira de Catacaos, quien residía en Luriamá, en Huacho, y de Cornelia Campos de Cajamarca.

Pasados unos doce años, en el archivo de la parroquia de Huacho, en los libros de matrimonio está registrada una boda realizada el 17 de febrero de 1898 entre José del Carmen La Chira —homónimo del abuelo de José Carlos Mariátegui— (de 32 años, nacido en Catacaos e hijo de Mariano La Chira y Manuela Martínez) y Saturnina Chilet (de 20 años, huachana, soltera e hija de José Chilet y Juliana Canales). Además, esta pareja ya había tenido tres hijos: Eusebia, nacida en agosto de 1896; Cirilo, nacido en julio de 1897; por último, Teodosia, nacida en agosto de 1899, muerta por tuberculosis a los 21 años en enero de 1920 y sepultada en zanja. La madre de estas tres criaturas fallece por glottis cuando vivía en el barrio huachano de Luriamá y recién tenía 22 años.

Este José del Carmen La Chira una vez más se casa. Su segundo matrimonio, llevado a cabo el 15 de septiembre de 1904, en esta ocasión es con una viuda igual que él: Lorenza Oliva (nacida en Huánuco e hija legítima de Lucas Oliva y Gervasia Andrés). Nueve meses después, el 14 de junio de 1905, cuando el matrimonio se había mudado al barrio de Santa María, nace su primera hija: María Felícita, quien muere el 31 de enero de 1907 cuando solo tenía un año y nueve meses. Pocos meses después, en mayo del mismo año, nace el segundo hijo de esta pareja a quien lo nombran José Aquilino. El tercer vástago es mujer, nace en febrero de 1910 y por igual muere siendo aún una bebe en enero de 1912. La última criatura que tiene este matrimonio llevó también el nombre de María y fallece de año y medio en enero de 1912 cuando su madre tampoco vivía, pues, luego de este cuarto parto, a Lorenza Oliva le da fiebre puerperal y muere el 30 de julio de 1911.

en común: pertenecieron en sus orígenes a los sectores más pobres de la región y posiblemente también lo fueron en sus lugares de origen, por eso decidieron trasladarse a espacios geográficos económicamente atractivos y con fuentes de trabajo como por entonces era Huacho.

Antes de mencionar a los descendientes de José del Carmen, digamos que el patronímico La Chira tiene bastante antigüedad: debe ser prehispánico. Guillermo Rouillón señala que ya en el siglo xvi existían curacas La Chira en Piura. Y desde hace más de tres décadas, María Rostowski sostiene la existencia de estos curacas tallanes con esta denominación que nos sugiere algún vínculo con un río y un valle piuranos bastante importantes. Los descendientes de estos personajes La Chira, aún con esos cargos tradicionales, reclamaron tierras al inicio de la República, lo que apunta a que, durante varios siglos, en el grupo dirigenal de Catacaos (esa pobladísima comunidad piurana) se mantenía este apellido¹⁴.

No es tan desacertado afirmar (aunque es mejor indicar que «es posible») que los La Chira de Sayán descienden de esos curacas La Chira del siglo xvi. De todas maneras, esta suposición conlleva silenciosos deseos de endilgar parientes de determinada «alcurnia» a José Carlos. Y porque quienes han hecho esto no orientan su espejismo a encontrarle parentela de orígenes modestos, alguna de aquellas

14 Comunicación personal del historiador Luis Guzmán Palomino. Otra comunicación (en Trujillo, 19 de mayo de 1994) que me han transmitido es la del antropólogo e historiador Alejandro Diez, quien ha averiguado que los La Chira fueron caciques en las parcialidades de La Chira y Tangarará, en Catacaos, junto con los Temoche en Camacho en Colán. Durante el siglo xvii, tienen aún poder en Catacaos, pero compartiéndolo con los Temoche; en el siglo xviii, junto con el decaimiento del poder de todos los caciques, decaen los La Chira y, en el siglo xix, ya no son nada.

personas que hubo o que hay por miles, y que no han sido mencionadas en crónicas ni aparecen en documentos antiguos o actuales. Indicamos ello porque algunas de las personas que elaboraron la biografía de José Carlos adoptaron este tipo de orientación, y no solo con relación a la parentela materna; es más notorio cuando se refieren a los parientes paternos.

El primer indicio archivístico de la presencia de la paternidad de José del Carmen La Chira en Sayán lo hemos encontrado en 1870 en una partida de matrimonio de una joven llamada María de la Encarnación, donde se indica que el padre es José del Carmen y la madre Candelaria Ballejos (en lo sucesivo, el apellido lo escribiremos Vallejós), y que había nacido el año 1849. Pasados algunos años de esa primera hija, hallamos que esta misma pareja tiene seguidos dos vástagos (1857 y 1858) y que, un año después (1859), el mismo padre tiene un retoño más, pero con otro compromiso: Manuela Ramos. En los años que siguen, ese piurano radicado en Sayán continúa teniendo hijos con ambas mujeres hasta 1874 y al año siguiente tiene un último descendiente, pero ya no con esas dos señoras, sino con una tercera llamada Juana Diego.

En total, el abuelo de José Carlos Mariátegui tuvo quince hijos: siete con Candelaria Vallejós, siete con Manuela Ramos y uno con Juana Diego. Todos ellos eran lo que antes (desde el siglo xvi, para ser más precisos) se denominaba «hijos ilegítimos o naturales»¹⁵, pues José del

15 Desde el siglo xvi, los españoles imponen una serie de términos para designar legitimidad, ilegitimidad o bastardía de los hijos que ellos mismos tenían. María Emma Mannarelli (1993), en su libro *Pecados Públicos*, analiza esta nueva realidad que surge en ese siglo y cuyas injustas repercusiones minusvalorativas o lo contrario aún se dejan sentir en la sociedad peruana.

Carmen no tuvo matrimonio religioso (no existía lo que actualmente llamamos «matrimonio civil») con ninguna de las madres de sus hijos.

Ello no debe interpretarse como si entre él y sus parejas existiera una relación irregular anómica. Si nos ciñéramos a la restringida idea en nuestra sociedad sobre legitimidad o ilegitimidad de las relaciones matrimoniales y de los hijos que aparecen de ellas, buena parte de los peruanos serían descendientes de parejas donde existe el caos. Pero ocurre que, en nuestra sociedad, hay —sobre todo en pequeños pueblos campesinos y en el campo, y seguramente de manera más acentuada en el pasado que en la actualidad— una normatividad paralela que conduce a una mayor estabilidad, a un equilibrio y a un respeto en los matrimonios.

En la tabla 1, presentamos a los hijos de José del Carmen La Chira. Guillermo Rouillón solo nos informa de la existencia de Pedro Pablo (número 2 en la tabla), José Manuel (3), Felipe (7), Juan Clímaco (12) y Amalia (6), todos ellos hijos de Candelaria Vallejos, pero de esta misma madre no parece encontrarse información de María de la Encarnación (1) ni de Petronila (10). Además, no señala la existencia de los siete hijos de Manuela Rojas (que en el cuadro presentan los números 4, 5, 8, 9, 11, 13 y 14) y tampoco indica al único hijo de Juana Diego, que es el último de esta relación.

No contamos con ninguna información de Manuela Rojas ni de Juana Diego que pueda servirnos para representar una imagen de ellas, y lo que se conoce de Candelaria Vallejos no es suficiente. En cuanto al apellido «Vallejos», es frecuente encontrar que por esos años, cuando la ortografía de los nombres y apellidos no tenían una

sola manera de escribirse, el patronímico Vallejos se escribía a veces con B y otras con V. Hemos adoptado lo último porque actualmente es lo usual.

TABLA 1. Hijos de José del Carmen La Chira.

N.º	Nombre	Fecha de nacimiento	Madre
1	María de la Encarnación	1849	VC
2	Pedro Pablo ¹⁶	1857	VC
3	José Manuel	19-03-1858	VC
4	Juan	08-02-1859	MR
5	Manuel del Sacramento	07-06-1860	MR
6	Amalia	10-07-1860	CV
7	Felipe	13-09-1862	CV
8	Casimira	02-03-1863	MR
9	Ursula	20-10-1865	MR
10	Petronila	29-06-1866	CV
11	Gabima	09-02-1868	MR
12	Juan Clímaco	31-03-1869	CV
13	José de los Angeles	02-08-1870	MR
14	Manuel	10-06-1874	MR
15	Manuel Esteban ¹⁷	23-12-1876	JD

Fuente: Archivo Parroquial de San Jerónimo de Sayán, libros de bautizo, años 1849-1910.

Abreviaturas: CV=Candelaria Vallejos; MR=Manuela Rojas; JD=Juana Diego.

16 Ver la información sobre la existencia de esta persona en Rouillón (1975, p. 19) y en Roque (1994, p. 6).

17 De este último hijo, deducimos quién fue su padre descartando al otro José La Chira que había en esos momentos en Sayán. Se trataba de José Manuel La Chira Vallejos, quien en 1876 tenía 18 años; José del Carmen, en cambio, en 1876 había cumplido 58 años y en 1874 había concebido un hijo más con Manuela Rojas, al que llamaron Manuel (penúltimo de la relación).

Este apellido no es sayanero y hasta ahora la gente de la región conoce que los Vallejos son de los pueblos cercanos a Oyón (actual provincia de Cajatambo) o a Churín. En la partida de matrimonio de Amalia La Chira, se indica que ella era oriunda de Lacsaura, poblado mucho más próximo a Churín que a Sayán y se halla en las frías alturas de lo que antes era la provincia de Chancay. Un escritor contemporáneo del lugar precisa que Lacsaura actualmente «es un pequeño poblado de diez viviendas muy antiguas y se encuentra situado a poca distancia de Paccho Tingo, en el camino actual que se extiende al balneario de Churín» (Roque, 1994, p. 5). En el censo de 1876, a este pueblo se denominaba —seguramente por error— Llacsaura, ubicado en el distrito de Checras, provincia de Chancay; era uno de los poblados más pequeños de este distrito. Gran parte de los habitantes de Checras, en esa ocasión censal, eran agricultores y labradores (no conocemos las definiciones ni la distinción que el censo utilizó sobre estas categorías); asimismo, era evidente la casi inexistencia de gran propiedad. Se puede deducir, por eso, que estos campesinos, mayormente indios o mestizos, tal como se precisa en el censo, eran pequeños propietarios concentrados en diferentes pueblos no muy extensos, ninguno de los cuales pasaba de 400 habitantes: Canín (250), Llacsaura (86), Chuichín (154), Maray (165), Moyobamba (300), Parquín (366), Picoy (300), Puñún (343), Tongos (193), Tulpay (89), Yucul (304) y Yurayacu (67). Al único centro poblado de Checras que el censo considera como «rural» (todos los anteriormente mencionados eran «población urbana») es a la hacienda Chucohú. El 93 % de la totalidad de los pobladores del distrito de Checras, racialmente, era considerado mestizo o indio.

Candelaria Vallejos, que debió proceder de uno de esos pueblos de las alturas —seguramente de Lacsaura de acuerdo con la partida matrimonial de su hija Amalia La Chira—, en algún momento decidió (o su familia) irse a vivir a Sayán, donde inicia sus relaciones matrimoniales con José del Carmen La Chira y, en los años siguientes, tiene los siete hijos mencionados en la tabla 1. La poca información que se sabe sobre ella conduce a pensar que, luego de la muerte de su cónyuge, en 1882, José del Carmen La Chira siguió tras aquellos hijos que migraron a la costa. En 1894, fue madrina de sus nietos; por ejemplo, cuando su hija Petronila (quien en esos momentos vivía con el chino José Ausejo) bautiza en Huaura a Rosa Josefa. Dos años después, amadrina a una de sus nietas, hija de Juan Clímaco, quien convivía en esos momentos, antes de que enviudara, con María Cerrate. En este mismo año, Amalia tiene un hijo al que llaman Juan Clímaco Julio (ya mayor, él utilizó el nombre Julio César), bautizado en Surco (antes era parte de Chorrillos, Lima); el niño también tuvo como madrina a Candelaria Vallejos. Esta última información nos muestra a su vez que, en 1896, Candelaria aún vivía y tenía entre 55 y 60 años. Desconocemos la fecha de su muerte.

Interesa notificar, por último, que, en 1890, una persona llamada Juliana Vallejos (a lo mejor hermana de Candelaria), en la parroquia de Huaura, es madrina del niño Manuel Prudencio, otro hijo de Petronila La Chira, a quien llamaban Petita.

Este frecuente tipo de compadrazgo entre parientes, común en el ámbito peruano, lo encontramos también, como no podía suceder de otra manera, entre los La Chira.

Incluso sucede entre los medio hermanos, como aconteció en Huacho cuando Petronila La Chira Vallejos (número 10 de la tabla) se responsabiliza de amadrinar (el 29 de diciembre de 1885 en Huacho) a Marina Herminia, hija de Manuel del Sacramento La Chira Rojas (número 5) y de Valentina Granados.

Por ser madre de José Carlos, nos interesa mucho más Amalia La Chira. A ella la encontramos como madrina de bautizo en algunas ocasiones, tanto con parientes como con no parientes. Esto es importante, además, para seguir su derrotero en esos años de información insegura sobre el lugar donde se encontraba viviendo. Por tal motivo, colocamos lo que hemos hallado de ella:

TABLA 2. Ahijados de Amalia La Chira Vallejos.

Lugar	Fecha de bautizo	Nombre de criatura	Padres	Parentesco
Sayán	27-09-1879	Manuel Natividad	Piainín (*) y Petronila Mena	No hay
Sayán	03-05-1882	Fidel Sotelo	José M. LCH y Jacoba Cóndor	Hermano
Sayán	15-02-1883	María O.	Vicenta Chávez	No hay
Sayán	21-07-1885	Dolores	José M. LCH y Jacoba Cóndor	Hermano
Huacho	20-10-1886	Felipe	José M. LCH y Jacoba Cóndor	Hermano

Fuente: libros de bautismos de parroquias de Sayán y Huacho.

(*) Es chino.

Ampliación y sucesos en la familia La Chira

En esta parte del trabajo, nos limitaremos a presentar cómo aumenta y, en ciertos momentos, disminuye el número de miembros de la familia La Chira, las orientaciones de sus vidas y las ocurrencias que podamos conocer de ellos. Mucho de esto se encuentra resumido en las siguientes tablas, donde solo es posible mostrar nombres y fechas, por eso es necesario complementar con otros datos cualitativos. De esta forma, daremos a conocer el entorno familiar fundamental de José Carlos Mariátegui.

Los conjuntos que hemos elaborado en estas tablas están constituidos según el nombre de las madres de los hijos de José del Carmen La Chira. En el caso de los hijos de Manuela Rojas, solo hemos encontrado información sobre Manuel del Sacramento (número 5) y eso nos ha motivado a colocar una tercera tabla con este tipo de información. Esto conduce a preguntarnos lo siguiente: ¿qué sucedió con tantos hijos de Manuela Rojas que ni siquiera han dejado huellas en los registros parroquiales?, ¿se fue con casi todos ellos a otro lugar?, ¿muchos de ellos murieron con la frecuencia con que fallecían los niños en esos años? Por desconocer lo que acontece con casi todos estos descendientes La Chira-Rojas, no volveremos a mencionarlos. Así, nos concentraremos en los La Chira-Vallejos que, es evidente, nos interesan más.

Retomemos los cuadros anteriormente señalados con los comentarios convenientes:

TABLA 3. Nacimiento, muerte y matrimonio de los hijos de José del Carmen La Chira y Candelaria Vallejos.

N.º	Nombre	Año		Compromisos matrimoniales
		Nacimiento	Muerte	
1	María de la Encarnación	1849		En Sayán, el 27-09-1870 con Martín Vilela.
2	Pedro Pablo	1857		
3	José Manuel de la Resurrección	1858		1. En Sayán, el 12-05-1892 con Jacoba Cóndor. 2. En Sayán en 1902 María Guadalupe Huamba (de Sayán).
4	María Amalia	1860	1946	En Sayán, el 01-05-1882 con Francisco Mariátegui de Lima.
5	Felipe	1862	1873	Fallece en Sayán de viruela cuando tenía 10 años.
6	Petronila	1866		1. En Sayán, en 1887 con ¿José Ausejo? 2. En Huacho, con José Ausejo.
7	Juan Clímaco	1869		1. En Huacho, el 12-11-1896 con María Cerrate (de Chiquián). 2. En Huacho, el 06-11-1924 con Francisca Garro (de Huasta).

Fuente: libros de bautismo, matrimonio y defunciones en parroquias de Sayán, Huaura y Huacho.

No hemos seguido las huellas de María Encarnación (primera persona de la tabla) porque no hemos buscado a personas de apellido Vilela. Es importante notar que el segundo de la lista, Pedro Pablo, nace ocho años después que la primera, y en este lapso no existe en la parroquia de Sayán ninguna persona de apellido La Chira. ¿Candelaria y José del Carmen no vivieron juntos durante este período? ¿Él se ausentó durante estos años de Sayán y solo al retornar retoma sus relaciones matrimoniales con ella? No hay información que nos ayude a responder estas preguntas y solo nos queda dejarlas planteadas. Antes bien diríamos que Pedro Pablo, según Rouillón, se fue a vivir a Huacho, donde estableció una talabartería y estuvo acompañado de su hermana Amalia. Esto pudo suceder en 1884 (o a fines de 1883), cuando él tenía 27 años, y Amalia, 24 años. Ella ya había tenido anteriormente otro hijo, Félix Evelardo, y se encontraba gestando por segunda vez cuando migra a Huacho o a Huaura.

En la tabla se indica que Felipe fallece de viruela cuando tenía 10 años. Lo que llama la atención es que no hubieran muerto los seis hermanos que le antecedían, todos aquellos hijos de José del Carmen con sus dos esposas. La viruela, por entonces y desde siglos antes, arrasaba con la vida de los niños y con la de adultos débiles¹⁸. En uno de los tantos documentos que solo al paso pude ver en la parroquia de Sayán, había uno en el

18 En un artículo que escribí sobre una epidemia de viruela entre los años 1859-1860, encontramos que, del total de fallecidos por esta causa (70 casos), el 73% era menor de 15 años de edad. Indicamos que, en los años sin estas epidemias, en las localidades de Huaura y Végueta, sobre las que se concentra el artículo, los fallecidos no pasaban de 50 personas (Rodríguez, 1992).

que se indicaba (siglo XVIII) que un pueblo del interior había sido totalmente diezmado por la viruela y que los terrenos habían quedado baldíos.

Sería excesivo e innecesario ver los casos en particular de los hermanos La Chira-Vallejos. Indicaríamos solamente que no tenemos más noticias de Pedro Pablo, que José Manuel de la Resurrección se quedó a vivir en Sayán —donde luego de enviudar tuvo un segundo matrimonio (tal como se puede observar en la tabla)—, aunque en algún tiempo estuvo en Huacho, y que los hermanos restantes (María Amalia, Petronila y Juan Clímaco) se dirigieron a la costa, donde tuvieron o aumentaron su descendencia. Entre estos hermanos, hubo muchas aproximaciones: vivieron juntos o cerca, seguramente se ayudaron y protegieron. En algún momento, Candelaria Vallejos, la madre de los tres, va también a vivir a Huacho o simplemente los visita con frecuencia. Todo ello se deduce de la información recopilada en las parroquias de Sayán, Huaura y Huacho, a través de las partidas de bautismo y de información oral proveniente de familiares y de diversas personas de la región que confirman no solo presencia transitoria, sino estable de alguno de ellos en la ciudad de Huacho. Lo trascendente es que esos tres hermanos La Chira-Vallejos dejaron para siempre Sayán y es aceptable suponer que ocasionalmente lo visitaron. De ellos, solo Amalia consigue posteriormente —como veremos en páginas siguientes— ir a Lima y quedarse a residir en la capital. Aunque años después también le sigue su hermano Juan Clímaco, quien trabajó con sus sobrinos José Carlos y Julio César.

Como dato interesante que muestra un acontecimiento desgraciado con uno de estos La Chira que se quedó a residir en Sayán y que fue noticia en un periódico huachano de 1907, mostramos en seguida los sucesos. El nombre de la persona que se menciona en la noticia es Felipe B. La Chira (aunque en un momento, por error, lo llaman Francisco). Seguramente se trataba del hijo de Manuel de la Resurrección, hermano de Amalia, nacido en Huacho el 23 de julio de 1886 y cuyos padrinos de bautizo fueron Benjamín Uvías y María Amalia La Chira; por lo tanto, Felipe, en 1907, tenía 21 años. Este primo hermano de José Carlos fue asesinado a puñaladas y baleado en el mes de agosto en el caserío de Huampán, distrito de Paccho. La nota periodística en *El Imparcial* del 12 de septiembre de 1907 y las que continúan días después (15 y 19 de septiembre) no precisan los motivos del crimen, pero indican con detalles que hubo crueldad con la persona e informan sobre el apresamiento de los culpables, aunque después hay una rectificación. No aparecen más explicaciones en *El Imparcial* en las fechas sucesivas. De nuestra parte, creímos conveniente presentar este suceso como muestra de las ocurrencias en la familia La Chira de las que seguramente José Carlos nunca se enteró.

TABLA 4. Nombres, lugares y fechas de nacimiento de los nietos de José del Carmen La Chira y Candelaria Vallejos.

Nombres de hijos	Nombres de nietos (lugares y años de nacimiento)
María de la Encarnación	1. Francisco (Sayán, 1875).
Pedro Pablo	
José Manuel de la Resurrección	1. Francisco (Sayán, 1880), Fidel (Sayán, 1882), Dolores (Sayán, 1885), Felipe (Sayán, 1886), Silvia A. (Sayán, 1888), Emilia T. (Sayán, 1890), María S. (Sayán, 1893), José J. (Sayán, 1895), Juana F. (Sayán, 1898), José L. (Sayán, 1899). 2. María Estela (1902), Feliciano (Sayán, 1904), Angela (Sayán, 1906).
Amalia	1. Félix Evelardo (Sayán, 1882), Esteban (Huacho, 1884), María Guillermina (Huacho, 1885), María Victoria Rosalbina (Huaura, 1887), José Carlos (Moquegua, 1894), Julio César (Lima, 1896).
Felipe	Fallece en 1873.
Petronila	1. Teresa (1887), Manuel Prudencio (Huaura, 1890), Rosa Josefa (Huaura, 1894).
Juan Clímaco	1. María Petronila (Huacho, 1896). 2. María Clementina (Huacho, 1899), María F. (Huacho, 1900), Lorenza (Huacho, 1902), Emilia (Huacho, 1905), Juan y Melchor [mellizos] (Huacho, 1908), Amador (Huacho, 1909), Carmen Cipriana (Huacho, 1915).

Fuente: libros de bautismos de parroquias de Sayán, Huaura y Huacho.

Nota: los números 1 y 2 en la columna de los nietos se refieren a hijos engendrados con el 1.º y 2.º compromiso matrimonial, respectivamente.

La tabla 4 complementa la tabla 3: muestra de manera más clara la información para que se perciba la composición familiar consanguínea más próxima (de parte materna) de José Carlos Mariátegui La Chira. En ella, tenemos que él tuvo seis tíos y 26 primos hermanos. De estos tíos carnales solo mantuvo vinculaciones cuando era niño con Petronila y Juan Clímaco, ya que ambos vivieron en la costa (Huaaura y Huacho, respectivamente) y posiblemente no conoció al resto, los vio muy ocasionalmente o escuchó sobre ellos «de oídas». En cuanto a los primos hermanos, pudo conocer solo a muy pocos, bien porque se quedaron a residir en Sayán, bien porque nacieron cuando él ya no estaba residiendo en Huacho. Hay una carta que recibe José Carlos de su primo Melchor¹⁹ cuando este le solicita que lo avale, en octubre de 1929, en la compra de un automóvil de marca Chevrolet, que además le pertenecía a su hermano Amador (también nombrado en la tabla anterior). Respecto a las vinculaciones con los hijos de Petronila, por su importancia, las señalaremos posteriormente.

Las dos tablas que continúan solo intentan brindar información completa de los parientes La Chira-Rojas de José Carlos. No es necesario decir más sobre ellos.

19 Era mellizo de Juan, además de ser ciego. Fallece en 1930, cuando solo tenía 22 años.

TABLA 5. Nombres y año de nacimiento de los hijos de José del Carmen La Chira y Manuela Rojas.

Nombres	Año de nacimiento
Juan	1859
Manuel del Sacramento	1860
Casimira	1863
Ursula	1865
Gabima	1868
José de los Angeles	1870
Manuel	1874

Fuente: elaboración propia.

TABLA 6. Nombres, lugar y fecha de nacimiento de los hijos de Manuel del Sacramento La Chira Rojas y Valentina Granados.

Nombres	Lugar	Fecha de nacimiento
Cesárea	Huacho	20-05-1883
Marina Herminia	Huacho	04-1885
Luis	Huacho	09-1886
Rosalina	Huacho	15-02-1888
Aurelio	Sayán	05-10-1893
Manuel Abraham	Sayán	09-10-1895
Luis Jacob	Sayán	21-06-1899

Fuente: elaboración propia.

Una interpretación sobre la familia La Chira

Por el origen natal de José del Carmen La Chira, nacido en el pueblo de Catacaos en Piura, y por la(s) familia(s) que forma en el pueblo de Sayán, nos encontramos con un grupo familiar perteneciente a uno de los cientos de pequeños pueblos semirurales en los que —de acuerdo a los progresos logrados— ya había algunas actividades especializadas mucho más necesarias en el siglo pasado que en la actualidad, como la de talabartería²⁰, cuya complejidad administrativa era bastante simple. Las tradiciones culturales se conservaban, aunque eran más susceptibles de cambiar con alguna intensidad, pues a estos poblados los encontramos, por su ubicación geográfica (cabeceras de sierra e inevitables lugares del paso de viajeros) y por su cercanía a centros productivos muy atareados, proclives a recibir influencias de fenómenos sociales nuevos y, por tanto, a recepcionar personas de otros lugares. La dinámica social interna de un pueblo pequeño inevitablemente varía al integrarse a una dinámica macrosocial mayor que ha adoptado un ritmo más acelerado.

No debió parecer extraño que durante las décadas de los años 50, 60 y 70 del siglo XIX lleguen a Sayán y se instalen allí personas de otros lugares, tanto de la costa como migrantes de caseríos campesinos-indígenas de las alturas. Estos son, por lo demás, los orígenes de las familias

20 Ver el pie de página N.º 10.

La Chira-Vallejos y La Chira-Rojas. Ninguno de estos apellidos tiene arraigo secular en Sayán. Y si consideramos a sus componentes principales (padre y madre), debemos saber que estamos frente a «indios» o «indígenas», o al menos ante «mestizos»²¹. En el año 1876, Catacaos, lugar de origen de José del Carmen La Chira, tenía un total de 18 691 habitantes, de los cuales 17 394 (93 %) eran «indios». Son muchas las veces que hemos leído esta misma palabra referida a sus descendientes (hijos o nietos) cuando se les colocaba el obligatorio calificativo racial y social en sus asentamientos de partidas de nacimiento, matrimonio o defunciones.

Hay algunas características personales que hicieron que José del Carmen saliera de esa nomenclatura y fuese considerado no «indio», sino «mestizo». A cada una de estas categorías, dentro de la percepción del quehacer cotidiano en esos pueblitos, les corresponde un color de piel, una lengua²², una cultura —desde hábitos alimenticios hasta una cosmovisión— y ciertas actividades económicas. José del Carmen no laboraba en trabajos productivos agrícolas ni pecuarios, tampoco era peón ni yanacona de hacienda; era un artesano que, para desempeñarse, requería algunos conocimientos, cierto orden y disciplina en el trabajo, y alguna vestimenta diferenciada del resto que socialmente lo

21 Entrecorrimos estas categorías por no ser tan precisas. A pesar de ello indicamos que nos referimos a categorías socialmente utilizadas con mucha frecuencia que representan a conjuntos de personas con ubicaciones sociales claramente establecidas dentro del conjunto de clases y sectores sociales menores, y que se distinguen tanto por características físicas, aspectos culturales ostensibles y precisas actividades laborales. No son ubicaciones sociales estancas, pero tampoco de mucha movilidad o ascenso (o descenso) social.

22 Que, en el caso de Sayán, en el siglo pasado, ha sido el castellano, seguramente con relictos del quechua.

«elevaban», más si al mismo tiempo sabía leer y escribir²³. Por tales motivos, como reconocimiento social de cierto prestigio, en los asentamientos de bautismo de sus descendientes, a José del Carmen le colocan el significativo «don» que, debe tenerse en cuenta, no era una designación generalizada para todo aquel que bautizaba a su vástago.

La presencia de miembros foráneos en Sayán, incluyendo tradicionales arrieros-comerciantes, debió sentirse más fuerte desde mediados del siglo XIX. Y seguramente todo esto ha sucedido junto con un leve grado de complejización administrativa dentro de ese mismo pueblo. Esos foráneos se presentaban o eran buscados como consecuencia del acentuado requerimiento de un considerable volumen de fuerza de trabajo en las grandes propiedades agrícolas que estuvieron cerca, pero no podían lograr captar a gente de las inmediaciones. Estas propiedades no solo necesitaron la caudalosa presencia de los semiesclavos *culíes*²⁴, también requirieron personal técnico (incluso extranjeros) para los modernos trapiches a vapor y para satisfacer una administración que correspondiera a las nuevas complejidades en unidades de producción que se modernizaban.

Nos estamos refiriendo, evidentemente, a lo que sucedía con las haciendas cañeras entre los años 1850 y 1880. Justo el período en que José del Carmen La Chira se establece definitivamente en Sayán y forma sus dos familias paralelas.

23 El que José del Carmen La Chira supiera leer lo hemos comprobado por las frecuentes firmas, siempre similares, que de él hemos visto.

24 *Culí* fue una palabra de origen bengalí utilizada para designar a trabajadores asiáticos que laboraban en cualquier actividad. Hubo *culíes* chinos, indios, filipinos, coreanos, vietnamitas. Al Perú solo llegaron los chinos *culíes*. Vinieron en barcos, atravesando una distancia de 17 000 km. Esa distancia, en línea recta, medía entre China y el puerto del Callao en el Perú.

Esa mayor intensidad productiva de las haciendas próximas y la nueva dinámica en la que Sayán estaba inmerso —todo lo cual atrae a gente forastera— tenían que hacerse sentir en las familias La Chira (Rojas y Vallejos) y ocurre en las relaciones matrimoniales que establecen algunos de sus descendientes inmediatos. Varios de los hijos del cataquense La Chira no se casan con sayaneros o sayaneras, lo hacen con foráneos (peruanos y extranjeros).

De las dos familias que forma José del Carmen, en aquella con apellido materno Vallejos se distingue que hay mayor número de miembros que migra a la costa. A pesar de que entre los La Chira-Rojas no hay mucha información, se sabe que solo uno de ellos se establece en Huacho. En consecuencia, podrían haber tenido los La Chira-Vallejos mayores inquietudes o mayores aspiraciones que los La Chira-Rojas. Sobre los primeros conocemos que no eran iletrados, aunque ignoramos dónde, cómo y qué calidad tuvo lo que aprendieron. Pero, en el caso de Amalia, lo que aprendió, quizás por inquietudes intelectuales propias más intensas²⁵, repercutió posteriormente en sus hijos (téngase en cuenta desde ahora que José Carlos no fue el único intelectual) y, si es cierta la versión de que fue profesora de escuela²⁶, como parece que fue así, los efectos han trascendido a su familia.

25 Para el año 1899, cuando Amalia vivía en Lima, estaba suscrita al diario *El Comercio*. La nota precisa que sale en el almanaque de este diario y dice lo siguiente: «Amalia Vda. de Mariátegui. Naranjos, Ayacucho 11a, 439». Debemos aclarar que el antiguo jirón Ayacucho actualmente lleva el nombre de jirón Miró Quesada y que la calle Naranjos estaba bastante lejos del centro de la ciudad, cerca de Cinco Esquinas, en Barrios Altos.

26 Información personal de los hermanos José Carlos y Javier Mariátegui Chiappe, Lima, 21 de mayo de 1994. Ellos indican que su abuela Amalia les dijo que ella había sido profesora, así como también lo fue su hija Guillermina; ninguna precisó en qué escuela trabajó ni de qué lugar.

Conviene detenerse unas líneas para señalar lo que parece que ha significado para los La Chira-Vallejos migrar y residir en Huacho o Huaura. Ciertamente, ello ha representado insertarse en una realidad diferente donde llegaba gente migrante también de otros lugares²⁷. Por eso, los La Chira-Vallejos han debido aumentar su cohesión familiar y quizás, de manera más amplia, junto con otra gente de Sayán a quienes conocían, su cohesión pueblerina sayanera. Sobre todo, porque en la costa no tenían la misma ubicación social que cuando vivían en Sayán, sino que se encontraban en escalas sociales más bajas; podrían haber sido considerados y tratados como «indios» llegados de pueblos menores. Y, claro está, como consecuencia de esta nueva realidad, han debido estrechar más vinculaciones y solidaridad entre ellos mismos, tal como sucede con grupos o familias migrantes del mismo origen en cualquier lugar.

Antes de ello, hay que conocer mucho más a otra familia completamente diferente a la que hemos tratado hasta ahora: los Mariátegui.

27 Según el censo de 1907, de los 6283 habitantes que en total había en Huacho, 275 eran extranjeros (203 chinos) y el resto de habitantes (6008) eran peruanos. De estos últimos, 1217 (19.4% del total) no eran originarios de la provincia de Chancay: 384 provenían de la provincia de Lima y 378 del departamento de Áncash (Ministerio de Fomento, 1908, pp. 14-16).

Los Mariátegui

A los 22 años, cuando era una joven, Amalia La Chira fue seducida en Sayán en 1882 —o quizás un poco antes— por una persona de apellido Mariátegui, y ese mismo año se casó con él. Poco después tuvo un hijo y así establece una extraña relación matrimonial. Por eso nos interesa conocer quién es este personaje, qué hay tras él y quién fue su familia.

Rouillón proporciona información, seguramente tomada de Guillermo Swayne y Mendoza, sobre el primer Mariátegui que en el año 1770 llega al Perú²⁸, al que considera vasco y tatarabuelo de José Carlos. Otra versión indica que el apellido es Navarro, de Sangüesa, y que se origina durante la lucha contra los moros, cuando un caballero de la Casa Salazar logró adueñarse de una fortaleza mora al grito de «María te guíe», y por ello de esta manera le despidieron sus compañeros (Atienza, 1954, p. 513).

28 «El primer Mariátegui, del cual se tiene noticia documentada, arriba al puerto del Callao tras arriesgada travesía, allá por el año de 1770, y responde a los nombres y apellidos de José Ignacio Mariátegui y Liernia (1740-1814), hombre de edad madura y solterón; procedía de la región vasca de España» (Rouillón, 1975, p. 17). Este personaje se casa con María Jacoba de Tellería y Vicuña, con la cual tuvo no muchos hijos. En el año 1786, cuando Ignacio pretende regresar a España en el navío Ventura, por prevención deja un testamento donde indica lo siguiente: había nacido en la valla de Oñate, provincia de Eguispua (*sic*) (¿Guipuzcua?), en los reinos de España. Era hijo de Balthasar de Mariátegui y María Josefa Liernia, difuntos. Deja todos sus bienes a sus hijas María Josefa y Juana María que había tenido en el pueblo de Palpa, Ica, con la señora Juana Isasaga (Archivo General de la Nación, sección testamentos, escribano Félix García Romero, protocolo 492, folio 100, 20 de febrero de 1786).

Es probable que después la arenga haya quedado identificada con aquel caballero que la asumió como su apellido. Sucesivamente, en los siglos siguientes, las generaciones de sus descendientes continuaron usando ese patronímico hasta hoy.

No hay duda de que, a partir de ese primer Mariátegui que arriba a nuestras costas, se inicia una línea de descendencia familiar que es la que interesa en esta historia. No dejemos de tener en cuenta que es posible que existieran en el Perú otras familias con este mismo apellido o simples personas (esclavos, servidumbre, criados) que lo adoptaron, como era lo habitual. Esta posibilidad la percibimos, por ejemplo, al comprobar en el Archivo Arzobispal de Lima nacimientos de vástagos con este apellido o matrimonios que despiertan la curiosidad por el tipo de enlace que ocurría entre un Mariátegui y una esclava de apellido Tellería (ambos asuntos que no interesaba continuar en la indagación), o aquel chino culí al que le colocaron ese apellido en tanto le correspondía por herencia legítima a su padrino.

De las pocas posibilidades que se presentan, la línea de descendencia que nos interesa es justamente la que se inicia con los Mariátegui Tellería (de ninguna manera vinculada con el matrimonio mencionado en el párrafo anterior), y que tiene hombres ilustres que aportaron ideas y acción durante la independencia nacional y en la construcción de la inicial república a partir de 1821 en nuestro territorio. Estos personajes, téngase en cuenta, no se distinguen por ser grandes propietarios agrícolas ni comerciantes con considerables ingresos²⁹.

29 Francisco Javier Mariátegui y Tellería tuvo dos pequeños fundos en Ica llamados San Martín y La Tinguíña, obtenidos por compra cuando él era bastante mayor, y solo tres casas en Lima; residió junto a su familia en la casa ubicada en la calle Divorciadas 134, que tenía 1607 m² (Swayne y Mendoza, 1951, p. 75).

Se percibe que esta misma ubicación social continúa con su progeie durante dos generaciones, las cuales se suceden de la siguiente manera:

Francisco Javier Mariátegui y Tellería fue un destacado diputado del Soberano Congreso Constituyente y fiscal de la Corte Superior; además fue un gran impulsor de la masonería en el Perú y anticlerical. En sus escritos utilizaba el seudónimo Patricio Matamoros. Todo ello le trajo enemistades, incluso hasta el momento que lo enterraron³⁰. Este Mariátegui contrae matrimonio cuando tenía 26 años, el día 21 de septiembre de 1819, con Juana Palacios (Swayne y Mendoza, 1951, p. 73), de esta unión nacen trece hijos³¹. Para ofrecer una percepción más exacta respecto ante qué familia nos encontramos, conviene indicar los matrimonios que establecen algunos de estos descendientes de los Mariátegui-Palacios: Virginia se casa con el inglés Henry Swayne, uno de los hacendados más destacados del siglo XIX³²;

30 En el *Manual del Regalista* de Patricio Matamoros, se indica qué regalías eran las preeminencias que cada Estado soberano tiene «para ejercer toda autoridad que tienda a ordenar lo conveniente para el ejercicio de su poder» y entre otras regalías, este autor señala que el Estado debería suprimir obisposados, proteger a los ciudadanos frente al poder eclesiástico, intervenir en la disciplina externa de la iglesia (Basadre, 1965, tomo VI, p. 267). Con este ejemplo, deseamos mostrar el carácter radical para la época de los escritos de Francisco Javier Mariátegui y Tellería.

31 Augustina Josefa (mayo de 1820-1894), Francisco Javier (octubre de 1822-1916), Manuel Fernando (mayo de 1824), Lucía Virginia (1825), los gemelos Jorge y Benjamín (diciembre de 1827; el primero fallece en 1829, el segundo en 1891), Gertrudes (noviembre de 1832-1843), Emilio (1834-1854), Foción (1835-1929), José Eustaquio (1836-?), Manuel Sócrates (muere poco después de nacer en 1836), Leandro (1842-1906) y Josefa (1843-1931) (Swayne y Mendoza, 1951, p. 73 y siguientes).

32 «Enrique Swayne adquiere en Cañete en 1849 las haciendas La Quebrada, Casa Blanca, Cerro Azul y el Chilcal. Luego (en el mismo valle, HR) Ungara (1857), La Huaca (1868) y Santa Bárbara (1872). Al mismo tiempo, se expande hacia el valle de Nepeña con (la hacienda) San Jacinto (1860), Motocachi (1872), Loma de Lapia (1879) y en arriendo la hacienda Huacatambo (1895) en el 80%, y el 20% en propiedad» (Martínez, 1989, p. 78).

Foción, quien era un militar de carrera³³, contrae matrimonio en 1878, cuando tenía 40 años, con Lucila Ausejo

Conocemos e interesa mostrar las relaciones de matrimonio que establecen tres de estos hermanos Swayne-Mariátegui (S-M en lo sucesivo):

Augusta S-M, cuando tiene 23 años, se casa en junio de 1878 con Ricardo Alvarez Calderón, un huancaíno de 25 años que residía en Lima.

Enrique S-M, cuando tenía 23 años, contrae enlace en junio de 1880 con la lambayecana María Isabel Argote Nieto de 18 años.

Julia S-M se casa a los 22 años en noviembre de 1890 con Augusto B. Leguía Salcedo, de 28 años, de Lambayeque, quien sería presidente de la república en dos períodos: 1908-1912 y 1919-1930. Leguía administró en alguna ocasión, antes que comenzara a hacer vida política, la hacienda San Jacinto, propiedad de su suegro Henry o Enrique Swayne.

(La información referente a los matrimonios se ha reunido de los expedientes matrimoniales del Archivo Arzobispal de Lima y también se encuentra con mucho detalle incluida en Swayne y Mendoza (1951)).

- 33 De acuerdo a información del Archivo Histórico Militar del Perú, se sabe que Foción ingresa al Ejército el 8 de mayo de 1858, cuando tenía 20 años, y que, a los 25 años, el 27 de noviembre de 1863, asciende a sargento mayor. No conocemos en su totalidad su carrera militar ni interesa mucho en esta biografía, pero documentos del mismo origen muestran que llegó al grado de general de brigada, y que, según un alegato que realiza la señora Lucila Ausejo, su esposa, «el General Mariátegui prestó a la Nación (importantes servicios) durante 36 años, 5 meses y 18 días que le fueron debidamente reconocidos». La señora Ausejo añade: «Mi expresado esposo concurrió y fue vencedor en el combate del 2 de Mayo de 1866, librado en la rada del Callao contra la escuadra Española». En otra parte del documento, un miembro de una Junta Depuradora de su parte indica que «de la foja de servicios corrientes, no aparece tampoco ninguna acción de armas distinguida ni tampoco su asistencia a ninguna de las batallas y combates librados por el Ejército Nacional contra el Ejército invasor, durante la guerra con Chile». El alegato y la acusatoria frase entrecomillada vienen al caso debido a que a la señora Ausejo le recortan una pensión que se consideraba excesiva y que había sido otorgada el 15 de octubre de 1929. En la resolución que define esta situación se indica que ese aumento a la pensión de montepío de la viuda de Mariátegui era ilegal y por tanto se suspendían los S/ 1000 que mensualmente recibía y que solo le iban a proporcionar S/317.12. Es bastante evidente que este asunto tiene un cariz político vengativo en tanto el hijo de Foción Mariátegui y Lucila Ausejo, llamado igualmente Foción, había sido uno de los personajes más importantes del leguismo. Caído Leguía, se producen entonces estos sucesos durante la presidencia del comandante Luis M. Sánchez Cerro.

Un último asunto debemos indicar a partir de esta información: Rouillón sostiene que Francisco Javier Mariátegui Requejo participó junto a su tío (Foción) en la batalla de Miraflores y que estuvieron cerca de Manuel Gonzales Prada. La nota anterior que hemos obtenido es contundente en mostrar que Foción Mariátegui no tuvo ninguna intervención en la guerra del Pacífico y, en consecuencia, tampoco pudo estar presente su sobrino Mariátegui Requejo.

Zuloaga (18 años), hija del hacendado José Ausejo, propietario de Andahuasi (en Sayán).

Pero el principal matrimonio de esta generación de Mariátegui que interesa en este artículo es el que se da, en la capilla del Sagrario el 10 de noviembre de 1847, entre Francisco Javier Mariátegui Palacios y Mercedes Requejo Cabello (nacida en el año 1825, considerada de raza blanca y muerta de diabetes en mayo de 1881), como resultado del cual nacen solo dos criaturas: Javier Mariátegui (nacido el 9 de julio de 1848, tuvo como padrino en el momento de su bautizo a su ilustre abuelo Francisco Javier y a Martín Garro, rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos) y Eva María de las Mercedes Isaías Ester (nacida el 6 de julio de 1857 y, en el momento de su bautizo, logró tener como madrina a su tía Augustina). Francisco Javier Mariátegui Palacios tuvo, luego que enviudó, un segundo matrimonio con Cristina Cot y Estebanes, que se realizó en Chorrillos el 27 de mayo de 1885; no tuvieron descendencia (Swayne y Mendoza, 1951, p. 85).

De los hermanos Mariátegui-Requejo, deben notarse dos asuntos: la distancia de edades que había entre ellos y que solo fuesen dos hermanos. Ambos asuntos extrañísimos para la época, cuando las parejas de casados tenían numerosa y consecutiva prole. A pesar de que el nombre dado en el momento de la ceremonia del bautizo al mayor de estos hermanos es Javier, este asume posteriormente los de Francisco Javier, tomando como herencia los nombres de su padre y también de su ilustre abuelo. Para que no haya confusión al respecto hacemos recordar que estamos ante tres Francisco Javier

Mariátegui de tres generaciones diferentes: el primero con apellido materno Tellería, el segundo cuyo segundo apellido era Palacios y el tercero que, por su madre, se apellidaba Requejo. De los tres interesa principalmente el último de los mencionados: Francisco Javier Mariátegui y Requejo.

Francisco Javier Mariátegui y Requejo

Según Guillermo Rouillón, Francisco Javier Mariátegui y Requejo es la persona que, en 1882, seduce a Amalia La Chira Vallejos y tiene con ella, en los años siguientes, algunos vástagos. Parece que toda esta afirmación no es desacertada. Mucha de la duda que hay acerca de él se debe a que en la partida de su matrimonio con Amalia (1 de mayo de 1882), y en algunas partidas de nacimiento y bautismo de los hijos que tuvieron, no aparece con estos nombres y apellidos, sino con los de «Francisco Eduardo Mariátegui». Además, él declara, procurando desinformar, que sus padres eran Juan Mariátegui y Rosa Zapata, y menciona como lugar de nacimiento a Macao; así, de acuerdo a la edad que dice tener, ha nacido en el año 1858³⁴. Este es el motivo, y mucho más, por el cual hay tantas incertidumbres, dudas y confusiones con este personaje.

A pesar de que puede haber en las referencias biográficas de Rouillón muchas exactitudes³⁵, por el instante, prescindimos

34 Ver el texto de la partida de matrimonio en el anexo 1.

35 Una ventaja que tuvo Guillermo Rouillón fue conocer y conversar con Amalia La Chira. Eso mismo ha sido un problema para él, en tanto tuvo que dar explicaciones que satisficieran la creciente imagen que en las últimas décadas iba adquiriendo José Carlos Mariátegui La Chira.

La biografía que hizo no es coherente ni satisface la figura ni el comportamiento que ofrece de Francisco Javier Mariátegui, pero aclaró definitivamente quién era este personaje. Aseguró que Francisco Javier Mariátegui y Francisco Eduardo Mariátegui (nombre este último que aparece en los documentos de Sayán y Huacho en el que se añade edad y lugar de origen cambiados) eran la misma persona. Él debe haber sido informado por Amalia sobre la verdadera identidad del que fue su esposo. Algunos años antes María Wiese también había dicho que Amalia se

del contenido de su obra y preferimos mostrar solo la información que, de nuestra parte y de muy variadas fuentes, hemos conseguido sobre el esposo de Amalia La Chira.

La fecha exacta del nacimiento de Francisco Javier la hemos encontrado no en su partida de bautismo, sino en un documento del Archivo General de la Nación del año 1890, en el cual los dos hermanos Mariátegui-Requejo piden que se declare el fallecimiento intestado de su madre, Mercedes Requejo, y demandan que se les considere como únicos herederos. Es dentro de esta solicitud, que incluye diversos documentos, donde se encuentran las partidas de bautismo de los dos hermanos. Se indica que Francisco Javier fue llevado a la pila bautismal en la parroquia de Nuestra Señora de Santa Ana el 7 de mayo de 1849, cuando tenía 9 meses y 28 días; en consecuencia, nació el 9 de julio de 1848³⁶.

Francisco Javier contrae matrimonio, el 23 de abril de 1871 en la Santa Iglesia Metropolitana³⁷, con María Victoria de los Dolores Lostanau Larrea³⁸, quien fallece de tuberculosis a los pulmones³⁹ el 20 de julio de 1882. Este matrimonio⁴⁰ dejó descendencia.

había casado con Francisco Javier, pero como no vio documentos originales no surgió la duda que posiblemente tuvo Rouillón.

36 Archivo General de la Nación, sección testamentos, índice Terán, tomo iv, p. 465. También ver el intestado de la señora Mercedes Requejo de Mariátegui, escribano Manuel Orellana, protocolo 549, folio 873, 25 de septiembre de 1890.

37 Llamada también del Sagrario, en la Plaza de Armas al costado de la Catedral de Lima.

38 Hija legítima de Justo Lostanau y Tomasa Larrea, limeña, nacida en 1853. Al momento de casarse, el padre ya no vivía (Archivo Arzobispal, abril 1871-1879).

39 No debe llamar la atención que una persona de clase media de la sociedad peruana tuviera esta enfermedad, ya que la tisis arrasaba por doquier y su propagación era bastante extendida en el Perú. Enfermos tebecianos había más allá de los sectores sociales pobres, pero, por supuesto, mucho más entre estos últimos.

40 En su libro, Rouillón (1975) publica una foto en la que se ve a los tres Francisco Javier (abuelo, padre e hijo) antes precisados junto con un niño Mariátegui

Algunos de los datos antes referidos son parte de dos expedientes de otro matrimonio de Francisco Javier que se encuentran en el Archivo Arzobispal de Lima. En el primero de ellos, de diciembre de 1882, con el que él comienza sus gestiones para la boda, se indica que las nuevas nupcias de Francisco Javier (quien ya era viudo de la señora Lostanau, pero se encontraba casado con Amalia La Chira) serían ahora con la huancaína Eleodora (o Heleodora) Cisneros Cristian (¿Cristian o del Valle?) nacida en el año 1857. En el segundo expediente hay la anotación de que la ceremonia matrimonial, que fue apadrinada por el padre del novio y por la señora Catalina del Valle Vda. de Cisneros, se realizó en la parroquia del Sagrario el 1 de enero de 1884, cuando él tenía 36 años y ella, 27 años. Hay, además, la indicación de que los contrayentes residían en la calle Milagros 130 (actualmente, esta calle es la 5.^a cuadra del jirón Áncash), la cual era la misma dirección de la casa de la madre de él⁴¹.

Hay muchos vacíos respecto a las actividades laborales a las que Francisco Javier se dedicó. María Wiese (1959) afirma, sin indicarnos el origen de su información, que trabajó en el Tribunal Mayor de Cuentas, y esto ha sido repetido por otros autores. Si esto es así, solo pudo ocurrir entre los años 1871 y 1875. En este último año ese organismo estatal (destinado a controlar ingresos y gastos

Lostanau, de quien en la leyenda de la foto dice que es medio hermano de José Carlos Mariátegui La Chira. Este niño, cuyo nombre no se indica, tuvo otros hermanos como mostraremos en líneas posteriores.

41 Adelantamos el comentario que, si esto fue así, se trata claramente de un caso de bigamia. Si bien Francisco Javier enviuda en el mes de julio de 1882, unos meses antes (mayo del mismo año) lo hallamos en Sayán casándose religiosamente con Amalia La Chira, y el 1 de enero de 1884 lo hace con Eleodora Cisneros. Se trata, entonces, de un bigamo que enviuda y que reincide poco después en su bigamia.

del Estado)⁴² funcionaba con una fuerte reducción de su personal (Basadre, 1969, tomo VII, p. 15).

Si de lo anterior no hay total certeza, en cambio sí estamos seguros de que hasta fines del año 1871 Francisco Javier, cuando tenía 23 años, estuvo trabajando en el Ministerio de Marina como amanuense, y que el 11 de diciembre de ese año renunció a su puesto de trabajo⁴³. La vinculación con la Marina es retomada posteriormente, 18 años más tarde, en 1899, cuando el 8 de mayo lo nombran contador del transporte Santa Rosa⁴⁴. A partir de esa fecha hasta su muerte, hallamos a este personaje en actividades de oficina similares. El 5 de enero de 1907, Javier Mariátegui solicita al comandante del transporte «Chalaco», barco en el que trabajaba como contador, que le conceda 60 días de licencia para el restablecimiento de su salud. Esta solicitud es aceptada luego de comprobarse que realmente estaba enfermo. En marzo del mismo año, pide que se le otorgue 30 días más de licencia y

42 Lo que diremos a continuación son todas las referencias sobre el Tribunal Mayor de Cuentas tomadas de *Historia de la República* de Jorge Basadre (1969). El Tribunal existía desde el virreinato y tenía como función «el examen y juzgamiento de las cuentas que debían rendir todos los administradores de rentas del Estado». Seguramente, con la independencia de 1821, se la sustituye por la Contaduría General de Valores, pero en enero de 1840 se restableció nuevamente con el fin, según el decreto reglamentario de esta fecha, de anotar ingresos y gastos nacionales (Basadre, 1969, tomo II, p. 367). Ocho años después, se crea la Dirección General de Hacienda y, al mismo tiempo, se dicta un reglamento del Tribunal que rigió hasta 1875 (Basadre, 1969, tomo III, p. 169). Por ley del 5 de febrero de 1875, se autoriza reformar al Tribunal Mayor de Cuentas. A partir de esta disposición y otras que se complementan (decreto del 24 de enero de 1876, reglamento interior aprobado el 7 de mayo del mismo año), se decide la desaparición del Tribunal y ocurre algo que nos interesa: «su personal vino a ser reducido» (Basadre, 1969, tomo VII, p. 15).

43 Archivo Histórico de la Marina, documento clasificado en el expediente «Javier Mariátegui», facilitado gentilmente por el comandante de fragata Jorge Ortiz.

44 De acuerdo al *Almanaque de El Comercio* de 1899, en la página 412, encontramos como uno de sus suscriptores a F. Mariátegui, empleado, domiciliado en Portal 2 de Mayo 63, altos, departamento E, Callao.

nuevamente, sus superiores autorizan el permiso. En mayo, nombran contador del «Chalaco» a Manuel Javier Mariátegui y Cisneros «en lugar de D. Javier Mariátegui que pasa a otra colocación»⁴⁵. Manuel Javier era hijo de Javier. Toda esta serie de pedidos de permiso y las autorizaciones dadas indican un estado de enfermedad grave, ya que Francisco Javier Mariátegui y Requejo fallece el 10 de noviembre de 1907⁴⁶.

Como se desprende de la información mencionada, no tenemos el menor conocimiento o seguridad de las actividades laborales que Francisco Javier desempeñó entre 1871 y 1880.

Por los años 1880 y 1882, aproximadamente, Francisco Javier se encuentra en Sayán en actividades agrícolas, pero muy posiblemente en tareas de oficina (tal vez llevando la contabilidad de alguna de las haciendas cañeras próximas). Si ese fue el caso, es muy seguro que trabajó en Andahuasi, cuyo propietario era José Ausejo, suegro de Foción Mariátegui⁴⁷. Aprovechando esta experiencia, intenta y consigue formar en 1890 junto con Héctor Harvey⁴⁸ una

45 Archivo Histórico de la Marina, documentos que forman parte del expediente Javier Mariátegui.

46 En el anexo 5, hay varios artículos y referencias sobre el fallecimiento de Javier Mariátegui Requejo.

47 De esta manera también indica Rouillón la presencia de Francisco Javier Mariátegui en Sayán (Andahuasi).

48 Harvey, nacido en el año 1858, fue un marino a quien destacaron como capitán del puerto de Santa (expediente personal en Archivo Histórico de Marina) en agosto de 1890. Esto condujo seguramente a que intentara con Javier Mariátegui conformar la asociación para trabajar en la agricultura. No solo fue amigo y socio de Javier, sino que también estuvieron emparentados a través de sus esposas (apellidadas ambas Cisneros).

De acuerdo a un expediente del Archivo Arzobispal de Lima, Harvey —28 años de edad, soltero e hijo de Guillermo Harvey e Isabel Beausejour— se casa el 30 de noviembre de 1886 con Susana Cisneros —21 años, soltera e hija de Manuel B. Cisneros y Catalina del Valle—.

sociedad que pretendía comprar y hacer trabajar un ingenio próximo a la caleta Santa que había sido propiedad de la testamentaría de Antonio Araos⁴⁹. Esta experiencia parece no haber durado mucho, ya que, como indicamos, en el año 1899, encontramos a Francisco Javier como contador en un barco de transporte de la Marina.

En una nota necrológica aparecida en *La Prensa* el mismo día que fallece, se dice que Francisco Javier Mariátegui había sucumbido como consecuencia de «una grave enfermedad cerebral y nerviosa», por lo cual abandonó el servicio de la Armada desde años atrás (hay cierta exageración en este punto), y que «se entregó bastante joven aún a las faenas del comercio y la industria, las cuales le dieron una modesta fortuna. Al fallecer —añade la nota— deja una numerosa familia en intensa aunque honesta pobreza» (*La Prensa*, 10 de noviembre de 1907).

En la nota necrológica de *La Prensa* del 11 de noviembre de 1907 sobre la muerte de Javier Mariátegui, encontramos que Héctor Harvey estaba en la lista de los acompañantes al sepelio.

49 Archivo General de la Nación, intestado de la señora Mercedes Requejo de Mariátegui, escribano Manuel Orellana, protocolo 549, folio 873, 25 de septiembre de 1890. Dentro de este documento, se reproduce un poder que la sociedad Harvey y Mariátegui le ha dado a Guillermo Elejalde para que les realice ciertas actividades referidas a sus negocios; se sobrentiende que también incluye las referentes a asuntos de índole personal, como la del intestado.

Algunas reflexiones sobre los Mariátegui

Respecto a los Mariátegui, estamos ante una familia que social, cultural y económicamente, dentro de la sociedad peruana de esos años, era lo contrario a los La Chira: su presencia en territorio peruano era relativamente reciente, mientras que la de los La Chira era secular o, si se quiere, milenaria; limeños unos y los otros de un pueblito aislado; racialmente blancos todos los Mariátegui, en cambio, los La Chira, por información recopilada, indios o mestizos; participantes directos del poder político nacional los Mariátegui y, por el contrario, los La Chira fueron elementos de la sociedad con ausencia de casi todo poder que, de acuerdo a lo dicho, incluso perdieron el que detentaron en Catacaos hasta fines del siglo XVIII. Si bien los Mariátegui no tienen importantes ingresos económicos, por las relaciones matrimoniales que establecen se emparentan con la naciente burguesía sacarócrata, por el contrario, no conocemos que hubiera un La Chira adinerado.

Francisco Javier Mariátegui y Requejo es, sin embargo, un miembro de esa familia que no logra acumular dinero a pesar de algunos de los esfuerzos que realiza. No obstante, sí recibe apoyo de sus familiares influyentes o adinerados para hallar trabajos remunerativos. Se percibe que no tiene estabilidad en un trabajo, aunque su profesión inalterable parece haber sido la de empleado de oficina y hasta contador en varias ocasiones. Solo conocemos de él un intento

de desprenderse de la vida de oficina en el que lamentablemente no tuvo éxito. Por eso, cuando fallece, uno de los periódicos indica que muere en honesta pobreza.

Todos estos antecedentes, dentro de los cuales estaban los prejuicios por las diferencias sociales, no le permitían tener un matrimonio público y abierto ante la sociedad y cultura limeña blanca y ante sus relaciones familiares inmediatas (los Mariátegui) con Amalia La Chira. Los diferentes intentos de abandono a Amalia, indicados por Rouillón, no son sino las diversas muestras de irresponsabilidad con que había asumido su rol de esposo y padre. Parece que su propia familia (a los Mariátegui, me refiero ahora) no supo de su matrimonio y familia sayaneros⁵⁰. El haber ocultado en Sayán su auténtica personalidad se debe a estas pertenencias a diferentes clases sociales. Y si bien él en un momento abandona definitivamente a Amalia, ella no deja de sentirse durante muchos años, a pesar de todo lo que de él debe haber conocido o percibido, la esposa de un señor apellidado Mariátegui.

50 De lo dicho es bastante evidente la apreciación de Foción Mariátegui (1885-1961), quien era hijo del hermano del padre, llamado igualmente Foción Mariátegui, de Francisco Javier Mariátegui Requejo; por lo tanto, su primo hermano aunque de edades bastante distantes (Francisco Javier era mayor que Foción en casi 37 años). Sin indicar el origen de la cita, Mario Castro Arenas coloca las muy significativas siguientes palabras de Foción (ese promotor de la hípica y «uno de los más sobresalientes personajes del leguismo» que abandona la vida pública en 1930): «Desventuradamente nunca se presentó la ocasión de conversar sobre cuestiones relacionadas con él [se refiere a José Carlos, HR] y sus posibles vínculos de sangre con nosotros. O porque José Carlos no lo deseaba o porque nosotros no queríamos tocar un punto tan escabroso y sensible. En una palabra, “no sabíamos a ciencia cierta cuál de nuestros parientes era padre de Juan Croniqueur”» (Castro, 1985, pp. 16-17). No obstante, de esta afirmación se desprende que Foción Mariátegui, por razones que desconecemos, estuvo en el entierro de José Carlos.

Los hijos de Javier Mariátegui y los que tuvo con Amalia

Francisco Javier, como se ha mostrado, tuvo hijos en sus tres matrimonios. Es la primera vez que se muestra una relación de todos sus vástagos⁵¹, aunque más importante es centrarnos, como lo haremos a continuación, en los hijos que tuvo con Amalia.

Para completar la relación de la tabla 7, debemos añadir que, en la lista de personas llevadas al duelo cuando murió Francisco Javier —de acuerdo a la nota necrológica de *La Prensa*—, se nombra a los siguientes hijos: Manuel Javier, Carlos y Augusto. Los dos últimos deben ser hermanos de padre y madre del primero (número 7 de la relación) y deben haber nacido después de 1884. De ellos, no hemos hallado las partidas de bautismo.

Es del todo posible que algunos de los nombres de los vástagos que se encuentran en la tabla hayan fallecido muy menores; era lo frecuente en esos años. Estamos seguros al menos de que así sucedió con los números 5, 6 y 9; todos ellos hijos de Amalia La Chira. En suma, Amalia vio crecer y crió solo a tres del total de hijos que tuvo: Guillermina, José Carlos y Julio César.

51 Rouillón solo indica la existencia de un niño Mariátegui Lostanau y no dice nada, seguramente por no haber indagado sobre varios otros niños con apellidos maternos Lostanau y Cisneros.

TABLA 7. Hijos de Francisco Javier Mariategui Requejo⁵².

N.º	Nombres	Nacimiento		Madre	Fuente
		Lugar	Fecha		
1	Justo Javier	Lima	05-11-1871	DLL	APSG
2	María Genoveva Narcisa	Lima	29-10-1872	DLL	APSG
3	Emilio Alberto Julián	Lima	07-08-1876	DLL	APSG
4	Pedro Benjamín Francisco	Lima	18-06-1877	DLL	APSG
5	Félix Evelardo	Sayán	06-1882	ALCH	APSy
6	Esteban	Huacho	09-1884	ALCH	APHch
7	Manuel Javier	Lima	11-11-1884	EC	APSG
8	Guillermina	Huacho	08-1885	ALCH	APHch
9	María Victoria Rosalbina	Huaura	02-1887	ALCH	APHra
10	Carlos	Lima(?)		EC	
11	Augusto	Lima(?)		EC	

Fuente: elaboración propia.

Abreviaturas:

a) De las madres: DLL=Dolores Lostanau Larrea; ALCH=Amalia La Chira; EC=Eleodora Cisneros.

b) De las fuentes: APSg=Archivo Parroquial de El Sagrario; APSy=Archivo Parroquial de Sayán; APHch=Archivo Parroquial de Huacho; APHra=Archivo Parroquial de Huaura.

⁵² Debe notarse que no hemos colocado los nombres de José Carlos ni de Julio César, los últimos hijos de Amalia La Chira; serán motivo del siguiente acápite.

Conviene centrarnos un momento en todos los hijos de ella porque son los que más interesan en esta historia. Lo haremos comparando con lo que Rouillón presenta en su libro. En primer lugar, él señala la existencia de una hija de Francisco Javier llamada Mercedes. El error involuntario que comete se debe a que este autor solo tuvo a la vista la partida de defunción de esta criatura. Hemos hallado en la parroquia de Sayán el asentamiento de su bautizo y resulta que se trata de un varón, era hijo del chino Manuel Salinas y de Alejandra Obregón y llevaba el apellido Mariátegui, pues Francisco Javier había sido su padrino⁵³. En segundo lugar, tanto Guillermo Rouillón (1975, p. 29) como María Wiese (1959, p. 11) indican que Amalia mencionaba en sus conversaciones que tuvo una hija llamada Amanda, nacida en el año 1883 —según Rouillón—, y que había fallecido siendo aún criatura. La fecha no es exacta; esta última hija de Amalia, según un hallazgo que hemos realizado, nació en 1897⁵⁴. De nuestra parte, hemos encontrado en la parroquia de Huaura el asentamiento del bautizo de una hija de Francisco Javier y Amalia, hasta ahora no mencionada por ningún autor, a la que, muy curiosamente, le pusieron el nombre de María Victoria

53 Esta misma pareja tuvo otros dos hijos, los cuales llevaron apellidos diferentes. La primera fue una niña y la bautizaron, en julio de 1878, como María del Carmen Obregón, es decir usó el apellido materno (cuando cumple 21 años su padre la reconoce como hija suya); el segundo fue Manuel Mercedes Mariátegui, bautizado el 4 de diciembre de 1881. Sus padrinos fueron Francisco Mariátegui y Josefa Bravo. El fallecimiento de esta criatura ocurre el 26 de marzo de 1883 cuando tenía 2 años y 5 meses. La tercera también fue una niña a la que sí le pusieron el apellido que su padre había adoptado, Adelaida Salinas. Ella nació en el año 1884 y fallece en octubre de 1885, cuando apenas tenía un año de edad. La adopción de apellidos castellanos fue algo profusamente utilizado por los chinos conversos.

54 Ver anexo 4.

Rosalbina⁵⁵. Ahora bien, o ella es la misma Amanda o simplemente es una hija diferente. En cuanto a los otros hijos de Amalia La Chira (los que en la tabla llevan los números 5, 6 y 8), no hay desacuerdos con Rouillón.

55 Recuérdese que los dos primeros nombres de esta criatura fueron los mismos que los de la primera esposa de Francisco Javier: ¿coincidencia o un suceso consciente e intencional?

José Carlos, Julio César y María Amanda

Hemos hecho de estos casos un acápite diferente, pues el asunto merece —como un acto de respeto a la figura del Amauta y de responsabilidad intelectual— un tratamiento aparte, detallado y sobre todo explicativo, aunque no puede ser exhaustivo por falta de información precisa difícil de lograr. Debemos tratar sobre la paternidad de los dos últimos hijos de Amalia La Chira. Ello debido a que Rouillon, el único que aborda en mayor número de páginas la niñez de José Carlos y por tanto el asunto de la paternidad, muestra excesivas incoherencias que indican falta de claridad u ocultamiento de información.

Para personas interesadas en la vida de Mariátegui que han estado cerca y averiguando sobre este particular asunto, muy pronto, cuando se llega a ciertos avances de la información, las cosas son tan evidentes que se enfrentan con el dilema de abordarlos o silenciarlos. Hasta ahora se ha adoptado el segundo camino con diversas suposiciones: la paternidad es un asunto secreto de algunos miembros de la familia; es algo que si la propia Amalia La Chira no quiso mencionar, hay que respetar su decisión; el implicado en el problema es José Carlos, entonces, mejor es continuar en el ocultamiento de algo que podrían aprovechar y utilizar sus «enemigos». En este mismo camino debe tenerse en cuenta, además, que el silenciamiento también ha sido hecho por infundados temores a «represalias» de

parte de los familiares cercanos a José Carlos. De nuestra parte, nos parece que lo conveniente es decir por escrito lo que «muchas» personas medianamente informadas dicen a escondidas, y que lo hacen casi con el regodeo y satisfacción del chismorreó. Tal como deben hacerse las cosas que se investigan, también en este punto, por espinoso que sea, hay que hacerlo con seriedad y sin esconder nada⁵⁶. Adelantamos que no tenemos nada concluido y que lo que ofrecemos es nuestra interpretación sobre este asunto.

Pues bien, un primer asunto a tener en cuenta es el personaje al que se le ha atribuido la paternidad. En los libros biográficos hasta ahora escritos, se indica que el padre es Francisco Javier Mariátegui Requejo, quien es —no nos cabe duda— la misma persona que, por esconder su verdadera identidad durante su vida matrimonial con Amalia La Chira, usa los nombres Francisco Eduardo. Es así que, al aproximarse uno a las fuentes primarias (matrimonio de este personaje con Amalia y las partidas de bautismo de los hijos que tuvieron), la persona que suscribe o la que se indica como padre es Francisco Eduardo Mariátegui; asimismo, respecto a la partida de matrimonio se precisa lo siguiente: sus padres eran Juan Mariátegui y Rosa Sapata (*sic*), el año de su nacimiento fue 1858 y el lugar en que nació fue Macao (colonia portuguesa en el litoral del sur de China).

56 Merecería que se tome en cuenta como algo de suma importancia, que no hemos discutido en este trabajo por no tener elementos de opinión, el lugar de nacimiento de José Carlos Mariátegui. No obstante, es evidente que, luego de conocer la vida de Amalia y su familia, resulta extrañísimo que ella vaya a Moquegua solo para tener un hijo. Esta actitud tan curiosa ha conducido a que se conjeture que JCM nació en Huacho, en Sayán, en Carquín, en Mollendo. Solo Amalia supo la verdad, que en 1946 —cuando fallece— se fue con ella. Como hemos dicho, no tenemos ninguna base para realizar una afirmación definitiva sobre el lugar de nacimiento de JCM, por lo que hemos dejado el asunto tal como lo indican los documentos.

Para determinar si existía este Francisco Eduardo y su supuesto padre (y buscando en general a los Mariátegui), he revisado las partidas de nacimiento de casi todas las parroquias de Lima desde comienzos hasta fines del siglo XIX. Al no hallar a este Francisco Eduardo y al comparar las cronologías de los hechos de su vida⁵⁷, he concluido lo mismo que Rouillón: que este Francisco Eduardo es la misma persona que Francisco Javier Mariátegui Requejo⁵⁸. Pero solo hasta allí llegaron nuestras coincidencias, ya que diferimos en los motivos por los cuales ocultaba su real personalidad.

Un segundo asunto a tener en cuenta es el desarrollo del matrimonio entre Francisco Javier y Amalia, con especial énfasis en la distancia de años que hay entre la última hija de Amalia La Chira y la fecha de nacimiento de José Carlos (1894). Son siete años entre uno y otro nacimiento. ¿Qué ocurrió entretanto en el matrimonio Mariátegui-La Chira? Sucedió, según Rouillón, que Amalia había sido abandonada⁵⁹ y que, luego de un largo tiempo, reaparece Francisco

57 Me refiero a la cronología que se puede lograr a partir de la información del libro de Rouillón y la que yo he elaborado en base a los diversos datos que he encontrado. La comparación tenía como fin constatar si los sucesos de una u otra cronología coincidían o no. Hay, digamos como conclusión, antes que coincidencias, empalmes que muestran que se trata de una misma persona (ver anexo 6).

58 María Wiese no pone en duda que el padre de José Carlos es Francisco Javier Mariátegui y que el año en que nació el Amauta fue 1895. Seguramente, ella obtuvo esta información de Amalia o de José Carlos en tanto era, junto con su esposo José Sabogal, una de las tantas personas que asistía a las conversaciones del Rincón Rojo en el jirón Washington.

59 Rouillón dice que hubo varios abandonos, retornos, perdones y reconciliaciones. En las explicaciones que ofrece, hay —para decirlo con franqueza y con la intención de lograr nuevas interpretaciones— un gran embrollo. Según él, el lejano abandono que ocurre antes del nacimiento de José Carlos se produce después del nacimiento de Guillermina, es decir, en 1885. Este autor no supo la existencia de María Victoria Etelvina, quien nace en 1887.

Javier y logra el perdón de su esposa⁶⁰. Como consecuencia de la reconciliación, Amalia queda otra vez encinta e inmediatamente, por enésima vez, Francisco Javier la deja y se va a algún lugar. Es en estas circunstancias de cierta desesperación en que Amalia viaja a Moquegua⁶¹, donde se hace pasar por viuda y el 14 de junio de 1894 nace José Carlos. Recién pasados 32 días, la criatura es bautizada, le ponen de nombre José del Carmen Eliseo⁶² y tiene como padrinos a Carmen Chocano y Solar y a Rafael Díaz⁶³. De acuerdo con la comprobación hecha por Rouillón, José Carlos solo fue inscrito en el libro

60 Ella explica que ese alejamiento, el cual no era el primero, se debía a que ese era su destino y suponía que él «había sido víctima de un hechizo urdido por gentes malvadas, envidiosas de su felicidad» (Rouillón, 1975, p. 32).

61 Las explicaciones de Rouillón son como sigue: una familia (la del coronel Mariano Adolfo Bermúdez y Carmen Chocano) que conoce del abandono tiene misericordia de la situación de Amalia La Chira y le sugiere que vaya a Moquegua, donde estaría mejor en la casa de ellos; en enero de 1894, ella acepta la sugerencia y realiza el traslado. Allí, en Moquegua, Amalia pasa por viuda.

62 Es conveniente tener a la vista las partidas de nacimiento y bautismo de José Carlos que Rouillón incluye en su libro (Rouillón, 1975, pp. 35 y 37). En estos documentos se lee que el nombre con que lo bautizaron fue José del Carmen Eliseo. No hay duda de que le pusieron los dos primeros nombres por el abuelo materno fallecido 12 años antes y el tercer nombre porque el santoral del día señala a Eliseo, el profeta. No se sabe la fecha exacta, pero ocurrió muy joven y por decisión propia del Amauta que adoptó los nombres de José Carlos, aunque en su casa siempre fue conocido por José o Josecito y así lo acepta él (Mariátegui, 1993, p. 29). El seudónimo que utilizó en sus escritos juveniles, Juan Croniqueur, de acuerdo con Zubieta Núñez (1994), provino de otro escritor que utilizaba el seudónimo Croniqueur en artículos de un periódico huachano.

Habría que profundizar más sobre este asunto, pues podría tratarse del propio JCM. Recordemos que él aseguró que su primer artículo lo realizó aún de niño. Afirma Zubieta Núñez (1994a): «Un dato curioso que pudo tener decisiva importancia en su futuro comienzo como escritor es la presencia de un cronista huachano de fina pluma que registraba y comentaba los acontecimientos culturales (recitales, teatro, circo, danzas, corridas de toros, box, etc.) desde *El Amigo del Pueblo* con el seudónimo de Croniqueur a lo largo de 1907, cuando nuestro José Carlos contaba con apenas 12 o 13 años. Creemos no estar alejados de la realidad si partimos del supuesto de que este Croniqueur fue el que inspiró al futuro Amauta el seudónimo de Juan Croniqueur» (p. 7).

63 Lo único que conocemos de Rafael Díaz es que en el año 1902 creó una escuela en Moquegua (Kuon, 1981, p. 346).

de nacimientos en enero de 1937 en el Concejo Provincial de Lima «a instancias de doña Amalia La Chira de Mariátegui y por disposición escrita del señor juez». Cuando esto ocurre, colocan como fecha de nacimiento de José Carlos el 14 de junio de 1895 (Rouillón, 1975, p. 38).

Un año y medio después del nacimiento de José Carlos, nace en Chorrillos (Lima) su hermano Juan Clímaco Julio (él también adopta otro nombre cuando es mayor: Julio César). En este caso, nuevamente es inscrito como hijo legítimo de Francisco Mariátegui y de Amalia (ver anexo 3); igual paternidad se coloca en la partida de bautismo de María Amanda (ver anexo 4).

Un tercer asunto a considerar es que, al parecer, Amalia nunca fue suficientemente clara en explicarle a José Carlos ni la fecha ni el lugar de su nacimiento (él supuso toda su vida que había nacido en Lima, en 1895), así como tampoco quién era su padre. Rouillón, en varias de las páginas de su libro, indica las incertidumbres del amauta, que llegaron a ser hasta obsesiones respecto a la identidad de su padre⁶⁴. De todas maneras, al igual que cualquier otra

64 A pesar de la manera seminovelesca —motivado por la imaginación y recreando situaciones y diálogos «audibles» y «visuales»— en la que Rouillón presenta repetidamente las dudas, las incertidumbres y las obsesiones de José Carlos en cuanto a su padre biológico, conviene conocerlas porque este problema sí debió afectar a José Carlos de distinta manera según en qué momentos de su vida se presentaron. Resumimos algunos de esos pasajes.

Rouillón (1975) señala que, en cierta ocasión, en que Amalia La Chira tenía expresiones contra su esposo Francisco Javier Mariátegui, su hijo José, aún muy niño, las escuchaba; en esas circunstancias lo extrañaba y se preguntaba por qué no vivía con ellos. Esta pregunta «lo insta a penetrar en el complejo problema familiar». Por esto mismo, se crea una distancia entre madre e hijo (p. 53).

En otro pasaje, Rouillón (1975) recrea los momentos en que Amalia, leyendo un periódico, se entera de la muerte de Francisco Javier (10 de noviembre de 1907). La misma lectura realiza José Carlos pero momentos más tarde, y le pregunta a su madre si sabe quién es ese Mariátegui que ha fallecido. La respuesta de Amalia fue dubitativa y, por tanto, creó mayores incertidumbres en su hijo Josecito (p. 63).

criatura sin padre ostensible que observa que otros niños sí lo tienen, el hacerse las preguntas ¿quién es? o ¿dónde está mi padre? era cuestión de tiempo.

Las explicaciones a todo este embrollo nos parecen más simples que las desarrolladas hasta el momento. No dudamos de la existencia del matrimonio Mariátegui-La Chira, en tanto muchos hemos visto en la parroquia de Sayán o en el libro de Rouillón la partida de matrimonio y la firma de esa persona en las partidas de bautismo de sus hijos; tampoco que tuvieran varios hijos, la mayoría de los cuales fallecieron. Estas criaturas han sido concebidas solo en las ocasiones en que Francisco Javier iba a Huacho; sobre este punto hay que tener en cuenta que él tenía que atender simultáneamente a su matrimonio con Eleodora Cisneros, con quien residía en Lima de manera continua (recuérdese que con esta última también tuvo varios vástagos y en estos mismos años). Según lo que hemos hallado, el último hijo que tuvieron los Mariátegui-La Chira fue María Victoria Rosalbina (1887) y no Guillermina (1885), como lo afirma Rouillón. Luego de ello, Amalia es abandonada definitivamente. Pasados los

Hay otras indicaciones sobre ideas más claras en José Carlos acerca de su padre y supuestos antecesores en esta línea durante el año 1911: «[José Carlos] estaba informado que descendía [su padre] de un gran hombre [el prócer de la Independencia]. Por estas razones, confundía a su progenitor con un héroe o figura ejemplar. Y tal concepción se extendía a toda la familia por la rama materna» (Rouillón, 1975, p. 102).

Las dudas, según otra indicación de Rouillón (1975), se acentúan con las imprecisas respuestas que recibe José Carlos de su tío Juan Clímaco, cuando ya es adolescente.

Para Rouillón (1975), en la obra de José Carlos *La novela y la vida*, los contradictorios impulsos del personaje Canella «habrán de hacerle recordar los años en que él [Mariátegui] padeció la obsesión de desentrañar el misterio en torno a la existencia del padre para completar su identidad personal». En los siguientes párrafos, Rouillón reitera en que las incertidumbres sobre su padre fueron para José Carlos «*tremenda obsesión*» (resaltado nuestro) (p. 134).

años, ella tuvo un segundo compromiso con otro hombre (cuyo nombre desconozco), con el que concibió dos hijos casi seguidos y con quien, al parecer, tampoco duró mucho tiempo. Sus temores la condujeron a tenerlos fuera del lugar de su permanente residencia (Huacho) y a inscribirlos y bautizarlos lejos de allí. Por muchos años, ha ocultado los hechos reales y cargando dentro de sí sus silencios, ella sola ha tenido que afrontar la lucha por la vida. El mejor lugar para hacerlo era Huacho, donde tenía familiares (madre y hermanos) y el apoyo que de ellos podía recibir. Allí han transcurrido los primeros años de vida de los tres hijos que sobrevivieron: Guillermina, Josecito y Julio.

El problema del padre biológico de José Carlos, Julio César y María Amanda

Familiares de Amalia, ya ancianos, dicen con total naturalidad que este segundo compromiso fue con Chocano⁶⁵, aunque no indican el nombre de este personaje. Nos parece —y asumimos la responsabilidad de lo que escribimos— que se trataba de Julio César Chocano y que Amalia tuvo con él sus tres hijos últimos. ¿Quién era Julio César Chocano? Guillermo Rouillón afirma en pocos párrafos de su libro la presencia de este señor y la de su hermana Carmen en la vida de Amalia La Chira, refiriendo que la madre de José Carlos trabajó como costurera para los Bermúdez, y que esta familia huachana estaba emparentada con la familia moqueguana Chocano. Unos y otros, los Bermúdez y los Chocano, tenían similares preferencias y definidas muestras de adhesión política militante por el caudillo Nicolás de Piérola, lo que constituyó la aproximación inicial que condujo a varias esferas de relaciones entre estas familias.

En cuanto al parentesco, efectivamente, Consuelo Bermúdez estuvo casada con el poeta José Santos Chocano (aunque este matrimonio ocurrió algunos años después). Julio César Chocano, «ardiente pierolista», en la misma

65 Esta información se maneja discretamente entre los descendientes de las familias La Chira y Vallejos, que aún se encuentran en Huacho.

intensidad que Mariano Adolfo Bermúdez⁶⁶, según Rouillón, tuvo responsabilidades políticas durante los años del gobierno de Piérola. El primero de ellos desempeñó el cargo de prefecto en la Provincia Litoral de Moquegua (*El Peruano*, 17 abril de 1895) y luego en el departamento de Loreto (*El Peruano*, 11 de octubre de 1895), y el segundo fue Ministro de Guerra durante la campaña de 1895 (Rouillón, 1975, p. 32).

La aceptación de cargos políticos públicos no era novedosa, aunque no parece que haya sido muy frecuente en J. C. Chocano. En los momentos difíciles de definir las condiciones

66 Sobre el pierolismo y el papel de liderazgo político de Mariano Adolfo Bermúdez y de muchos miembros de su familia, hay múltiples referencias. Digamos solamente que este personaje comandó en la quebrada de Canta, junto con Isaías Piérola, hijo del caudillo Nicolás de Piérola, el «Ejército Nacional» que reorganizó el militar alemán Pauli, jefe del Estado Mayor (Basadre, 1969, tomo x, p. 108). Algunos años antes de ello, M. A. Bermúdez fue subprefecto de la provincia en el gobierno de Balta y participó en el proyecto del primer ferrocarril de Lima a Huacho. Fue —y esta es otra constatación de sus definitivas simpatías— fundador y presidente del Comité Provincial del Partido Demócrata y murió como ministro de guerra en campaña de las fuerzas coalicionistas en la entrada de Piérola a Lima el 17 de marzo de 1895 (Eguiguren, 1959, p. 38). Antes de toda esta trayectoria política, M. A. Bermúdez «construyó la primitiva atarjea e instaló la primera tubería de agua que tuvo Huacho desde el Puquio de Cano a la plazuela 2 de Mayo» (p. 19). En agosto de 1893, fue elegido presidente del club Concordia (*El Imparcial*, Huacho, 19 de agosto de 1893). Y en el propio Huacho, Pedro L. Bermúdez y sus hermanos, hijos todos ellos de M. Adolfo Bermúdez, editaron desde 1884 la publicación semanal *El Demócrata*. Pedro L., considerado como coronel, era el mayor de los hijos de M. A. Bermúdez, quien tuvo además los siguientes hermanos: Germán, Eduardo, (teniente) Eleazar, Consuelo, esposa del poeta José Santos Chocano, y Esther quien estuvo casada con Carlos Mifflin (Eguiguren, 1959, p. 38). Sobre la ubicación de ellos, como parte de los «notables» de Huacho, indicamos algunos de los pocos cargos que ejercieron: Pedro L. fue juez de paz en el distrito de Huaura a partir de mayo de 1893 (*El Imparcial*, Huacho, 6 de mayo de 1893). Y en 1898, su hermano Germán ejerció el cargo de alcalde de Huacho. Por tener esta «importancia», las quejas y los reclamos de los Bermúdez, incluso los domésticos, eran escuchados. En *El Imparcial* del 26 de octubre de 1895 se publica una queja de esta familia, en la que se indica que gratificarán con S/25 «al que dé razón de las personas que se ocupen de destruir las plantas del jardín de la Plaza 2 de Mayo de esta ciudad».

de paz que imponían los chilenos luego de la guerra del Pacífico, lo hallamos entre los miembros del Senado —representando a Moquegua— que entre 1884 y 1885 decide aprobar el tratado cuyo primer artículo comienza con lo siguiente: «Restablécense las relaciones de Paz y Amistad entre las Repúblicas del Perú y Chile» (Ayarza, 1921, p. 305).

Amalia era conocida en la casa de los Bermúdez, pues la esposa del coronel Mariano Adolfo Bermúdez era su clienta. Es en este hogar que Amalia conoce «a quien sería en adelante su benefactora y, posteriormente, su comadre: la señorita Carmen Chocano» (Rouillón, 1975, p. 32). ¿En qué fue su benefactora y de dónde vino el compadrazgo? En una visita que hizo a la familia Bermúdez en Huacho, Carmen Chocano se encariñó con la pequeña Guillermina, y al saber la situación de madre abandonada y de mujer en gestación de Amalia le dijo («la convenció») que viaje a la acogedora Moquegua. Allí la atendió y algunos días después del madrugador parto del 14 de junio de 1894 fue madrina de bautizo de la criatura que nació en esa ciudad, a quien llamaron José del Carmen Eliseo.

No conocemos las permanentes actividades de Julio César, de quien Guillermo Rouillón señala que tenía el grado de coronel⁶⁷, y su presencia en Huacho no parece haber sido por cortas y simples visitas como indica este biógrafo del Amauta.

En el libro de actas de sesiones ordinarias del Concejo Provincial de Chancay (1896-1898), hay una solicitud

67 En el Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares, no hay ninguna referencia a Julio César en los legajos personales; pudo tener un tiempo de manera circunstancial ese grado sin ser un militar de carrera igual que M. Adolfo Bermúdez.

que, en abril de 1897, presenta Juan Clímaco La Chira⁶⁸. En esta precisa que lo realiza como representante de Julio César Chocano y pide que el Concejo le abone ocho soles por el alquiler de la casa de Chocano que era utilizada como local de la Escuela Municipal de Carquín. El desenlace de esto no interesa tanto como sí conviene observar que J. C. Chocano era propietario de una casa en Carquín, y que tenía suficiente confianza como para solicitar a Juan C. La Chira que lo ayude realizando la gestión. Entre tanto, durante ese año, Julio César residía en la calle Inquisición 242, reja derecha, en Lima⁶⁹. Igualmente hay que tener en cuenta que al último hijo de Amalia lo llamaron Juan Clímaco Julio. Rouillón explica que este último nombre «conmemora el agradecimiento al coronel J. C. Chocano». También es importante considerar que Julio César es el único Chocano que hemos encontrado en las muchísimas fuentes de datos huachanos hurgados.

Así, entre 1894 y 1899, Amalia residió fuera de Huacho, debido a que estuvo protegida o ayudada por los Chocano, que detentaban poder político y tenían algunas vinculaciones con gente limeña. Rouillón indica que, durante todos estos años, Amalia tuvo como patrones en Lima a «los señores Elio Magot y Valery Gondonneau, propietarios de la sastrería para caballeros y señoras “Maison Roddy”, ubicada en la calle Baquíjano N.º 258

68 Concejo Provincial de Chancay, libro de Actas de Sesiones Ordinarias, años 1896-1898, sesión del 21 de abril de 1897, p. 219. Esa solicitud se aprobó y se indicó que tesorería abone los ocho soles que se adeudaba y que sean entregados al preceptor Juan B. Rosadío para que él a su vez realice el pago a Juan C. La Chira. Esta información debidamente fichada me la proporcionó el sociólogo Jorge Canales Fuster, concejal en esa misma municipalidad provincial. Es ocasión para expresarle mi agradecimiento.

69 Ver *Almanaque de El Comercio* (1897).

y Minería... [Estos] modistos galos, miembros de la Sociedad Francesa de Beneficencia», la ayudaron con el internamiento de José Carlos en la Maison de Santé, por el accidente en la pierna en octubre de 1902.

Debido a problemas de conciencia, durante muchos años Amalia ha ocultado los hechos reales y cargado consigo sus silencios ella sola, con algún apoyo de su familia consanguínea, ha tenido que heroica y muy sacrificadamente afrontar la lucha por la vida⁷⁰. El mejor lugar era Huacho, donde tenía familiares (madre y hermanos) y la siempre presente ayuda que de ellos podía recibir. Allí, muy vinculados con el Norte Chico, han transcurrido los primeros años de vida sus tres hijos que sobrevivieron y que llegaron a ser adultos: Guillermina, Josecito y Julio César.

70 Javier Mariátegui me indicó que Amalia murió de una tuberculosis que le había reaparecido en su ancianidad, enfermedad que seguramente fue adquirida en esos años de dura lucha por mantener a sus hijos. La madre del Amauta fallece a los 86 años en 1946.

Huacho a fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XX

La importancia que fue adquiriendo Huacho durante el siglo XIX se percibe cuando le gana a Huaura la condición de capital de la provincia de Chancay. Desde 1821, Huaura había sido la capital. Ello debió presentar un largo proceso, pero legalmente sucede el 10 de noviembre del año 1874 durante el gobierno de Manuel Pardo cuando en el parlamento se aprobó la ley que ratificaba a Huacho su calidad de ciudad y su nombramiento como capital provincial. El único considerando de la ley que otorga este nombramiento a la ciudad de Huacho se expresa claramente en los siguientes términos: «Que la población de Huaura ha disminuido notablemente, a la vez que ha aumentado la de Huacho, y que esta villa reúne en la actualidad mejores condiciones para ser la capital de la provincia de Chancay»⁷¹. A partir de este considerando, se emite la ley con un único artículo: «Elévase al rango de ciudad, la villa de Huacho, que será la capital de la provincia de Chancay»⁷². Y ello sucedía a pesar de que el puerto de Huacho,

71 Según el bien informado intelectual de origen huachano, Pedro R. Eguiguren, esta ley tenía un segundo «considerando»: «Que la antigua Huaura ha desaparecido por haberse retirado de ella todos sus habitantes, y no contener hoy más que los ruinosos edificios, ocupados por los que fueron antiguos esclavos y los chinos que han cumplido sus contratos». Eguiguren (1959) expresa el siguiente comentario sobre este «considerando» que fue eliminado: «Concepto personal por demás exagerado que felizmente no se consignó en la parte considerativa de la ley» (p. 106).

72 Ver Lama (1877).

adyacente y en el litoral de esta ciudad, solo era considerado como puerto menor. En verdad, hasta este año de 1874, en toda la costa peruana solo trece de ellos tenían la condición o categoría de puertos mayores, y en el nivel de puertos menores había cerca de 30⁷³. Es muy posible que a pesar de que el movimiento portuario huachano no era muy destacado —lo cual indica que no había muy elevada producción para exportarse—, la población en Huacho aumentara de manera considerable, lo que la condujo a un nuevo *status* político-administrativo.

Una breve revisión de la cantidad de población de las ciudades costeñas de la provincia de Chancay confirma el único considerando de la ley que otorgaba las condiciones de ciudad y capital a Huacho. Según el censo de 1876, en esta provincia los centros poblados más importantes ubicados en la costa eran los siguientes: Aucallama, 366 habitantes; Barranca, 1619; Chancay, 1819; Huacho, 3994; Huaral, 585; Huaura, 888; Pativilca, 663; Sayán, 877 y Supe, 1450. Si consideramos la cantidad total de población de los distritos de esta provincia, igualmente, no hay ninguno tan populoso como el de Huacho, cuya población total en 1876 era de 9317 habitantes, y el distrito más cercano que le seguía, en cuanto al volumen de población, era el de Chancay con 4742 habitantes; es decir, este último distrito tenía solo la mitad de población que el de

73 Los puertos mayores, considerados como tales en ley aprobada por el Congreso el 28 de noviembre de 1874, eran los siguientes: Callao, Arica, Islay, Iquique, Pisagua, Payta (*sic*), Pacasmayo, Eten, Pimentel, Salavery, Chimbote, Pisco y Mollendo; los puertos menores eran los siguientes: Tumbes, Sechura, San José, Chérrepe, Malabrigo, Huanchaco, Guañape, Santa, San Bartolomé de Cao, Samanco, Casma, Supe, Huarmey, Huacho, Salinas de Huacho, Chancay, Ancón, Cerro Azul, Tambo de Mora, Lomas, Chala, Atico, Quilca, Ilo, Morro de Sama, Junín, Mejillones, Punta Colorada, Molle, Chumata y Patillos (Lama, 1877, p. 30).

Huacho. Su importancia en este sentido era, pues, incuestionable. Por lo tanto, también lo era su grado de complejidad administrativa y, lo que es de suma importancia, esa voluminosa población huachana difería notablemente de las otras en cuanto a las características raciales y, por consiguiente, culturales.

La tabla 8 ha sido elaborada a partir de la misma información del censo de 1876, solo que en este caso hemos agrupado aquellos datos referentes a razas, cuyos organizadores los redujeron a cinco.

Con esta tabla deseamos mostrar comparativamente la importancia que, en 1876, tenía la población de raza «indios» en el distrito de Huacho. El preponderante volumen cuantitativo de este sector de población huachana debe tenerse presente en lo sucesivo, pues ha otorgado particular identidad a Huacho: un centro urbano al que una parte de la familia La Chira migró, se integró y donde había predominancia cultural «indígena».

Las dimensiones numéricas de «indios» huachanos deben ser comparadas con las de otros distritos costeros de la provincia y no con la totalidad de distritos, porque entre sierra y costa han existido diferentes tradiciones históricas. Por eso, no es casual que los pobladores de esta «raza», de los distritos serranos de Checra, Ihuarí y Paccho, sean importantes en números relativos. La comparación válida es, en consecuencia, solo entre los distritos costeros. ¿Cuál es la diferencia más importante entre Huacho y los otros distritos costeros (Aucallama, Barranca, Chancay, Huaura, Pativilca, Sayán y Supe)? En Huacho son pocos los asiáticos, mientras que en los otros distritos costeros sí tienen una magnitud considerable: en Supe, la menor cantidad

de ellos representa el 30 % de su población total; en Aucallama la mayor cantidad de ellos, el 66 %. Ello se debe a que en estos distritos los chinos en cantidades considerables se encontraban trabajando en las grandes propiedades agrícolas; caso contrario sucedía en Huacho, pues la inexistencia de haciendas en este distrito determinaba que no hubieran trabajadores chinos culíes. Lo que sí existía era una importante cantidad de pequeños campesinos que formaban lo que, desde mucho tiempo atrás, se denomina «La Campiña», compuesta por «indios» campesinos dueños de sus propios terrenos que, desde hace muchos siglos, han rodeado a Huacho y le han brindado sus productos⁷⁴ y su idiosincrasia: lo han convertido en un pueblo dinámico. La explicación que damos, por ser evidente, ya la ofrecían desde antes otros autores.

El alemán Ernst W. Middendorf (1973), que anduvo por el Perú durante 25 años de la segunda mitad del siglo XIX, manifiesta lo siguiente sobre Huacho:

Después de visitar estas ruinas que no eran lo que yo había esperado, cruzamos el valle hasta el río, donde tuve oportunidad de comprobar cuán merecida es la fama de la belleza del paisaje de Huacho. Esta belleza es debida especialmente al hecho de que a diferencia de la mayor

74 Muchas personas en diferentes momentos de la historia particular de Huacho manifestarían lo mismo que lo informado en el periódico huachano *El Amigo del Pueblo* (15 de diciembre de 1929): «Es bien sabido que la campiña de Huacho, fértil por naturaleza, ha sido y es el emporio surtidor de la ciudad. Sin ella[,] la floreciente (*sic*) ciudad huachana no sería más que un remedo de lo que es». Interesa añadir la extensión de esta campiña que también es señalada en este mismo artículo: «Primitivamente constituida la Campiña por una sola y extensa zona comprendida desde los linderos de Huacho hasta las riberas del río Huaura por el Norte, y desde la Pampa de las Animas por el Este, hasta la zona de Agua Dulce o Cerro Colorado por el Sur...».

TABLA 8. Población de los distritos de la provincia de Chancay según razas: 1876.

Distritos	Blancos		Indios		Negros		Mestizos		Asiáticos		Totales	
	N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%
Aucallama	67	3.6	234	12.7	176	9.5	145	7.9	1225	66.3	1847	100
Barranca	397	16.0	1165	46.8	111	4.5	136	5.4	680	27.3	2489	100
Chancay	445	9.4	1300	27.4	482	10.2	934	19.7	1581	33.3	4742	100
Checras	146	5.5	1358	50.9	38	1.4	1123	42.3	1	0.0	2666	100
Huacho	640	6.9	7661	82.2	127	1.4	682	7.3	207	3.1	9317	100
Huaura	147	4.6	720	22.4	246	7.7	199	6.2	1896	59.1	3208	100
Ihuarí	11	0.7	1421	90.0	36	2.3	109	6.9	2	0.1	1579	100
Paccho	39	1.5	2098	78.9	-	-	520	19.7	1	0.0	2658	100
Pativilca	249	7.8	436	13.7	196	6.1	353	11.1	1960	61.4	3194	100
Sayán	226	10.3	552	25.2	106	4.8	451	20.6	853	39.0	2188	100
Supe	333	13.0	958	37.5	148	5.8	342	13.4	771	30.2	2552	100
Total	2700	7.4	17 903	49.1	1666	4.6	4994	13.7	9177	25.4	36 440	100

Fuente: Censo Nacional 1876.

parte de los valles de la Costa, aquí el suelo no está dividido en grandes propiedades, sino en muchas pequeñas, en las cuales, además de la alfalfa, maíz, yuca, camotes, papas, calabazas y melones, se cultivan muchos otros frutos, como naranjas, lúcumas, guayabas, pacaes, paltas y plátanos. Los verdes campos, que al alternar con arboledas, frondosas avenidas y setos, determinan que todo el paisaje sea sumamente ameno, en tanto que los valles en que predominan las grandes haciendas, por muy fértiles que sean sus tierras, son casi siempre de aspecto monótono, pues generalmente se dedican al monocultivo, y en especial de caña: los cañaverales fatigan la vista por su uniforme color verde pálido. Rodeadas de altos árboles frutales, las viviendas en el valle de Huacho se encuentran ya aisladas, ya en conjunto, formando así pequeños pueblos, y todos pertenecen a la jurisdicción de la ciudad. La aldea más grande que pasamos se llama Cruz Blanca, tiene una iglesia con dos pequeñas torres que de lejos parecían muy bonitas, pero ya de cerca descubrimos que estaban construidas de tablas pintadas de blanco (tomo II, p. 190).

La mencionada particularidad social huachana, no muy frecuente en la costa peruana, que se percibe en un comportamiento diferente del conjunto de habitantes de esta campiña huachana, fue percibida por José Carlos Mariátegui; seguramente ocurrió así porque la tuvo cerca de niño y, durante sus años de vida en Lima, luego de su retorno de Europa, las noticias le pudieron llegar a través de su familia materna. Los términos entusiastas con los que él se refiere a estos campañeros son los siguientes:

Los pequeños propietarios y arrendatarios de la campiña de Huacho han heredado y conservado de sus ascendientes aborígenes, sino la propiedad común de la tierra, muchos hábitos de mutualidad y algunas prácticas comunitarias, que demuestran hasta qué punto, aun en la costa, subsiste el sentimiento socialista del agricultor nativo. La ayuda recíproca en la faena de la siembra y cosecha no ha sido destruida en la Campiña de Huacho por la transformación de la propiedad y de las costumbres. Los campesinos de cada caserío se distinguen hasta hoy en esa campiña por su espíritu de solidaridad. Y estas pervivencias no se explican, como algunos podrían imaginarse, por mero conservatismo. Todo lo contrario, la Campiña de Huacho ha albergado invariablemente tendencias avancistas y renovadoras. En ella han encontrado [el] ambiente favorable, el espíritu y las teorías clasistas. Las primeras manifestaciones de una ideología proletaria han encontrado prontamente propagandistas y prosélitos entre campesinos de Huacho, cuyas luchas en la época de agitación de las 8 horas y contra el encarecimiento de las subsistencias, colocan al campesinado de Huacho en la vanguardia de nuestro movimiento social (Zubieta Núñez, citado en Mariátegui, 1929, p. 7).

El pueblo de Huacho que José Carlos Mariátegui vio

Para conocer los nuevos perfiles modernizantes que asumía ese Huacho que José Carlos vio en algunos de los años del período, desde fines del siglo xix hasta comienzos del siglo xx, utilizaremos los recuerdos testimoniales de Pedro R. Arévalo, huachano, quien en la edición especial por el cincuentenario de *El Imparcial*⁷⁵ responde una pregunta que al mismo tiempo es el título de su artículo: «¿Huacho a principios del siglo xx?». Contrastaremos esta personal versión, preferente aunque no exclusivamente, con la Memoria que, en el año 1898, presentó el alcalde Celso Herrera⁷⁶, donde sus quejas son al mismo tiempo ansias y pretensiones de lograr un Huacho diferente, moderno, que adopte los avances de su tiempo alcanzados por otros lugares.

Pues bien, desde hace mucho tiempo, la arteria principal de Huacho era *Malambo*⁷⁷. Por entonces, durante el

75 Ver *El Imparcial* (20 de junio de 1941, p. 3).

76 Ver Archivo Provincial de Huaura-Huacho, Memoria del alcalde Celso Herrera, 1898, N.º 25, Letra B.

77 Según Fernando Romero Pintado, la palabra *malambo* es un afronegrismo. Explica así los orígenes de la presencia de este término: «Desde el Sur[,] los negros recién venidos fueron dejando en Sudamérica recuerdos toponímicos de sus agrupamientos urbanos en ciudades, aldeas, barrios o calles que recibieron nombres que giraban en torno de “Malambo” a fuerza de las diferencias tonales que sólo los bozales eran capaces de distinguir. En lo que respecta al Perú, y a Lima más precisamente, el nombre ha sido siempre bastante popular debido al poblado que, mediando el siglo xvi, crearon en la margen derecha del río Rímac» (Romero, 1988, p. 168). A continuación, este autor presenta varios

período que estamos tratando, se la comenzó a designar como Jirón de Julio, tal como perdura hasta la actualidad. En la Memoria indicada por el alcalde, se manifiesta que en alguna parte de esta calle se habían colocado y refaccionado veredas, lo que había servido no solo para embellecer al poblado, sino también para «dar pan» a los trabajadores. En esta línea, Pedro Arévalo nos indica que «las veredas en su mayor parte [eran] de tablas o de adoquines».

Esta vía central, a pesar de su importancia, no estaba canalizada; es decir, no existía un canal o acequia con agua permanentemente discurriendo por la cual fuera posible que determinados desperdicios, incluyendo excretas humanas, fuesen arrastrados lejos, hacia el mar. Obviamente, la falta de canal tuvo graves consecuencias respecto a la limpieza, al ornato y a la salubridad de la ciudad. Por retrasos históricos o de simples gestiones administrativas, tampoco había servicio generalizado de agua y desagüe a través de tuberías. Una superlativa queja del alcalde era que aún en 1898 faltaba «la canalización de la acequia de la calle Malambo» y que ello se debía, ¡caramba!, a la desaprobación del expediente que él ya había elevado a la H. Junta Departamental. Ni quisiera —nos indica— se había podido realizar el estudio técnico correspondiente.

La población y los aguadores se abastecían de agua de varios pilones públicos. Los aguadores eran similares a los que para Lima, y por igual para el siglo XIX, en su diaria actividad pintó Pancho Fierro: se trasladaban en burros que cargaban dos pequeñas pipas o botijas; estos aguadores,

posibles orígenes etimológicos entre lenguas africanas de la palabra *malambo* que no conviene al caso ampliar. Corresponde indicar, eso sí, que hemos comprobado personalmente esa frecuente presencia. Además, encontramos calles con este mismo nombre en Eten, Sayán, Zaña y, por supuesto, en Lima.

pagando unos centavos, también se abastecían de agua de El Chorrillo, en la misma playa, para lo cual tenían que descender la larga rampa que partía y que aún parte desde Huacho, en lo alto, hasta los arenales playeros verdeados producto del agua dulce que cae desde los chorrillos por las capas freáticas.

Según Arévalo, «el alumbrado (en Huacho) era por kerosene, con grandes faroles en las esquinas y en las plazuelas». Por su parte, el alcalde confiesa: «No puede decirse que [este] servicio es bueno y creo no lo será hasta que se cambie el sistema actual; esto es, hasta que se establezca en esta capital alguno de los modernos como por ejemplo el de luz eléctrica y gas acetileno». Este alcalde muestra su sinceridad cuando, en tono quejumbroso, escribe que «el sistema de alumbrado por kerosene es además de deficiente, malsano», por lo tanto, resalta, debe ser reemplazado a la brevedad. En los pueblos costeros se iba generando una aspiración, una presión invisible y silenciosa. Así, no pasaron ni cinco años de esa Memoria y las primeras bombillas eléctricas se encendieron en la calle Malambo y en otras vías céntricas huachanas. En *El Imparcial* del 14 de noviembre de 1903, se informaba así la importante noticia:

Anoche se hizo la prueba de esta luz en algunas calles de la ciudad y pudimos convencernos que es buena, superior a la que tiene Lima, y un beneficio inapreciable para la localidad. Con este motivo, la espaciosa recta de la calle de Malambo estuvo concurridísima así como las otras calles alumbradas.

Entre particulares se bebieron algunas copas de licor por la Empresa Luz Eléctrica de Huacho.

Mañana debe de quedar terminada la instalación en todas las calles de la ciudad y alumbradas estas por consiguiente.

Ya casi no quedan en el actual Huacho aquellas casas que tenían «corredores» «o sea —nos indica Pedro R. Arévalo— la prolongación del techo hacia la vereda, habiendo columnas al filo de los sardineles, con sus respectivas barandas». Sostenemos lo anterior, pues Arévalo amplía a continuación que esas barandas «eran el sitio ideal para los muchachos mataperros, que nos dedicábamos a jugar a las bolas, trompo, “ñoco”, “mundo”, etc., con gran disgusto de los dueños de casa, sobre todo de las abuelas». Y en algún momento, las quejas llegaron hasta cierto periódico de la localidad que, con el agresivo y abultado título «Muchachos vagos», informaba acerca de unos niños que jugaban con bolas, trompos y otros análogos, y que había que hacer algo ya que interrumpían el paso de los transeúntes (*El Imparcial*, 16 de octubre de 1893). Felizmente, este periódico huachano diferenciaba a estos niños de aquellos que, con alguna exageración, informaba que estaban «entregados al vicio». Justamente, ese es el titular de *El Imparcial* (13 de octubre de 1906) que publicaba la noticia de unos 30 muchachos cuyas edades oscilaban entre diez y quince años y que, en el área de un muladar de la calle Sosiego, estaban «entregados con toda tranquilidad al juego de centavos». Por lo tanto, *El Imparcial* añadía que se debía informar a la policía y solicitar que el prefecto reaccione.

Retornando a aquel Huacho que vio el niño José Carlos, es Pedro Arévalo quien describe la parte central de la ciudad y los principales templos religiosos:

La Plaza de Armas ostentaba su hermosa pila al centro, rodeada de jardín y una buena verja de hierro. La torre de la Iglesia Matriz no estaba enyesada presentando su desnudo aspecto de canasta de cañas de Guayaquil. El atrio tenía pilares de adobe y verja de hierro. La iglesia del Cercado —esquina hoy de Gálvez y Echenique— presentaba sus torres en ruinas y sus altares con las huellas del incendio que la destruyó dejándola sin techo.

El mercado del que diariamente la población huachana se aprovisionaba de comestibles se hallaba en la Plaza de San Quintín, que actualmente es el parque Mandamiento; tenía un techo muy modesto de cañas y torta de barro. Para 1898, según el informe del alcalde, este mismo edificio era «ya muy reducido y de otro lado no está en armonía con el progreso alcanzado por Huacho», y la solución dependía fundamentalmente de las decisiones de la Junta Departamental, pues ya él había presentado «la propuesta de don Santiago Marcovich para construir una Plaza de Mercado». No conocemos las circunstancias de cómo ocurrieron las decisiones y la ejecución, pero sabemos que poco después hubo un nuevo mercado de abastos en Huacho, construido de madera.

Huacho era una ciudad pequeña pero activa. Su población, según el censo de 1907, solo alcanzaba a 6283 habitantes. Y si incluimos a la población de La Campiña (Hualmay, Santa María, Luriana, Zapata, Amay, etc.), esa cantidad podría alcanzar a 15 000 personas.

En ese pequeño mundo urbano, existía un importante sector de extranjeros compuesto por argentinos, colombianos, ecuatorianos, franceses, alemanes, austriacos, españoles, ingleses, italianos griegos, turcos, japoneses y unos 200 chinos que controlaban gran parte de las actividades comerciales.

Además de barrios tradicionales como Chaquila, las actividades comerciales se concentraban en las calles Malambo, El Comercio y El Correo, donde estaban las agencias de aduanas, los almacenes, las pulperías, las chinganas, los billares, los consultorios médicos, los estudios de abogados, las notarías.

Al ya mencionado mercado de San Quintín, muy de mañana, concurrían las mujeres de Carquín con sus lapas de pescado sobre la cabeza; llegaban las campiñeras con sus atados de pastos, porongos de leche, paquetes de verduras y alharaquientas aves; también, de vez en cuando, asistían paisanas con vestidos multicolores y ofrecían aves, quesos y manjarblanco de Oyón, La Chimba o Andajes.

Huacho tenía un hospital con buenos médicos y centros educativos que funcionaban desde algunas décadas atrás. La vida religiosa era profunda y muy dinámica. Habían varias sociedades mutualistas, periódicos de diferentes tendencias, fumaderos de opio totalmente consentidos, casas de tolerancia con numerosa asistencia de clientes.

Por estos tiempos aún funcionaba —jalado por caballos— el tranvía o *trainway* que se desplazaba desde el puerto, transitaba por Huacho y terminaba en Huaura, para de inmediato recorrer el camino inverso; el servicio era continuo desde las siete y cuarto de la mañana hasta las seis de la tarde.

Por tener puerto inmediato, por ser un buen mercado para la presentación de actividades culturales y de recreación, y de seguro porque la gente tenía con qué pagar, permanentemente llegaban a Huacho circos, gitanos, fotógrafos, grupos de teatro y zarzuela. También llegaban empresarios que presentaban la novedad del siglo: funciones cinematográficas. Este pueblo norteño estaba abierto a la modernidad y a las novedades, todo lo cual despertaba la curiosidad, la fantasía y la inteligencia del pequeño Josecito.

El puerto, con sus rancherías estampadas en los cerros, facilitaba el traslado de productos del lugar: azúcar, algodón, cerdos, pastos y sal, así como la llegada de productos hacia el mercado interno. Por este mismo puerto, de manera regular, decenas de personas subían a barcos de distintos calados que las trasladaban en cabina o cubierta al Callao, Eten, Supe, Tumbes, Paita, Casma, etc.

Años después, y con el efluvio de estas visiones pasadas, Mariátegui expresaría: «Yo no he sabido nunca lo que es la nostalgia, siempre siento una extraña alegría cada vez que tomo un barco, un tren para marcharme a otra ciudad» (Bazán, 1980, p. 13).

Las nostalgias religiosas de su niñez y la religión en Huacho

Si bien posiblemente el recuerdo más intenso de José Carlos en sus años huachanos es aquel accidente a causa de una caída en la escuela a la que asistía, él expresa algunas remembranzas que vale la pena presentar.

Por el año 1912, cuando tenía casi 20 años y ya trabajaba en Lima en el diario *La Prensa*, y en momentos en que se celebraba la Semana Santa, Mariátegui (1991) escribía: «Pero en estos días de semana santa, los más indiferentes se conmueven, y, dedican unos cortos instantes a recordar los días en que pequeñuelos, escuchaban la voz cariñosa de la madre que los iniciaba en el culto de Dios» (p. 14).

Este asunto de la religión vinculado con el afecto maternal y seguramente con su hogar huachano es retomado en no muy diferentes términos en varios de sus escritos como cronista juvenil. En un instante, cuando se celebra la Cuaresma, compara el presente en el que se hallaba, donde no todo era pureza:

El cronista ha oído a uno de estos predicadores. Ha sentido cómo el efluvio de los años en que la fe ingenua y sencilla de su infancia tenía alburas de eucaristía y no había sido aún salpicada por el fango de la vida (p. 204).

En otra ocasión con sentidas y angustiantes vacilaciones escribe lo que sigue:

En el horizonte de sus recuerdos, el cronista ve alejarse los días serenos de su infancia, que arrullara la fe entonces intacta. Y se hace ilusión de sentirse otra vez niño y bueno, como cuando no había amargado aún su espíritu el torcedor fatal de la duda (p. 208).

Es muy seguro que, en sus tiempos de niño huachano, José Carlos haya visto las celebraciones de la Semana Santa, Corpus Christi o San Pedro, cuyas majestuosidades ya impresionaban a William Stevenson. A comienzos del siglo XIX, Stevenson (1971) veía que eran espléndidas las decoraciones de las iglesias, comprobaba que eran ostentosos los gastos de los mayordomos, alfereces y mayores. No dejaba de sorprenderlo la enorme cantidad de chichas y cuyes horneados con abundante ají que se consumía, y hasta le agradaban por sus coloridos bailarines, como los *huancos* con plumas de avestruz en sus cabezas o los *chimbo*s vestidos con un alegre poncho con amplios pantalones moriscos, que danzaban al compás de arpas y guitarras. En estas fiestas, tanto durante la procesión como cada noche, se quemaban «grandes cantidades de fuegos artificiales» (pp. 216-217).

No es muy diferente lo que vio este viajero inglés con lo que en el diario *El Imparcial*, del 14 de junio de 1895, se indica sobre el Corpus Christi de este año: «Suntuosa como todos los años ha estado ayer la fiesta de Corpus que los devotos indígenas celebran en la Iglesia Matriz de la ciudad». Precisa que hubo misa solemnísima, víspera a ello se quemó

un castillo de fuegos artificiales en la Plaza Principal, e indica que se eligió al nuevo mayoral y a sus once mayordomos.

En ese pueblito del Norte Chico, de cultura yunga, aún subsistía cierto paganismo durante las fiestas religiosas que el propio José Carlos había señalado en sus *7 ensayos*. La religión era principalmente culto y liturgia; por ello, las procesiones no eran incompatibles con los cohetones, los picarones, los danzantes y la harta chicha que conllevaba a consecuencias imprevisibles. Las organizaciones religiosas de iniciativa y de carácter popular ya estaban muy interiorizadas en todos estos poblados y formaban parte del quehacer cotidiano: el cumplimiento de determinadas ceremonias, como el bautismo y el matrimonio, era una obligación notablemente sentidas y, por ello, acatadas.

Sin embargo, en ocasiones y justamente por estos años, curas con espíritu misionero salían de sus parroquias pueblerinas, se internaban en La Campiña o visitaban las rancherías de las haciendas para identificar a los que vivían «en pecado» como convivientes o a los que no habían bautizado a sus criaturas⁷⁸. En esas mareas altas de religiosidad ritualasca, comandadas por algún curita embriagado por sus creencias, en ocasiones aparecían migrantes andinos que aún mantenían sus cultos a los *apu*, y chinos que, aunque no les importaba el asunto —por las sutiles y persistentes presiones de sus mujeres o porque creían que todas las religiones son buenas—, aceptaban el bautizo o el matrimonio católico, apostólico y romano. Y al día siguiente, por igual, al trabajo, al tambo o al negocio.

78 Un escritor de la región, Nicho (1983), nos precisa lo siguiente: «Las periódicas prédicas de los misioneros a los templos de Cruz Blanca, Santa María y Luriama (barrios de La Campiña) calaban hondo en la creencia de la feligresía» (p. 72).

Así, desde lejanos tiempos, cada barrio de La Campiña tenía su santo tutelar: en Luriamá era el Señor de la Caída; en Santa María, el Señor de la Piedad; en Cruz Blanca, el Señor del Auxilio —hasta que fue desplazado por Fray Martín de Porres cuando se instaló en el templo de ese barrio⁷⁹—; en Hualmay, por supuesto, San Isidro Labrador no podía dejar de ser el santo más importante; además, en el barrio de Santa María cobró importancia la fiesta de la Virgen Dolorosa.

En este barrio, esta festividad se celebraba el viernes que antecedía a la Semana Santa. Al igual que en otros lugares cuando el fervor por un santo cobraba importancia, en Santa María, los devotos —conocidos campesinos de este barrio— formaron la Sociedad de Dolores. Cada año elegían al mayoral quien, para que su nombre retumbara, debía organizar una fiesta bulliciosa que limitara con el estruendo.

En estas ocasiones, era inevitable la distribución de los gastos: «Era de rigor designar a los cobradores que deberían salir dos o tres días antes a recoger las limosnas. Por lo general, éstos eran nombrados entre aquellos que ya conocían su “oficio” o que tenían relaciones de amistad en los diferentes barrios»⁸⁰ (Nicho, 1961, pp. 71-72).

79 La presencia de Fray Martín de Porres debió ocurrir antes de 1893, pues en *El Imparcial* del 25 de octubre de ese año se afirmó que en Cruz Blanca se preparaban para la solemnísimas fiesta que se llevaría a cabo en el mes siguiente en honor de ese santo patrón. La nota periodística añade: «Cruz Blanca, Tambo Blanco y demás barrios vecinos se vestirán de gala, desde las vísperas cantadas, fuegos artificiales, procesión y panegírico por el Dr. Maldonado, orador sagrado... A cortos trechos, por donde la procesión transite, se levantarán arcos triunfales, vestidos de flores naturales y fragantes».

80 Nos extendemos en la parte donde este autor huarino se refiere a los cobradores; dice que ellos «llevaban consigo una imagen pequeña del Patrón del Pueblo y un costalillo donde “el cajero” iba guardando la limosna. Todo transeúnte que encontraban lo detenían y alcanzándole la imagen le decían: “Una limosna para

A eso se añade, para alivio del mayoral, que algunos devotos asumían la responsabilidad de sufragar los gastos del castillo, otros se comprometían a pagar la banda de música, unos se «apropiaban» de los gastos de los cohetones del alba y los más entusiastas se decidían por lo que costara el toro o torillo para la fiesta.

Como se observa, las diversas festividades religiosas tenían toda una organización que las impulsaba o cuyos miembros se vinculaban por similares simpatías, por compartir un mismo gremio, por identificaciones o creencias específicas, o por preferencias religioso-sentimentales. Por ejemplo, la devoción por la Medalla Milagrosa se centraba en la gente que laboraba en el hospital El Carmen y trascendía de este ámbito en sus manifestaciones de solidaridad con los enfermos⁸¹.

San Pedro, como no podía ser de otra manera, era el gran santo de los pescadores del puerto de Huacho: tenía una plazuela a su nombre y la gente de mar le había levantado una capilla. Las fiestas duraban por lo menos cuatro días: eran en parte religiosas, con misa y procesión; pero también profanas, con regatas o carreras de botes, cohetes de arranque, función de circo, jugadas de gallo, castillo de fuegos artificiales en la noche, danzas de *huancos* y de toros.

el Señor". El feligrés tomaba la Imagen con reverencia, le daba un ósculo y entregaba su limosna. Y no podía negarse, porque sino se "condenaba" o se convertía en postulante futuro al reino de don "Sata".

- 81 Respecto a esta antigua veneración por la Medalla Milagrosa, en *El Imparcial* (N.º 796, 29 de noviembre de 1906) se informaba que, con motivo de celebrarse el 76.º aniversario de la manifestación de la Medalla llamada Milagrosa, cuyo acontecimiento tuvo lugar el 27 de noviembre de 1830, se realizó una sencilla fiesta en el hospital El Carmen. Tres hijas de María reunieron su dinero y agasajaron a los enfermos en los salones convenientemente decorados (todo esto presidido por una imagen de María Inmaculada): les compartieron porciones de alimentos y cada uno recibió su limosna. Al final, luego de la procesión, se sirvió la comida.

El «jolgorio» transcurría sin ningún desorden, aunque en ocasiones intervenían una turba de mataperros que alborotaban al pacífico Huacho, y con justeza eran considerados irreverentes por su comportamiento en los actos y las ceremonias religiosos.

Como una contraorden al temperamento festivo de estas conmemoraciones religiosas, durante la Semana Santa se experimentaba determinada calma y paz, entonces hasta «los más indiferentes se conmueven». Durante los seis días de celebraciones en Huacho, casi ni se suspiraba. La asistencia al templo era masiva; allí se oraba para fortalecer el alma. La procesión recorría durante tres días con todo orden y recogimiento, y no faltaba el «Sermón de las tres horas». Al final, durante el «Sábado de Resurrección», las campanas de la iglesia matriz de Huacho se echaban al vuelo anunciando el *Gloria in Excelsis Deo*, se quemaban petardos y la ciudad recobraba su movimiento acostumbrado (*El Imparcial*, N.º 757, 14 de abril de 1906)⁸².

82 En el anexo 8 presentamos una crónica sobre la Semana Santa en el pasado, escrita por Maritza Gallangos Lobato.

Recuerdos del mundo festivo, circense y de la tauromaquia

Ese mundo festivo de Huacho, que con frecuencia no estaba separado de la religión y que en parte estaba destinado a los niños, también estuvo presente en los recuerdos juveniles de José Carlos, cuando firmaba en sus escritos como Juan Croniqueur, pues en un instante narra:

Cuando fuimos niños a todos nos sedujeron por igual las maravillosas pruebas de los gimnastas; a todos nos hizo reír la astucia bartolesca del payaso y la bellaquería resignada y filosófica del tony; a todos nos dio miedo y emoción el equilibrio trágico, durante el cual la orquesta dijo una música sorda monótona que nos hizo temblar; a todos nos hipnotizó la gracia aérea de los trapecistas y de los saltadores. El circo tiene para nosotros este recuerdo ingenuo que se abrillanta y se dora con la añoranza de las tardes luminosas de los matinées que nos hicieron soñar toda la semana con la alegre promisión de la tarde dominical (*La Prensa*, citado en Rouillón, 1975, p. 43).

Entre la importante información del archivo del Concejo Provincial de Chancay, hemos hallado que en el año 1901, cuando José Carlos residía en Huacho e iba a una escuelita, el Concejo brindó una serie de autorizaciones

que, debido a su importancia como base de los recuerdos posteriores de José Carlos, al caso interesa mencionar algunas de ellas. Por ejemplo, con motivo del Corpus Christi, se presentó una función diurna de la Compañía Infantil Acrobacia para que se jugara una batalla de gallos en el coliseo —a realizar en la plaza de toros (calle Cocharcas)—, se dieron varias licencias para levantar toldos y para freír picarones, se vio por conveniente permitir una serie de funciones de cinematógrafo en el teatro de esa localidad (Huacho) y una función de Moros y Cristianos, también tres corridas de toros en la plaza y, por supuesto, funciones de títeres pero en esta ocasión en la campiña de la ciudad.

A no dudar, mucho de lo mencionado, que en otros años se repetía de manera parecida, ha sido parte de lo que José Carlos vio y vivió en su niñez. No es un hecho al azar que también señale en varias ocasiones su pasión por los toros, a la que llama morfina. Por eso —precisa—, coleccionó revistas de tauromaquia (*Sol y Sombra*, *Don Modesto*) y hasta formó una biblioteca taurina. Mariátegui (1991) añade luego: «Sabía los colores de los toros, cuándo se llamaban caretos, calceteros, cuándo se llamaban capirotes, cuando se llamaban berrendos. Y hasta escribí revistas» (p. 64).

En otro artículo que redacta poco después añade que también aprendió tauromaquia y con los años toda esta afición se atemperó. A los 22 años, decía: «Los toros me placen con muchas restricciones y tan sólo en ciertos estados de ánimo» (p. 75).

Pues bien, la afición a la corrida de toros entre los huachanos seguramente ha presentado la misma característica adictiva que Mariátegui señala que mantuvo para él. Toda esta pasión masiva del pueblo huachano había conducido a que en el siglo pasado ya hubiera cosos, que muy cerca en la hacienda Vilcahuaura se criaran toros o que se los buscara muy fácilmente en la quebrada de Sayán o en las lomas de Lachay⁸³. Por toda esta afición, en Huacho se presentaban importantes toreros y también compañías españolas. Y como tenía que suceder, se utilizaban en el lenguaje cotidiano cuartetas alusivas a la tauromaquia, extraídas del diario huachano *El Imparcial*, citadas a continuación:

*Al que no ve esta corrida
lo declaro sin vergüenza
le volverá a dar la influenza
y no tendrá larga vida.*

*A los toros tempranito
que repiquen las campanas
que yo tengo muchas ganas
de ver el primer torito.*

La continuidad de la afición huachana por la tauromaquia está indicada con mucha frecuencia en los periódicos que

83 Hasta hace pocas décadas, las lomas de Lachay o Conti Lachay fueron para vacunos y laneros un lugar de consumo del pasto natural que allí crecía; por eso, era necesaria la presencia de gente «indígena» que cumpliera funciones de pastores, tal como lo hemos descubierto en los archivos parroquiales y hasta en noticias esporádicas en *El Imparcial*.

se editaban en esa capital de la provincia de Chancay. Un ejemplo lo hallamos en las siguientes notas versificadas de «Eusebio», seudónimo que utilizaba Eladio Sánchez Bazán:

*Cada cual toma su parte...
en las grandes ovaciones,
y aún, sólo en las tardes de suerte
que producen el disloque
el propio mozo de estoque
cita... y se tira a la muerte.*

*La corrida, pues, lector,
salvo uno que otro lunar,
y dará mucho que hablar;
y aquí conviene anunciar
—tanto a sabios como a necios,
por afición u oficio—
que serán gratis los precios
porque es tarde a beneficio popular.*

Los años en Huacho

Aún no es posible determinar con precisión cuánto tiempo de sus primeros años de vida los pasó José Carlos en Huacho. La información previamente reunida indica que creció en el pueblo del Norte Chico durante algunos años, cuya cultura —tómese este concepto como lo hacemos los antropólogos—, mayormente determinada por la numerosa población indígena yunga, debió ser la base de su comportamiento posterior. Más adelante, cuando residía de manera permanente en Lima, regresó en algunas ocasiones y no solo cuando era infante o adolescente, sino siendo ya mayor, cuando tenía la disposición de crear el socialismo peruano luego de su retorno de Europa⁸⁴. Uno de los rasgos más

84 Las referencias que emiten las personas mayores sobre las visitas de José Carlos a Huacho son muchas. Un señor Pichilingue, cuyo nombre no anoté ni tampoco la fecha en que conversamos, me dijo haber visto a José Carlos junto a su madre: era delgado y cojo, y ya no trabajaba en *La Prensa*. El señor Pedro José Acha Yacila (84 años), según declaraciones que hizo a un periódico huachano (*Q'hay*, N.º 67, 20 de octubre de 1994) y de acuerdo a lo que conversamos el 5 de enero de 1995, vio a Mariátegui, a quien llamaban *el cojito La Chira*. Si realizamos deducciones sobre la edad de Mariátegui y las veces que este señor lo vio, ello pudo ocurrir a partir de 1917, es decir, cuando José Carlos se encontraba cerca a los 25 años. Otra persona que vio al Amauta fue Blanca Drago Persivale de Bisso (75 años) y residió en Huacho, hija de la señora Angélica Persivale de Drago (quien fuera vecina y amiga de Amalia. Vivía en Malambo, frente a su casa). Esta señora recuerda haber visto a José Carlos en silla de ruedas en la puerta de la talabartería de su tío Juan Clímaco La Chira. Una última persona emparentada con los La Chira, Natalia Zenozáin Motta (85 años), aunque su verdadero apellido paterno es Vallejos (cuya hija trabajó unos años con Julio César en Minerva y tiene un rostro muy parecido a Amalia La Chira), además de otras informaciones señala que no eran escasas las visitas de Amalia cuando ellos vivieron (35 años) en la hacienda Desagravio.

evidentes señalados por otros autores —sin sostener que sus orígenes se encuentran en las vivencias de esa niñez— es la religiosidad popular que rodeó al hogar y a Huacho durante los años de niñez de José Carlos. También debe considerarse el nivel educativo de las personas y del poblado que igualmente estuvieron próximos a él.

De todas maneras, Huacho estuvo muy presente en la infancia de José Carlos. La personalidad cultural de ese pueblo —tómese este concepto como lo hacemos los antropólogos—, mayormente determinada por la numerosa población indígena yunga, tuvo un peso fundamental en su comportamiento posterior. Algunos de estos rasgos han sido señalados por otros autores que no han indicado que sus orígenes o su raigambre se encuentran en este entorno vivencial de la niñez.

Como se indicó anteriormente, no parece que durante los años 1894-1899 la señora Amalia La Chira y sus hijos hayan residido en Huacho: lo primero que consideramos es el nacimiento del propio José Carlos, el 14 de junio de 1894 en la ciudad de Moquegua. Una información adicional confirmada es que, en el año 1896, ella estaba en Lima y bautizó en la parroquia de Chorrillos a su último hijo, aquel que posteriormente adoptó el nombre Julio César y en la ceremonia religiosa fue bautizado como Juan Clímaco Julio⁸⁵; la madre de Amalia fue la madrina en esa ceremonia. Una tercera averiguación que ayuda a comprobar la presencia de Amalia en Lima, quien de seguro estaba con sus hijos, como siempre la vieron, nos la proporciona

85 Guillermo Rouillón presenta una copia de la partida de bautismo de Julio César, la misma que nosotros hemos visto en los libros de bautismo en la parroquia de Chorrillos (ver anexo 3).

el *Almanaque de El Comercio*, publicación que anualmente editaba en papel periódico ese antiguo diario limeño.

El *Almanaque* presentaba, entre otros múltiples asuntos⁸⁶, la extensa relación de los suscriptores denominada «directorio». En la página 369 de la versión de 1899, se lee que Amalia Vda. de Mariátegui (*sic*), quien residía en la calle Naranjos, Ayacucho 11a, N.º 439, era suscriptora de *El Comercio*⁸⁷. Precisemos que ese jirón Ayacucho es el actual jirón Antonio Miró Quesada y que la calle Naranjos estaba cerca de un lugar muy conocido entre los limeños llamado 5 Esquinas, en pleno Barrios Altos. Esta referencia no es la única respecto a la presencia en esos años de Amalia en Lima. Según el sociólogo Rafael Tapia⁸⁸ —quien un tiempo se dedicó a la historia oral en su interés por la historia del APRA y del Partido Socialista—, en la entrevista que hizo a un dirigente obrero, le escuchó hacer la misma precisión sobre la residencia de Amalia La Chira en los Barrios Altos. Sin embargo, estas breves referencias

86 El de 1899, por ejemplo, comienza con una página con todo el almanaque del año; en varias otras continúa la presentación de cada mes, en donde se indica día a día los santos que corresponden y las frecuentísimas fiestas religiosas. No son pocas las páginas que continúan y explican los fenómenos atmosféricos. Hay una sección que sirve para informar a los lectores sobre los ferrocarriles, cables submarinos, muelles, diques flotantes y vapores; otra, para indicar las contribuciones e impuestos fiscales; una más, sobre correos, telégrafos y teléfonos. Una extensa sección está destinada a la República del Perú: altitudes, superficie y población, forma de gobierno, anuario de funcionarios públicos y el cuerpo diplomático y consular. Le sigue el Estado eclesiástico y, a continuación, «diversas instituciones nacionales». Las leyes y las resoluciones dictadas por los Congresos de 1898 comienzan en la página 249, y las estadísticas de comercio, en la 287. Al final, el directorio de los suscriptores de *El Comercio* recién inicia en la página 331 y está dividido según lugares de residencia de esos suscriptores: Lima, Barranco, Chorrillos y Callao. La presencia de propaganda comercial es bastante frecuente y está intercalada con la información reseñada.

87 Recordemos que F. Mariátegui en 1899 residía en Callao. Ver nota al pie de página N.º 46.

88 Conversación personal (11 de noviembre de 1994).

no añaden nada sobre las actividades de Amalia en Lima cuando frisaba los 40 años de edad.

La presencia de Amalia con sus hijos en Huacho es totalmente explicable si recordamos que ella se encontraba sola y abandonada, sin pareja conocida estable, cuando tiene a sus dos últimas criaturas. Si aceptamos los hechos de que José Carlos nace en Moquegua en 1894 y que su hermano Julio César nace (o por lo menos se bautiza) poco después en Chorrillos (por entonces parte de Surco, Lima) y que todo ello le ocurre a Amalia casi en la soledad, es permisible deducir que en esas circunstancias, y ya que en Lima no le iba bien, debió pensar en retornar a Huacho donde sí tenía el apoyo familiar requerido.

Allí estaban residiendo de manera estable dos de sus hermanos (Juan Clímaco y Petronila) y su madre que, al parecer, la estuvo acompañando durante el tiempo que vivió en Lima y en sus poblados próximos como Chorrillos.

De manera muy espontánea, sin ninguna intención autobiográfica y sin esforzar la memoria, el mismo José Carlos nos narra de su presencia en Huacho, durante el año 1900 o 1901, cuando aún era un párvulo de unos 6 años. Refiriéndose a sus impresiones de lo que vio cuando era un infante en una función de circo, escribe de esta manera: «Cuando tuvimos seis años, fue sobre un trapecio, sobre la cuerda floja o sobre el trampolín donde ante nuestros ojos maravillados e ignorantes surgió dislocada y ágil la figura de una mujer acróbata»⁸⁹.

En 1901, en Huacho, se presentaron cuatro compañías de acróbatas: la primera, la Compañía Infantil Acrobacia

89 Ver Rouillón (1975, p. 43). Para conocer el artículo completo, ver Mariátegui (1991, p. 118).

dirigida por el argentino Gregorio Díaz, el 3 de febrero en el local de la Plaza de Toros, calle Cocharcas; la segunda, conducida por José D. Flores, se presentó el 30 de mayo; la tercera, cuyo propietario era Bernabé Laví, realizó algunas representaciones acrobáticas a partir del 20 de octubre en el local del teatro de Huacho; una última compañía, propiedad de Ildefonso Betancourt, igualmente realizó varias funciones en la calle Malambo a partir del 25 de octubre⁹⁰. alguna de estas compañías —posiblemente la última, cuyas funciones tenían lugar en el coso colindante con el hogar de Amalia— presentaba a esa mujer acróbata que tanto impresionó a José Carlos cuando se encontraba entre los seis y los siete años.

Para el año 1896, hallamos a un hermano de Amalia La Chira, Juan Clímaco, asentado y viviendo en Huacho con la familia que había formado con María Cerrate; él tenía 24 años y ella, oriunda de Chiquián, 27. En mayo de ese año, había nacido la primera y única hija que tuvieron juntos, llamada María Petronila; María Cerrate falleció al poco tiempo. Mientras Juan La Chira estuvo en Huacho siempre se dedicó a la talabartería⁹¹. El local en el

90 Ver, en el Archivo Provincial Huaura-Huacho, los oficios sobre licencias expedidas en el año 1901.

91 Así, en el periódico huachano *La Patria* del domingo 31 de enero de 1904 encontramos el siguiente anuncio: «Talabartería. Se hacen monturas de todas clases. (sic). Malambo. J. La Chira». *El Imparcial* del 29 de agosto de 1907 inicia la publicación de lo que se denominaba «Matrícula Industria» y «Matrícula Rústica» en las que colocaba lo que cada contribuyente debía pagar de acuerdo a las actividades económicas a las que se dedicaba. Según la primera de las matrículas, en Huacho había seis talabarterías, entre las que estaba la de Juan C. La Chira, quien en ese año (1907) debía pagar S/15. Dieciséis años después, en el *Almanaque Comercial Ilustrado* para 1923, publicado por la huachana librería e imprenta *La Industria*, se señala que en Huacho había cuatro talabarterías, una de ellas pertenecía a Juan C. La Chira e hijo y estaba ubicada en la calle 28 de Julio (antes Malambo) N.º 87.

que trabajaba y atendía a sus clientes estaba ubicado en la calle Malambo, en la que antes fue la primera cuadra, y allí mismo tenía su vivienda.

Es posible que, al retornar Amalia La Chira a Huacho con sus tres hijos —entre los años 1899 a 1900—, haya logrado conseguir el apoyo de su hermano. Ella arrendó un cuarto dentro de una residencia que estaba al lado del taller de Juan Clímaco. En nuestra opinión, la ubicación de esa residencia ha influido notablemente en determinadas preferencias de José Carlos: se encontraba al lado del coso construido en madera y que no era utilizado solo para las corridas de toros, sino también para funciones circenses; en una ocasión, de acuerdo con la versión de Pedro R. Eguiguren, un notable escritor huachano, en ese ambiente José Santos Chocano presentó un recital⁹², al que, seguramente por la proximidad y por el interés, pudieron asistir Guillermina y José Carlos. ¿Cuántas ocasiones habrá tenido el niño Josecito para espiar (y hasta tocar, ver, oler, jugar con) los toros, los toreros y los acompañantes de las cuadrillas, o para asistir a las funciones de circo y hasta observar muy de cerca a los artistas y a los payasos en horas que no eran las que correspondían a las representaciones ante cientos de espectadores? Como veremos luego, José Carlos ha dejado múltiples testimonios de esas dos intensas inquietudes infantiles. No olvidemos que la palabra «alcanza-rejones», que él ha hecho famosa, se deriva de la jerga de los aficionados a los toros. No obstante, conviene adelantar que él es claramente explícito con relación a este apego suyo y que, de acuerdo a sus palabras («aprendí tauromaquia»), fue más que una simple afición.

92 Ver anexo 7 sobre este importante suceso cultural en Huacho.

La mención más evidente de los años en Huacho de Josecito, como lo llamaban en su familia, ha sido la del accidente en 1902 que le produjo el mal de la pierna. Sin embargo, la información de los ancianos parientes La Chira que aún sobreviven y otras personas que escucharon sobre Amalia y sus hijos, a través de testimonios de contemporáneos de ella⁹³, nos muestran que esos años han sido más de lo que hasta el momento se conocía, aunque todavía persiste poca claridad sobre ellos. Esto no es novedad: cualquier suceso o cualquier persona que ha sido observada espontánea y regularmente por múltiples individuos (testigos presenciales), a quienes transcurrido un tiempo se les solicita que la rememoren, no proporcionan versiones coincidentes.

Lo que precisan esos familiares ancianos es que Amalia tuvo que trabajar para mantener a sus criaturas, desempeñándose como costurera y profesora; asimismo, residió en Cruz Blanca, parte de La Campiña huachana, y en Carquín, caleta de pescadores a la que se llegaba caminando

93 Nos referimos principalmente a una extensa conversación realizada el 4 de enero de 1995 con Domingo Torero, intelectual huachano que reside permanentemente en su pueblo natal. El señor Torero me comunicó haber charlado bastante con la señora Angélica Persival de Drago —quien vivía frente a la casa de Amalia La Chira, por tanto, frente al taller de talabartería de Juan La Chira— en cuanto a los recuerdos sobre estos hermanos y los hijos de ellos. Torero conversó acerca de este mismo asunto con otra persona muy anciana que era pariente suyo, Gonzalo Fernández de Córdoba Umbert, quien era un año mayor que José Carlos.

La imagen de José Carlos que estas personas han testimoniado era de un niño delgado, pálido, siempre bien arregladito y muy limpio. Y la de Amalia, según la señora Angélica, era de una madre abandonada que tenía que trabajar lavando ropa, para lo cual ella la ayudaba a llevar las bateas con ropa hasta El Chorrillo, en la playa huachana, donde asistía mucha gente con este mismo objetivo y para proveerse de agua «pura». Recordaba también que Amalia La Chira vivió algún tiempo en Carquín y nunca salió de Huacho. Una información muy similar me ha proporcionado Yolanda Bisso, quien es nieta de la señora Angélica.

algunos kilómetros. Esos mismos parientes suyos precisan que Amalia debió criar a los hijos «injertos» de Petronila, pues esta en un ataque de epilepsia sufrió de quemaduras que la inmovilizaron.

Durante estos años en Huacho, no descartamos la posibilidad de eventuales viajes a Sayán que seguramente Amalia realizó junto a sus hijos. Señalamos todo esto, pues ello ha sido lo que el niño Josecito vivió en sus primeros años. Así pues, entonces, estuvo rodeado exclusivamente por el entorno de la familia materna y tuvo que seguir a su madre en las actividades que hiciera.

Según lo que transmiten familiares de Amalia, ella era firme, disciplinada y cariñosa con sus hijos, y físicamente era delgada como también lo fueron sus hijos José Carlos y Julio César. Javier Mariátegui (1993) reconfirma y amplía lo dicho:

Se ha reiterado que Amalia trabajaba de costurera[,] pero no se agrega que fue también maestra de escuela en Huacho y que era una mujer cultivada, muy bien informada, de excelente lenguaje, que mantenía una comunicación fluida con los suyos y que daba al hogar toda la intimidad y el estímulo necesarios para generar una genuina vida familiar, malgrado la ausencia del padre. Sus nietos la tratamos muchos años y somos testigos no sólo de su inteligencia sino de su enjundiosa personalidad, enriquecida por el medio circundante, por el reflejo de la «docta ignorancia» (Nicolás Cusa) (p. 25).

Podríamos añadir que no ha dejado de sorprender y admirarnos que una persona como Amalia haya sido suscriptora de *El Comercio* y que, según el mismo Javier Mariátegui,

no se limitara a leer las noticias, sino que las recortaba, las clasificaba y las guardaba en álbumes. Aún queda en manos de los hijos de José Carlos uno de esos álbumes de recortes. Todavía más admirable cuando está confirmado que en algún momento, mientras vivía en Huacho, Amalia tuvo que dedicarse a lavar ropa para determinadas familias. Así lo informaba una contemporánea suya a Domingo Torero, un intelectual huachano. Varias personas han confirmado también la actividad de Amalia como costurera; una de ellas ha precisado que su especialidad fue la hechura de pantalones: era, para decirlo con la palabra adecuada, pantalonera. Es muy posible que por dedicarse a esta actividad haya logrado (tal vez a través de la familia Bermúdez) trabajar para el Ejército en la confección de ropa⁹⁴ y, por este motivo, la hallemos a fines del siglo XIX residiendo en Lima, precisamente en Chorrillos, donde estaba el impresionante edificio de la Escuela Militar. No tiene sentido suponer que Amalia realizaba en Huacho el trabajo de costura para el Ejército. Habría que tener en cuenta que la familia Bermúdez, al igual que la familia Chocano, estuvo intensamente vinculada con Nicolás de Piérola, quien gobernaba desde marzo de 1895; esa «vara» permitió que Amalia lograra desempeñarse como

94 A pesar de recibir ayuda —sobre este asunto— de Luis Guzmán Palomino, historiador, y de Elia Lazarte, archivera, ambos profesionales del Centro de Estudios Histórico Militares no han hallado ningún indicio de las actividades de Amalia La Chira como costurera dedicada a confeccionar ropa para el Ejército. Ellos explican que esa labor casi no se consignaba con datos precisos como el nombre de las muchísimas costureras a quienes, por lo demás, se les pagaba a destajo. En nota que Elia Lazarte me envió sobre este asunto el 23 de noviembre de 1994, facilita la siguiente explicación: «En el Departamento Administrativo del CGE se me ha informado que las personas que efectuaban trabajos de costura para el Ejército llevaban las piezas de ropa y uniformes, ya cortados, a su hogar, realizando su costura en las horas libres que disponían». Es esta buena ocasión para reiterar mi agradecimiento a Luis Guzmán y a Elia Lazarte.

pantalonera y que años después tuviera taller propio con algunos trabajadores bajo su mando.

Una actividad más que, al parecer, desempeñó Amalia fue la de maestra. Tengamos en cuenta que por esos años no era muy difícil ejercer como maestro; a veces solo se requería saber leer y escribir para —con este bagaje educativo— enseñar estas prácticas. No tenemos ninguna confirmación, pero nos parece que Amalia se desempeñó como maestra en Carquín, donde el local de la escuela pertenecía a Julio César Chocano.

Sería parcial atribuirle el esfuerzo de la crianza de todos sus hijos a Amalia, pues recibió, en la crianza de sus menores hijos, el apoyo de su hija Guillermina, quien era nueve años mayor que José Carlos. Todavía, así ocurre actualmente en todos los hogares pobres, las hermanas mayores participan en la crianza y el cuidado de sus hermanos menores. No nos cabe duda de que Guillermina, aunque en menor medida e intensidad, al igual que Amalia han sido las personas que por hallarse permanentemente al lado de José Carlos han participado en el despertar de su inteligencia. Rouillón asegura que en el año 1902, Guillermina llevó a su hermano Josecito a que escuchara a Chocano en una audición que el vate presentó en Huacho (ver anexo 7, donde se presenta detalladamente la visita de Chocano). No era novedad, por lo demás, que en este club hubiera representaciones culturales. El 23 de julio de 1901, el club —según consta en el acta del 5 de julio del mismo año en la cual se otorgaba al Club Social Huachano la autorización correspondiente— presenta una función teatral a beneficio de la Junta Patriótica. Igualmente, Rouillón afirma que, cuando JCM era niño y tenía que estar postrado en

cama por el accidente en la pierna, fue Guillermina quien le llevaba libros y leía con él.

Esa inquietud por la poesía, transmitida indudablemente por Amalia, quien gustaba de los poemas de Chocano, a su vez la recibió Amalia Cavero, una hija de Guillermina que de muy niña recitaba a Chocano y a otros poetas⁹⁵.

Este asunto de transmisión hogareña de inquietudes intelectuales ha repercutido favorablemente en los tres hijos de Amalia; seguramente no ha sido solo en torno a la poesía, sino también en alguna medida al amor por los libros, las inquietudes por el teatro y una apertura o sensibilización por la música llamada clásica. Un ejemplo de ello es que Julio César fue director, por muchos años, del periódico *La Voz del Valle* en la ciudad de Huaral y años después acompañó a su hermano José Carlos en la organización de la Editorial Minerva.

Recapitulando, Josecito estuvo rodeado exclusivamente por el entorno de la familia materna y, subrayemos, nunca tuvo un entorno familiar paterno; él ha tenido que seguir a su madre y acompañarla en casi todas las actividades que ella realizaba.

Para los hermanitos Mariátegui La Chira, Juan C. La Chira debió ser la imagen paterna que requerían. Juan Clímaco fue, nos parece, no solo un limitado manto protector de orden económico, sino que colocó como ejemplo su presencia masculina. En su ubicación como *pater familiae* —con su personalidad (positiva o negativa, no sabemos), y así haya sido Juan Lanás⁹⁶, como en un tiempo algunos le

95 Conversación con Amalia Cavero Mariátegui el 28 de junio de 1994.

96 En lenguaje cotidiano, aunque en desuso, ser un Juan Lanás es ser medio o totalmente tonto.

decían—, Juan Clímaco La Chira Vallejos, no obstante y a pesar de todo, ha sido para esos niños una imagen por imitar, quizás por transgredir o rechazar o, por el contrario, aceptar íntegramente. Juan Clímaco y Amalia La Chira han simbolizado el pueblo que posteriormente José Carlos Mariátegui defendió, organizó y quiso conducir hacia la patria socialista.

Por haber residido algunos años al lado de la talabartería de Juan Clímaco, no es desacertado suponer que José Carlos y su hermano con frecuencia hayan visto a jinetes que llegaban en sus caballos buscando la talabartería de su tío; han conocido de cerca lo que significaba trabajar los arneses en cuero, la manufactura de monturas y galápagos, el trenzado de las riendas y cinchas, el tesonero uso necesario con inevitables callosidades en las manos por el diario trato con herramientas como la lezna y el cerote. Sin pretenderlo, deben haber aprendido que los pellones se colocan bajo el asiento del jinete y que a los caballos se los monta por el lado izquierdo, y deben haber asimilado —como el aire que respiraban y tal como en la Tierra se aprenden todas las lenguas (lo que se oye en el entorno social y familiar donde se despierta la inteligencia)— el particular lenguaje profesional de los talabarteros. Es del caso citar la frase feliz de un costumbrista norteno, que ilustra la importancia que antes tenían estos guarnicioneros: «Los actuales mecánicos son ahora lo que antes fueron los herreros y talabarteros»⁹⁷.

Posiblemente, esa identificación y reconocimiento de lo que Juan C. La Chira hizo por sus sobrinos Josecito y Julito logró que este decidiera, una vez mayor, apoyar

97 Alfonso Tello Marchena, «Talabarteros, caballos y caballeros». En *El Tiempo*, Piura, 7 de septiembre de 1969.

económicamente a su tío con los ingresos que generaba la Editorial Minerva⁹⁸; también para que en alguna ocasión JCM avalara a sus primos hermanos, Melchor y Amador, hijos de aquel, cuando en 1929 compraron un auto Chevrolet⁹⁹. José Carlos viajó a Huacho a visitar a Juan Clímaco, a pesar de sus limitaciones físicas, poco después de su retorno de Europa y cuando —a partir de mayo de 1923— debía movilizarse en silla de ruedas¹⁰⁰. En este comportamiento, y posiblemente en muchos otros que no conocemos, se observa un amor al padre-imagen.

98 En alguna ocasión, Javier Mariátegui me informó sobre un grado de dipsomanía al que en su vejez había llegado Juan C. La Chira. A pesar de ello, estaba en las planillas o recibía semanalmente su sobre de pago de Minerva. Ya anciano, proporciona a Rouillón mucha información referida a José Carlos. Es evidente que, como informante, Juan La Chira ha pretendido atribuirse un rol central en las páginas que Rouillón destina a la niñez de José Carlos.

99 José Carlos Mariátegui (1984, tomo II, p. 656).

100 Sandro Mariátegui me asegura que esto no es posible, ya que, a partir del momento en que su padre José Carlos comienza a utilizar la silla de ruedas, no sale de Lima. Nosotros dejamos constancia de que hemos recibido esta información de muy buena fe por Yolanda Bisso Drago; información que ella, a su vez, ha escuchado de su madre.

José Carlos y la escuela en Huacho

No deja de sorprender que, aunque José Carlos solo haya cursado hasta el 2.º grado de primaria, su formación educativa y su cultura fueron desde muy joven amplias y profundas. Ello condujo a que, como él mismo indica, su primer escrito lo compusiera cuando aún era niño. Vocación temprana sobre la cual interesa descubrir el trasfondo, como venimos haciéndolo, considerando a su vez sus innatas, indudables y notables capacidades de asimilación y su uso de conocimientos mencionados por su propio hijo en un artículo¹⁰¹.

Pese a que en acápite anteriores se han realizado breves indicaciones acerca del entorno huachano existente en los años que vivió José Carlos, es importante señalar un dato más acerca del medio escolar que había por entonces. ¿Y por qué interesa la presentación del ambiente escolar en los años que Mariátegui vivió en Huacho? Porque no es lo mismo nacer, vivir y crecer en un ambiente social en el que predomina la ignorancia y el desconocimiento, que el desarrollarse en un medio donde ciertos niveles educativos e inquietudes culturales son compartidos y hasta son necesariamente

101 Una frase que Javier Mariátegui, el último hijo de José Carlos, utiliza para señalar con justeza esta inteligencia es la siguiente: «Su prodigiosa capacidad de incorporación de conocimientos» (Mariátegui, 1993, p. 27). Igualmente, nos recuerda que durante los 105 días que José Carlos estuvo internado en la clínica Maison de Santé, siendo un niño de ocho años, aprendió el francés de pacientes franceses que estaban en la misma habitación.

imprescindibles en la dinámica diaria del funcionamiento de la mayoría de la población. Felizmente, con este fin, poseemos diversas fuentes que permiten comprender la difusión que por esos años se había logrado en reconocer la importancia de la asistencia de los niños a las escuelas.

Pedro A. Reyes, alcalde provincial de Huacho en 1889 —cinco años antes del nacimiento de José Carlos—, presentó ante los concejales del Concejo Provincial de Chancay la Memoria de su gestión que, entre otros asuntos, señalaba los logros obtenidos en la educación de los niños de la provincia. En ese recuento, el alcalde indicó que en toda la provincia funcionaban 30 escuelas municipales, dirigidas y controladas por el Consejo Escolar, distribuidas de la siguiente manera:

TABLA 9. Escuelas Municipales de la provincia de Chancay, año 1889.

Distritos	Hombres	Mujeres	Total
Huacho	4	2	6
Huaura	1	1	2
Supe	2	1	3
Barranca	1		1
Pativilca	1		1
Chancay	2	2	4
Sayán	1	1	2
Paccho			
(+ otros)	6		6
Checras	2		2
Ihuarí	3		3
Total	23	7	30

Fuente: Reyes (1889).

Ahora bien, si nos concentramos en las escuelas de Huacho, tenemos, entonces, continuando con la información del alcalde, que además de esas seis escuelas municipales había otras cinco que eran particulares. Los alumnos matriculados en las primeras eran 784, y en las segundas, 222. Según la información mensual en cuanto a la asistencia promedio que recibía el Consejo Escolar, en las escuelas municipales era de 575, y en las particulares, 162. Para el mejor funcionamiento en estas escuelas, el Concejo había facilitado útiles de enseñanza, tales como mapamundis, cartas geográficas del Perú, muestras de caligrafía y relojes murales «que se repartieron entre todas las escuelas municipales del distrito». Además, se facilitó el siguiente mobiliario: veinte mesas-escritorio de tres planos, seis mesas pupitres para los preceptores y seis pizarras de pino americano¹⁰². El Concejo otorgó también una serie de premios a los primeros alumnos. Por último, en ese año con recursos de la propia municipalidad se construyó una escuela para

102 La cita que sigue es diez años posterior a la Memoria del alcalde; sin embargo, es interesante, pues con ella imaginariamente ingresamos al interior de una escuela huachana. La cita está referida a la Escuela Municipal N.º 8:

«El mobiliario es completo: tableros en que se enseña intuitivamente (*sic*) los primeros grados de lectura; cuadros de Historia Sagrada, de la Vida de Jesús, del sistema métrico; aparato de Level para los conocimientos comparativos de medidas métricas; colecciones de mapas modernos geográficos, entre ellos, un gran mapa mundi que haría honor a un Colegio de Instrucción Media; cuadros de líneas, figuras y cuerpos geométricos, colecciones de letras y guarismos, cuadernos impresos de escritura, museo y necesario escolares [...]. En resumen, hay los principales muebles, aparatos útiles y procedimientos pedagógicos para proporcionar ventajosamente la enseñanza de los tres grados de Instrucción Primaria a que está destinada esta escuela».

Este artículo continúa mostrando la satisfacción de quienes lo suscriben, padres de familia, por el acertado nombramiento de la preceptora normalista María Julia Castro, quien ya se encontraba en esta escuela desde el año 1891. Ver *El Imparcial*, N.º 235, Huacho, 4 de abril de 1896.

niñas en Luriama¹⁰³. Con relación a la calificación de los directores de las escuelas municipales se precisaba que poseían título los de las escuelas N.ºs 1, 4, 5, 2 y no tenían los de las escuelas N.ºs 3 y 6; de uno de estos últimos se precisa: «(El director) no tiene título, pero conservaba certificados académicos de haber estudiado toda instrucción media en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe». A modo de ejemplo, respecto a lo que los profesores enseñaban, transcribimos las materias de enseñanza y los textos de la escuela N.º 1 en la tabla 10.

La información que reproducimos del alcalde muestra, sin la menor duda, la existencia de un sistema educativo dirigido por la municipalidad a través del denominado Consejo Escolar, que tenía una orden de funcionamiento, una concepción de la enseñanza, un gobierno organizado en marcha y, al parecer, en buen desarrollo. Interesaba en esos momentos, como muestra de los éxitos en la educación, el nivel de asistencia de los alumnos, el nivel educativo de los directores y profesores; todo esto no solo en cuanto a las escuelas de la municipalidad, sino también a las escuelas particulares.

103 Luriama, al igual que Zapata y San Lorenzo, eran «barrios» de La Campiña huachana. La educación primaria impartida en ellos no era nada nuevo en Huacho. Lo que indica la existencia de un sistema de cierta antigüedad que no se encontraba reducido solamente a la ciudad de Huacho, estaba expandido. *El Imparcial* (N.º 186, Huacho, 25 de mayo de 1895) presenta la noticia suscrita por los padres de familia de los tres barrios mencionados, en la que se lee: «Declaramos que la Escuela Municipal N.º 4 de esta campiña ha estado y está servida por el antiguo pedagogo Sr. Eulogio Martínez La Rosa, hijo natal de este barrio de Luriama desde el año 1865 hasta el día de hoy... Creemos que (este profesor) tiene la plaza muy bien adquirida, y por tanto es acreedor a un premio de la Nación... Él no ha abandonado la escuela ni siquiera como consecuencia de la última guerra civil, se le debe su sueldo de 6 meses». Sobre la antigüedad de las escuelas en La Campiña, ver el anexo 9.

TABLA 10. Materias y textos de una escuela de Huacho.

Materia	Texto (autor)
Catecismo	Padre Damprún
Lectura	<i>Método orgánico de los sonidos</i> , de Borrel y Oller.
Escritura	Colección de muestras de letras inglesa, francesa, gótica, italiana, etc. para el uso de las escuelas americanas.
Religión	Texto arreglado por el presbítero señor Eusebio Ascencio.
Urbanidad	Manuel Antonio Carreño
Ortología	Real Academia Española
Historia Santa	Presbítero señor Restituto Masip
Aritmética	Pazos y Noel
Gramática	Primitivo Sanmartí
Geografía Universal y del Perú	Enrique Benites
Historia Política del Perú	Manuel Marcos Salazar
Higiene	Agustín de la Rosa Toro
Geografía Antigua y Sagrada	Soto Mayor (<i>sic</i>)
Aritmética Demostrada	Monseñor Huertas
Nociones de Geometría	La Rosa Toro
Constitución Política del Estado	

Fuente: Reyes (1889).

Para el conocimiento, y como resultado del sistema educativo en Huacho, también es igualmente ilustrativo e interesante el censo que se levantó en esta capital de la provincia de Chancay en el año 1907. Debe recordarse, claro está, que en esos momentos José Carlos no vivía en ese poblado, sino en Lima. Pese a ello, este censo nos brinda una percepción de la realidad sobre los avances de escolaridad de los residentes en Huacho, que no debió ser muy diferente pocos años antes cuando él sí vivía allí junto con su madre y sus hermanos.

Los datos del censo señalan una población total de 6283 habitantes (3072 hombres y 3211 mujeres) que constituían 1240 familias: 5218 personas eran mayores de 6 años; 3445 sabían leer y escribir, lo que es igual al 66 %; 1430 eran analfabetas, es decir, representaban el 27.4 %; 296 personas sabían leer pero no escribir, que figura el 5.7 %; por último, no existía ninguna información sobre 47 personas, que equivale al 0.9 %. ¿Qué nos muestran estas cifras? De manera clara, indican que Huacho era una ciudad donde gran parte de la población había logrado importantes avances educativos. Esta realidad continuaba funcionando de manera consistente como lo muestran otras cifras del mismo censo: de los 1586 niños (entre 6 y 14 años) existentes, 1090 (69 %) asistían a la escuela, 314 (20 %) no iban y 182 (11.1 %) no se presentaban a la escuela pero sí sabían leer y escribir. Entonces, se puede afirmar que en Huacho había cierta obligación o hábito institucionalizado para que los niños asistiesen a la escuela y tuviesen de esta manera una formación educativa escolar. Lo que existía desde algunas décadas atrás era todo un sistema educativo local, que funcionaba y seguramente era

igual al de otras provincias; pero que, considerando solo la provincia de Chancay, destacaba en el distrito de Huacho.

La mayor parte del conjunto de esas escuelas era organizada y dirigida por el Concejo Municipal Provincial; estas se regían por programas determinados por los gobiernos que dirigía el Estado, y coexistían con escuelas privadas y nacionales (estas últimas llamadas posteriormente «fiscales»). Existía, por lo afirmado, un importante conjunto de preceptores, divididos en las categorías de principales y auxiliares, algunos de los cuales se habían formado en Lima y otros eran improvisados. Los métodos de enseñanza utilizados habitualmente en esos tiempos no habían salido, en muchos casos, del primitivo uso de la palmeta y otras sanciones¹⁰⁴. Aunque había uno que otro profesor huachano que realmente dejó una merecida trayectoria de correcto comportamiento. Aún se escucha, por ejemplo, la fama del mítico profesor Antonio Macnamara quien, de acuerdo a un anuncio del siglo pasado, preparaba a los aspirantes al preceptorado, dictaba lecciones sobre cómo leer libros de contabilidad (*El Imparcial*, 1896) y era el infaltable miembro del jurado en escuelas particulares y municipales.

Mariátegui tuvo la ventaja, entonces, de hallar en su medio familiar y más allá de este también un entorno muy favorable para el desarrollo de su innata inteligencia, la

104 En *El Imparcial* (N.º 853, 20 de junio de 1907), se lee que varios padres de familia se quejan del maltrato que el preceptor de la escuela fiscal N.º 4101 da a los alumnos: los hacía arrodillar con los brazos abiertos y con una piedra de dos kilos en cada mano, y hasta les pegaba de bofetadas. En la siguiente edición de ese mismo periódico (23 de junio de 1907), el preceptor admite y precisa que lo hace para reformarlos. Señala que se tratan de niños «decentes», de cara blanca, tienen todos los vicios, son peor que los palomillas, por tanto, creía ese profesor que «hay que ser flexibles».

cual estuvo apoyada a su vez por una familia de cierta formación intelectual que colaboró en facilitar estímulos intelectuales tempranos.

Nuevamente, José Carlos fue muy pocos años a la escuela. Rouillón (1975) indica, presentando testimonios que le entregaron dos periodistas huachanos y coetáneos de Mariátegui, lo siguiente:

Llegada la edad escolar (1901), José Carlos y su hermano menor, Julio César, son matriculados en las escuelas del barrio, ubicada en la calle Malambo (hoy avenida 28 de Julio N.º 135), cercana a la casa, cuyo director es don Francisco Javier García, reputado maestro. Un año antes, los dos Mariátegui aprendieron a leer bajo el cuidado de Guillermina, la hermana mayor. De manera que[,] cuando ingresan al plantel[,] ya sabían leer y escribir. La escuela le habrá de enseñar, entre sus asignaturas: texto elemental de lectura, geografía universal, nociones de aritmética, catecismo, caligrafía, etc. (pp. 46-47).

En julio de 1901, en las actas ordinarias del Concejo Provincial de Chancay se indicaba que Francisco J. García, director del Instituto de Huacho y profesor de los hermanitos Mariátegui La Chira, planteaba establecer una escuela nocturna gratuita para el pueblo y, junto a esta, postulaba otra propuesta: el 28 de julio, que en ese entonces se encontraba próximo, los niños de las escuelas principales debían llevar en la punta del rifle una banderita en la que se coloque la palabra «Regeneración». Ese mismo director ofrecía tres becas para estudiantes externos, colocadas a disposición del Concejo. El inspector de instrucción, en

la misma ocasión, opinaba que era contrario a «ese acto ridículo de las banderitas» pero accedía a la solicitud de la escuela popular nocturna y a las becas¹⁰⁵. Son interesantes los intentos de promover educación a los sectores populares huachanos y que la propuesta provenga del profesor de los hermanitos La Chira, posiblemente se trataba de alguien con especiales inquietudes renovadoras y sensibilidades a favor del pueblo huachano, aunque no era el único con este tipo de ansiedades y de desinteresado afán de apoyar el mejor desarrollo de la educación en Huacho.

105 Ver Actas Ordinarias del Concejo Provincial de Chancay, libro 7, 1899-1903, 5 de julio de 1901.

Ambiente cultural huachano

En pueblos como Huacho, un evidente uso de los conocimientos aprendidos en las escuelas, por elementales que sean, es la lectura, el saber llevar cuentas, la ampliación de inquietudes intelectuales. Todo esto conforma parte del modo natural de aquellos pueblos que en promedio tienen mayores niveles educativos y conducen, con el tiempo, a ciertas exigencias y a evidentes hábitos que ejercen sanas presiones.

Pues bien, muestra de ello en Huacho es la edición de periódicos desde el siglo pasado, labor que formaba parte de su natural funcionamiento. Esa regularidad ha sido cada vez más intensa. Actualmente, a diferencia de otros lugares, en Huacho se continúa publicando, en número sorprendente, diarios y revistas. Y en relación con el pasado, un joven historiador residente en Huacho, llamado Filomeno Zubieta Núñez, en dos de sus artículos, muestra la existencia muy temprana de periódicos huachanos desde el año 1821 (Zubieta Núñez, 1991 y 1994b). Entre este año y fines del siglo XIX, los lectores de ese pueblo vieron editarse, por lo menos, catorce periódicos: *El Pacificador del Perú* (Huaura, 1821), *El 2 de Mayo* (1866), *La Unión* (1868), *El Porvenir* (188?), *El Demócrata* (1884), *El Obrero* (1885), *Don Dionisio* (1888), *El Progreso* (1889), *El Relámpago* (1890), *El Imparcial* (1891), *El Predicador* (1893), *El Eco de Huacho* (1895), *La Razón* (1895) y *La Patria* (1897). Los directores de estos periódicos, cuya

regularidad y supervivencia en casi todos los casos desconocemos, al hacer el esfuerzo por editarlos debieron medir las posibilidades de consumo del mercado huachano. Así, por ejemplo, pudo percibirse, en muchas de las citas, la duración desde 1891 hasta la actualidad de *El Imparcial*. Acontecimiento que habría que constatar y comparar con otros lugares del Perú en tanto permite vislumbrar y medir las inquietudes intelectuales en los pueblos peruanos y, por igual, sus niveles educativos.

Otra de las maneras para comprobar estos niveles es la presencia de vida cultural. En este caso nos referimos a la cultura no popular, aquella que se expresa en consumo de libros, en asistencia a teatro, en preferencias por determinada música. Presentamos una brevísima muestra «al azar» en años diversos:

- Aurelio Ureta, representante de un grupo teatral lírico-dramático, solicita al Concejo una subvención de S/100 para hacer representaciones ante el público huachano.
- El Club Unión Huachana solicita licencia a la Municipalidad para una función teatral a realizarse el 23 de julio de 1901, a beneficio de la Junta Patriótica.
- El 17 de febrero de 1906 se presenta una compañía de zarzuela española integrada por 32 miembros, con tres obras: *El Barbero de Sevilla*, *Por meterse en Hon-duras* y *El padre Balbuena*.
- En *El Imparcial* del 19 de marzo de 1912 se comenta que los días 15 y 16 del mismo mes se han ofrecido al público en el Cinema-Teatro el film *Biógrafo parisino*, añadiendo: «Los cinemas día a día sorprenden al público con presentaciones que recrean la vista e interesan al corazón».

Aunque no disponemos de estadísticas sobre la educación superior en Huacho, se conoce que de allí han salido multitud de profesionales. Actualmente, Huacho es una de las pocas capitales de provincia que tiene desde hace muchos años una universidad: la Universidad Nacional José Faustino Sánchez Carrión.

Un accidente que trastoca una vida

Algo más que le otorgó la escuela a José Carlos fue un mundo de niños más amplio que el de su casa y su barrio, donde los juegos eran distintos. Rouillón (1975) indica que casi al finalizar el año 1902, a la hora del recreo, jugaba con él un niño, dos años mayor, llamado José Marcenaro Bisso —hijo de un italiano e importante comerciante— «a las carreras y a los empujones» (p. 47). Juntos se cayeron, lo que provocó que en el niño Mariátegui «una hematoma en la pierna izquierda (a la altura de la rodilla) y con ello un dolor agudo, y, después, la cojera que ha de padecer de por vida» (p. 47).

Este accidente aparentemente leve tuvo más trascendencia que la esperada. A partir de ello, se orientó de otra manera la vida de José Carlos: tenía que recibir tratamiento con un personal médico mejor capacitado que el ofrecido por el hospital El Carmen de Huacho; por eso, él y sus hermanos son conducidos por Amalia a Lima. A causa de este mismo incidente debió permanecer durante años recluido en cama, donde su obligada distracción fue la lectura. En ello también cumplió un papel importante su hermana Guillermina.

Por la información disponible no parece que el Hospital El Carmen de Huacho haya tenido un funcionamiento deficiente en 1902 ni que su personal médico no fuera profesionalmente bien preparado. El edificio del hospital

era realmente nuevo: había sido inaugurado el 16 de abril de 1891, fecha en que los enfermos del Hospital Dolores fueron trasladados a ese nuevo local, cuya construcción se inició durante la gestión de Benito Argüelles como director de la Beneficencia Pública y se culminó durante el período de Domingo Laos en el mismo cargo; ambos eran notables y ricos hacendados de la región.

Por esos años, la atención de la salud pública transitaba de la concepción paternalista protectora de los débiles hacia una orientación a la solución por colaboración mutua; con este fin, fueron surgiendo las mutualistas que ya habían aparecido mucho antes de la construcción de El Carmen¹⁰⁶. De todas maneras, no se puede soslayar que estas mutualistas y la intención de ayudarse entre sus miembros eran paralelas a la atención médica regular en hospitales como El Carmen.

Por todo lo anterior, la decisión de Amalia fue llevar a su hijo Josecito a que lo traten los médicos de Lima. Evidentemente, esta decisión debió ser evaluada considerando la gravedad del accidente, las posibilidades médicas que ofrecía Huacho y las opciones alcanzables que brindaba la

¹⁰⁶ La primera de estas mutualistas surge el 7 de septiembre de 1870 y se funda con el nombre de Sociedad de Artesanos de Protección Mutua. Tuvo como primer presidente al francés Desiderio Lefebre. El 19 de noviembre de 1876 se constituye en Huacho la mutualista denominada Sociedad Fraternal de Caridad, que tuvo su local en Salaverry 450.

En La Campiña, sucedían inquietudes similares: en febrero de 1878, surge la Sociedad Agrícola de Protección Mutua de Cruz Blanca. Igualmente, entre los extranjeros que se habían quedado a residir en Huacho, los primeros en agruparse fueron los genoveses que el 3 de junio de 1888 fundan la Sociedad Italiana de Protección Mutua; a continuación, realizaron lo mismo los chinos, que eran el grupo más numeroso de comerciantes extranjeros, y el 26 de abril de 1894 se funda la Sociedad de Beneficencia de la Colonia China de Ayuda Mutua. Ver el Calendario Histórico Regional de Filomeno Zubieta Núñez (ver anexo 9).

capital. Amalia había vivido en anterior ocasión en Lima y, por tanto, no iba arribar en absoluto desconocimiento, soledad y desamparo. De la misma manera, parece muy razonable que por el accidente haya decidido mudarse a la capital de manera definitiva. En esta decisión debió interferir el contexto, las circunstancias y la gravedad del accidente de su hijo, claro está, también las posibilidades de lograr ingresos o apoyo económicos regulares.

Todo lo anterior debió conseguirlo Amalia; el quedarse en Lima estaba condicionado al proceso de curación de su hijo. Este proceso ha sido largo: JCM debió pasar por lo menos tres meses en la Maison de Santé en donde fue inscrito con su verdadera edad (8 años).

Gente huachana de bastante edad nos informaba que vio, en alguna ocasión de fecha imprecisa, a Amalia acompañada de su hijo cojito. Esto conduce a pensar que José Carlos regresó algunas veces a Huacho hasta que Lima, el periodismo limeño, su creciente aceptación entre los intelectuales de la capital lo fueron ganando.

Huacho en su vida posterior

Huacho, para JCM, debió conformar los recuerdos de su niñez, los relatos de la vida cotidiana de sus familiares que de niño escuchó y la realidad pueblerina que se difuminaba conforme transcurrían los años. Probablemente, este pueblo significó para él lo mismo que significó para los migrantes los pueblos donde transitaron sus primeros años. Es difícil retener afectos y cariños. El tiempo actúa sin mayores consideraciones. Son paralelos los años que transcurren y el olvido de los recuerdos y de los sentimientos de muchos años antes. Incluyendo necesidades tan intensas como un hogar con frecuente ausencia de la madre que buscaba cada día el sustento cotidiano, la inconveniente comida de todos los días, la ausencia del afecto paterno, etc.

En esto último, no hay duda de que José Carlos Mariátegui traspuso la falta de este tipo de afecto y se elevó más allá de una identidad imprecisa inicial. Mariátegui no solo creó su nombre, sino que otorgó dimensiones inconmensurables al apellido que siempre utilizó.

En todo lo que él fue posteriormente y lo que todos le reconocemos, hay que incluir desde ahora a ese mundo pueblerino huachano, a esa madre sacrificada, a esa familia La Chira que lo rodeó y le dio afecto y comprensión silenciosos. Esto, y no solo las adhesiones ideológicas, también ha sido parte del basamento de su posterior creación heroica y de la admiración que se le tiene.

Obras y fuentes consultadas

Archivos

Archivo Arzobispal de Lima. Libros de bautizos de las parroquias San Marcelo.

Archivo General de la Nación. Sección testamentos.

Archivo de *El Comercio*, DIPA.

Archivo Histórico de Marina.

Concejo Provincial de Huacho. Solo se ha consultado una parte mínima por no encontrarse aún ordenada la mayor cantidad de documentos.

Parroquia de San Antonio Abad de Huaura. Libros de bautizos, matrimonios y defunciones.

Parroquia San Bartolomé de Huacho. Libros de matrimonios y defunciones. Falta consultar en detalle bautizos.

Parroquia San Jerónimo de Sayán. Libros de bautizos, matrimonios y defunciones.

Periódico y revista de Huacho

El Imparcial. Periódico fundado el 20 de junio de 1891. Años consultados: 1893, 1895, 1896, 1902, 1906 y 1907.

El Repórter. Revista contemporánea de Huacho.

Libros, tesis y artículos

- ALONSO, Martín (1958). *Enciclopedia del Idioma* (tomos I-III). Madrid: Aguilar
- APUNTES DE UN TURISTA (8 de septiembre de 1906). «Sayán». *El Imparcial*, (777), Huacho.
- ARÁMBULO, José Arnaldo (s. f.). *Huacho en la historia del Perú*. Lima: Rapid Print S. A.
- ATIENZA, Julio de (1954). *Nobiliario español. Diccionario heráldico de apellidos españoles y de títulos nobiliarios*. Madrid: Aguilar.
- AYARZA, Víctor E. (1954). *Reseña histórica del Senado del Perú*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- BASADRE, Jorge (1969). *Historia de la República del Perú* (6.^a edición, tomos I-XVI). Lima: Universitaria.
- BASADRE, Jorge (1981). «Introducción a los “7 ensayos”». En *7 ensayos. 50 años en la historia*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- BAZÁN, Armando (1980). *Mariátegui y su tiempo* (8.^a edición). Lima: Empresa Editora Amauta.
- CANALES FUSTER, Jorge y Mario VERANO CONDE (1988). *Guía bibliográfica de la provincia de Chancay y su área de influencia*. Huacho: Wari.
- CARNERO CHECHA, Genaro (1964). *La acción escrita: José Carlos Mariátegui periodista*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- CASTRO ARENAS, Mario (1985). *Reconstrucción de Mariátegui*. Lima: Okura.
- CHANG-RODRÍGUEZ, Eugenio (1983). *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- EGUIGUREN RIVAS, Pedro (1959). *Huacho de Antaño, apuntes publicados en el diario «La Verdad»*. Huacho: Imprenta «El Amigo del Pueblo».

- EL COMERCIO. *Almanaque de El comercio*. Lima: El Comercio.
Años consultados: 1893, 1894, 1896, 1897, 1899, 1900,
1902, 1906, 1926, 1928.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, Osvaldo (1994). *Mariátegui o la experiencia del otro*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- FLORES GALINDO, Alberto (1980). «Juan Croniqueur 1914/1918». *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales*, (10), 81-98.
- GARGUREVICH, Juan (1978). *La razón del joven Mariátegui: crónica del primer diario de izquierda en el Perú*. Lima: Horizonte.
- HERNÁNDEZ, Max (1993). *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- KUON CABELLO, Luis E. (1981). «José Carlos Mariátegui». En *Retazos de la historia de Moquegua*. Moquegua: Kuon Cabello y Kuon Montalvo.
- LAMA, Miguel Antonio de la (1877). *Constitución del Perú. Leyes, decretos, resoluciones y reglamentos generales, años 1874 a 1876*. Lima: Benito Gil.
- LEÓN Y LEÓN DURÁN, Gustavo Arturo (1990). *La Perricholi. Apuntes histórico genealógicos de Micaela Villegas*. Lima: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- MANNARELLI, María Emma (1993). *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII*. Lima: Flora Tristán.
- MARIÁTEGUI, Javier (1993). «Un autodidacto imaginativo». En Roland Forgues (ed.), *Encuentro Internacional. José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, Javier (1994). «En busca del joven Mariátegui. La posible reconstrucción de la “teoría del circo”».

- [Ponencia]. *Encuentro de Investigadores. La Aventura de Mariátegui, Nuevas Perspectivas*. Lima.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (7 de septiembre de 1929). «Los campesinos de Huacho defienden su sistema de riegos. Una institución que debe ser respetada». *Labor*, I(10), Lima.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1984). *Correspondencia* (tomos I-II). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1984). «Nota autobiográfica». Carta a Samuel Glusberg (Lima, 10 enero de 1928). En *Correspondencia* (tomo II). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1987). *Escritos juveniles (La edad de piedra)*. Tomo I. *Poesía, cuento y teatro*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1991). «La Semana de Dios». En *Escritos juveniles (La edad de piedra)*. Tomo II. *Crónicas* (p. 14). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1991). «Viendo la Cuaresma». En *Escritos juveniles (La edad de piedra)*. Tomo II. *Crónicas* (p. 204). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1991). «La Santa Efemérides». En *Escritos juveniles (La edad de piedra)*. Tomo II. *Crónicas* (p. 208). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1991). «Glosario de las cosas cotidianas». En *Escritos juveniles (La edad de piedra)*. Tomo III. *Entrevistas, crónicas y otros textos* (pp. 64 y 75). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1991). «Extra-epistolario». En *Escritos juveniles (La edad de piedra)*. Tomo III. *Entrevistas, crónicas y otros textos* (p. 79). Lima: Empresa Editora Amauta.
- MARTÍNEZ LLAQUE, José (1989). *Acumulación de capital y movimiento sindical en la hacienda San Jacinto: 1900-1969*.

- (Tesis de doctorado). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- MIDDENDORF, Ernst W. (1973). *Perú. Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. Tomo II. La Costa*. Lima: Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- MINISTERIO DE FOMENTO (1908). *Censo de la ciudad de Huacho. 11 de octubre de 1907*. Lima: Tip. de El Perú.
- NICHO RODRÍGUEZ, Isaías (1975). *Historia de Huacho, 1874-1974. Síntesis y otras Notas*. Huaura: Imprenta La Libertad.
- REYES, Pedro A. (1889). *Memoria presentada por el Alcalde Municipal Pedro A. Reyes al H. Concejo Provincial de Chancay*. Huacho: Imprenta El Demócrata.
- RODRÍGUEZ PASTOR, Humberto (1992). «1859: Viruela loca en Huaura y Yégüeta». *Los Especiales de Huacho*, (27), 10-11.
- RODRÍGUEZ PASTOR, Humberto y Jorge CANALES FUSTER (1994). «Centenario de José Carlos Mariátegui. Suceso que Huacho debe celebrar como corresponde». *Los Especiales de Huacho*, (49), 7-10.
- ROMERO, Fernando (1988). *Quimba, fa, malambo ñeque. Afronegrismos en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROQUE SOLÍS, Néstor (1994). «En el centenario de José Carlos Mariátegui La Chira». *Los Especiales de Huacho*, (50), 5-6, 11-12.
- ROUILLÓN, Guillermo (1963). *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- ROUILLÓN, Guillermo (1975). *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. Tomo 1. La edad de piedra (1894-1919)*. Lima: Arica.
- ROUILLÓN, Guillermo (1984). *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. La edad revolucionaria*. Lima: Alfa.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1976). «Datos para una semblanza de José Carlos Mariátegui». En *La polémica del indigenismo*. Lima: Mosza Azul.
- STEVENSON, William Bennet (1971). «Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú». En Estuardo Nuñez (comp.), *Relación de viajeros* (volumen 3, tomo xxvii). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- SWAYNE Y MENDOZA, Guillermo (1951). *Mis antepasados. Genealogía de las familias Swayne, Mariátegui, Mendoza y Barreda*. Lima: Taller Gráfico de la Tipografía Peruana.
- TAURO DEL PINO, Alberto (1987). *José Carlos Mariátegui. Escritos juveniles (La edad de piedra). Estudio preliminar*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- WIESSE, María (1959). *José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida* (2.^a edición). Lima: Empresa Editora Amauta.
- ZUBIETA NÚÑEZ, Filomeno (1990). *Los movimientos huelguísticos en Huacho (1916-1917)*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle.
- ZUBIETA NÚÑEZ, Filomeno (1991). «Periodismo huachano con historia». *Los Especiales de Huacho*, (17), 5.
- ZUBIETA NÚÑEZ, Filomeno (1994a). «Huacho en la obra de José Carlos Mariátegui La Chira». *Los Especiales de Huacho*, (51), 7-10.
- ZUBIETA NÚÑEZ, Filomeno (1994b). «Periodismo huachano con historia». *Los Especiales de Huacho*, (55), 5-6.

ANEXOS

ANEXO 1

Partida de matrimonio de Francisco Eduardo Mariátegui y Amalia La Chira¹⁰⁷

«El primero de mayo de 1882, el presbítero inter previa mi licencia casó y veló, según nuestra Santa Madre Iglesia por palabra de presente después de leídas las tres amonestaciones y tomado el consentimiento (*sic*), a Francisco Eduardo, soltero de veinte y cuatro años de edad, natural de Macao, hijo natural de Juan Mariátegui y de Rosa Zapata, con Amalia Lachira (*sic*), soltera de veinte y dos (*sic*) años de edad, natural de Sayán, hija natural de José Lachira y Candelaria Ballejos (*sic*), fueron testigos Juan Ipinze, Domingo Buitrón y Diego Echegaray de que doy fe (firma) Valentín Aparicio».

En otro de los libros de matrimonios (que van del 3 de julio de 1880 al 15 de enero de 1885) de esta misma parroquia también hay esta misma partida matrimonial. Este segundo libro tiene la siguiente anotación: «Casi todas (las partidas de matrimonio, HRP) y algunas no contenidas en este impreso están en el libro 1842-1893, sólo a partir de febrero de este año no lo están como después del libro citado se nota (ilegible) a este impreso pág. 40. Año 1935. J. Elías Ipinze».

107 Ver, en la Parroquia San Jerónimo de Sayán, el libro de matrimonios N.º 4, 1842-1893 (p. 82).

ANEXO 2
Partida de bautismo de José del Carmen
Eliseo Mariátegui La Chira¹⁰⁸

«Año del Señor de mil ochocientos noventicuatro, en dieciseis de julio. Yo, el cura vicario de esta doctrina de Santa Catalina M. de Moquegua que suscribe, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a una criatura de treinta y dos días a quien puse por nombre José del Carmen Eliseo, hijo natural de María Amalia L. Vda. de Mariátegui. Fueron sus padrinos el Dr. Rafael Díaz y doña Carmen Chocano y Solar, a quienes advertí la obligación y parentesco espiritual que por este acto contrajeron y por así lo firmo M. Lorenzo Chávez».

108 Ver Rouillón (1975, p. 38).

ANEXO 3
Partida de bautismo de Juan Clímaco Julio
Mariátegui La Chira¹⁰⁹

«En la villa de Chorrillos, vice parroquia de Surco a los siete de abril de mil ochocientos noventiseis. Yo, el cura vicario, exorcisé, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a Juan Clímaco Julio, nacido en el mes de diciembre de mil ochocientos noventicinco, hijo de don Francisco Mariátegui y María Amalia La Chira; padrinos Juan C. La Chira y Candelaria Ballejos; y testigos: Rafael Sánchez Concha y Clemente Rivas. De lo que doy fe: José Y. Luyo».

109 Ver Rouillón (1975, p. 40).

ANEXO 4
Partida de bautismo de María Amanda
Mariátegui La Chira¹¹⁰

«En esta iglesia parroquial de Santiago del Cercado en once de Enero de 1898, yo, el cura rector de ella, exorcicé, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a MARIA AMANDA, natural de Lima, del 20 de agosto de 1897, hija legítima de Francisco Mariátegui, de Lima y de Amalia La Chira, natural de Sayán, fue su madrina Da. Isabel Sánchez Asnarán. Testigo Manuel Oquendo. De que doy fe: Juan Bautista Hurtado».

110 Ver, en la Parroquia de Santiago del Cercado, el libro de partidas del bautismo que empieza el 31 de mayo de 1895 y finaliza el 24 de abril de 1898 (pp. 334-335).

ANEXO 5

Artículos y referencias periodísticas sobre el fallecimiento de Javier Mariátegui y Requejo

El Día Social (columna)

Fallecimiento

Ha muerto hoy en el Callao, a una edad relativamente temprana, el señor don Francisco Javier Mariátegui, antiguo oficial de marina y del cuerpo político de la armada en la cual desempeñaba ahora mismo el cargo de contador de una de nuestras naves de guerra. Padecía, según entendemos, desde hace muchos años una grave enfermedad cerebral y nerviosa, y sucumbe hoy a la acción de uno de sus ataques.

Era el señor Mariátegui, hijo del magistrado del mismo nombre y apellido que ocupó hasta hace poco una curul de la Corte Suprema de justicia, y fue su abuelo el ilustre escritor y jurisconsulto también así llamado que después de servir con inteligencia y con éxito la causa de la independencia, en los comienzos del siglo XIX, figuró como diputado al Congreso Constitucional de 1821 y como miembro prominente de la administración del parlamento, de la magistratura, del foro y de todos los campos de la actividad política y social del Perú, durante tres cuartos de siglo.

Esta circunstancia, la elevada posición de su ilustre familia en la sociedad de Lima y sus bellas prendas de carácter y de espíritu hicieron del señor Mariátegui una persona

sumamente apreciada en el vasto círculo de sus relaciones y amigos, a quienes va a sorprender seguramente la noticia de este violento y sensible suceso.

Habiendo abandonado el servicio de la Armada, desde años atrás, el señor Mariátegui se entregó bastante joven aún, en las cuales dio una modesta fortuna, después de batallar asiduamente por labrar en aquellos campos el porvenir a que le hacían acreedor sus condiciones de hombre trabajador y animoso. Honrado, jovial, cariñoso y benévolo, jamás tuvo egoísmos, a la postre debió despedirse al fin de la vida dejando una numerosa familia en intensa, aunque honesta pobreza.

Por las relaciones de inmediato parentesco del extinto con las familias de Cisneros y de Swayne, de Rodríguez y de otras, su muerte viene a enlutar numerosos hogares de esta sociedad, en la cual será seguramente muy sentido este triste acontecimiento.

La Prensa (Lima, domingo 10 de noviembre de 1907).

Nota de defunción:

La viuda, hijos, hijos políticos, primos, sobrinos y demás relaciones del que fue

FRANCISCO JAVIER MARIÁTEGUI

suplican a sus amigos se dignen acompañarnos en la traslación de sus restos el lunes 11 del presente a las 9.30 a. m. de la calle Constitución 330, Callao, al cementerio de Baquíjano.

A la hora indicada partirá el tren expreso de la estación principal del ferrocarril inglés. Esta es la única invitación.

Callao, noviembre 10 de 1907.

La Prensa (Lima, lunes 11 de noviembre de 1907).

CALLAO (columna)

Sepelio. Esta mañana fueron inhumados en el cementerio de Baquíjano los restos del que fue don Javier Mariátegui, antiguo contador del «Chalaco».

Dadas las vinculaciones del extinto, la concurrencia fue distinguida y numerosa notándose muchas personas visibles de Lima.

El Comercio (11 de noviembre de 1907, p. 2).

Resumen de la nota informativa del sepelio de Francisco Javier Mariátegui

El sepelio partió de su casa. Francisco Javier fue oficial del cuerpo de política de la armada nacional.

Arrastraron el duelo sus hijos Manuel Javier, Carlos y Augusto Mariátegui y el Dr. Máximo Cisneros, hermano político del extinto.

Asistieron Enrique Swayne, Martín Pro, Sixto Uguriza, Jorge Swayne (en el original erróneamente varias veces se coloca Sobayne), Foción Mariátegui, Pedro Rodríguez, Juan Gallagher y Canaval, Salvador Mariátegui y Mendiburu, Ernesto Cisneros, Abel Ulloa, Emilio Pro

y Mariátegui, Fernando Gazzani, Ricardo L. Mariátegui, Jorge Mariátegui, Héctor Harvey.

Remitieron aparatos florales Eleodora C. de Mariátegui e hijos, Javier Mariátegui y señora, Lodoisca de Mariátegui e hijas, Santiago Trisana e hijos, María Mariátegui del Solar e hijas, Carmela Cisneros y Hna.

La Prensa (11 de noviembre de 1907).

ANEXO 6

Cronología de Francisco Javier Mariátegui y Requejo, elaborada por Humberto Rodríguez Pastor¹¹¹

- 9 o 10 de julio de 1848. Nace en Lima Francisco Javier Mariátegui y Requejo (FJMR en lo sucesivo) hijo de Francisco Javier Mariátegui y Palacios y de Mercedes Requejo Cabello.
- 7 de mayo de 1849. Bautizo de FJMR en la parroquia de Nuestra Señora de Santa Ana. Su padrino de bautizo fue Francisco Javier Mariátegui y Tellería (su abuelo), Fiscal de la Corte Suprema. Sus padrinos de confirmación fueron el capitán de navío Ignacio Mariátegui (tío) y el coronel del ejército José Espinoza.
- 6 de julio de 185. Nace la única hermana de FJMR, a quien llamaron Eva.
- 22 de septiembre de 1857. Bautizo de Eva. Sus madrinas fueron Mariana Arias y Augustina Mariátegui, hermana de su padre.
- 11 de diciembre de 1871. Javier Mariátegui, de manera firme, renuncia al trabajo que realiza como amanuense en la

111 Esta cronología se ha elaborado sobre la base de la investigación del autor en diversos archivos y periódicos.

Sección de Marina del Ministerio de Guerra y Marina, y presenta como motivo lo siguiente: «Teniendo que contraerme al cuidado de mis intereses particulares no me es posible continuar desempeñando dicha plaza». En la misma fecha le admiten la renuncia.

30 de mayo de 1881. A los 56 años, muere la madre de FJMR de diabetes. Vivía en la calle Milagro 130 (actualmente es la 5.^a cuadra del jirón Ancash).

10 de febrero de 1882. En Sayán, muere de colerina José del Carmen La Chira, padre de Amalia La Chira (en adelante ALCH), futura esposa de FJMR, quien se desempeñaba como talabartero.

1 de mayo de 1882. Se casan FJMR, soltero, con ALCH, de Sayán, 22 años, hija natural de José La Chira y Candelaria Ballejos (*sic*). Los testigos fueron Juan Ipince, Domingo Buitrón y Diego Echegaray.

Junio de 1882. Nace, en Sayán, Félix Evelardo, hijo legítimo de FJMR y ALCH. El 2 de julio lo bautizaron y su padrino fue Juan Márquez.

20 de julio de 1882. A la edad de 25 años, fallece la esposa de FJMR llamada María Victoriana de los Dolores Lostanau, nacida en Lima en 1858. Murió de tisis.

Diciembre de 1882. FJMR inicia gestiones en el Arzobispado de Lima para casarse con Eleodora Cisneros, de Huancayo, nacida el año 1857.

1 de enero de 1884. A la edad de 36 años, FJMR se casa con Eleodora Cisneros. Presentan como domicilio la calle Milagro 130.

21 de septiembre de 1884. A la edad de 21 días, Esteban, hijo legítimo de FJMR y ALCH, es bautizado en la parroquia de Huacho. Padrino: Feliciano Gómez.

- 29 de diciembre de 1885. Bautizan a María Guillermina en Huacho, tenía tres meses y medio; señalan que era de raza mestiza e hija legítima de FJMR y ALCH, ambos naturales de Sayán y residentes en Huacho. Su madrina fue Petronila Bazo.
- 28 de marzo de 1887. En la parroquia de Huaura, se bautiza a María Victoria Rosalbina, a los 18 días de nacida. Hija legítima de FJMR y ALCH. Sus padrinos fueron Antonio Salinas y Carmen Marín.
- Año 1890 (aproximadamente). FJMR, de quien dicen que es agricultor, forma una sociedad con el marino Héctor Harvey. La sociedad pretende comprar «el ingenio y [la] habitación[,] propiedad[es] de la testamentería de Antonio Araos», las mismas que en ese año pertenecían a las señoritas Padilla, ubicadas en el puerto de Santa, provincia de Santa, departamento de Ancash. Para la compra, FJMR y Harvey dan poder a Guillermo Elejalde.
- Agosto de 1890. Los hermanos Mariátegui Requejo, Francisco, Javier y Eva, piden ante el juzgado que se declare el fallecimiento intestado de su madre (Mercedes Requejo) y además se los declare como únicos herederos.
- 8 de mayo de 1899. Nombran a FJMR contador del transporte Santa Rosa, perteneciente a la Armada.
- 5 de enero de 1907. Cuando FJMR se desempeñaba como contador del transporte nacional «Chalaco», solicita permiso durante dos meses por encontrarse muy enfermo. Para expedir el certificado médico obligatorio, lo visitan en su domicilio y constatan que se encuentra convalesciente por un ataque de influenza.

- El 5 de marzo pide 30 días más de licencia, el 11 constatan su «estado enfermizo»; nuevamente le dan la autorización que incluye su sueldo completo.
- 7 de mayo de 1907. Nombran contador del transporte «Chalaco» a Manuel Javier Mariátegui y Cisneros, en lugar de Javier Mariátegui que se traslada a otra colocación.
- 10 de noviembre de 1907. Fallece FJMR de «una grave enfermedad cerebral y nerviosa[,] y sucumbe hoy a la acción de uno de sus ataques».
- 11 de noviembre de 1907. Sepelio de FJMR. Arrastraron el duelo sus hijos Manuel Javier, Carlos y Augusto, así como el Dr. Máximo Cisneros, su hermano político. Asistieron, entre otros, Enrique Swayne, Martín Pró, Sixto Uguriza, Jorge Swayne, Foción Mariátegui, Pedro Rodríguez, Juan Gallagher y Canaval, Salvador Mariátegui y Mendiburu, Ernesto Cisneros, Abel Ulloa, Emilio Pró y Mariátegui, Fernando Gazzano. Ricardo L. Mariátegui, Jorge Mariátegui y Héctor Harvey.

**Cronología de Francisco Javier Mariátegui Requejo
o Francisco Eduardo Mariátegui Zapata, según
el libro de Guillermo Rouillón (1975)¹¹²**

(Un poco antes del verano) 1881. FEMZ abandona la hacienda Andahuasi y se dirige a Lima. Toma parte en las batallas de San Juan y Miraflores (enero de 1881) con el grado de capitán de reserva, tuvo a su lado a su tío carnal Foción Mariátegui «y conoció en uno de los reductos de combate a Manuel González Prada, compañero de armas de la misma graduación». Tras la derrota peruana, FEMZ emprende retorno a Sayán.

Octubre de 1881. Nace Mercedes Mariátegui, quien Rouillón supone que es hijo o hija de FEMZ y Amalia La Chira (ALCH en lo que sigue).

10 de febrero de 1882. En Sayán muere de colerina José del Carmen La Chira, padre de ALCH, futura esposa de FEMZ, quien se desempeñaba como talabartero.

1 de mayo de 1882. Se casan FEMZ —hijo natural de Juan Mariátegui y Rosa Zapata, soltero, 24 años, natural de Macao (posesión portuguesa en el litoral de China)—

112 Según Guillermo Rouillón, Francisco Javier Mariátegui y Requejo tuvo que cambiar de identidad mientras estuvo en Sayán y adoptar la denominación Francisco Eduardo Mariátegui Zapata (FEMZ en lo sucesivo), debido a que su abuelo (Francisco Javier Mariátegui y Tellería, prócer de la Independencia y falleció en el año 1884) había sido anticlerical y el menosprecio que había en la sociedad por tal comportamiento tenía tales dimensiones que dificultaban «su normal desenvolvimiento en el medio donde debía actuar». Además, Javier se encontraba preocupado por la posible conflagración con Chile. En Lima, FEMZ toma la decisión de irse a Sayán porque su tío Foción, hermano menor de su padre, estaba casado desde 1879 con Lucila Ausejo Zuloaga, «rica poseedora de la hacienda Andahuasi, situada a una legua del pueblo de Sayán. Por tal suceso es que encontramos al sobrino, allá por el año 1880, en Sayán». «Allí, Javier ha cambiado su elegante apostura de galán por su interés en las labores agrícolas» (Rouillón, 1975, pp. 22-24).

con ALCH —de Sayán, 22 años, hija natural de José La Chira y Candelaria Ballejos (*sic*)—. Los testigos fueron Juan Ipince, Domingo Buitrón y Diego Eche-garay.

Junio de 1882. Nace en Sayán Félix Evelardo, hijo legítimo de FEMZ y ALCH. El 2 de julio lo bautizaron y su padrino fue Juan Márquez.

(Sin fecha precisa) 1883. Nace Amanda, hija legítima de FEMZ y ALCH. Esta niña «al igual que los anteriores vástagos muere a temprana edad». A diferencia de los otros casos, no hay documentos probatorios sobre parte de la información oral recibida por Rouillón y también presentada en la biografía de María Wiese sobre JCM.

(Sin fecha precisa) 1883. FEMZ abandona a ALCH «con el pretexto de trabajar en la provincia de Santa (Ancash)». ALCH gestaba un cuarto hijo de FEMZ, «en esta situación se traslada a Huacho junto con su hermano Manuel para instalar un negocio de talabartería».

2 de septiembre de 1884. Nace, en Huacho, Esteban, hijo legítimo de FEMZ y ALCH. Sus padrinos de bautismo fueron Feliciano Gómez y D. Dionicia. Fue inscrito en Huacho el 21 del mismo mes.

23 de diciembre de 1884. Muere en Lima Francisco Javier Mariátegui y Tellería, abuelo de FEMZ.

Septiembre 1885. Consecuencia de un reencuentro entre FEMZ y ALCH, nace, en Huacho, María Guillermina.

29 de diciembre de 1885. Bautizan a María Guillermina en Huacho, tenía tres meses y medio, era de raza mestiza e hija legítima de FEMZ y ALCH. Su madrina fue Petronila Bazo.

Probablemente en 1893. Luego de casi diez años del abandono, FEMZ logra el perdón de ALCH. Ella se explica que ese alejamiento se debía a que ese era su destino y suponía que él «(había) sido víctima de un hechizo urdido por gentes malvadas, envidiosas de su felicidad». ALCH queda nuevamente embarazada. Una familia (la del coronel Bermúdez), que tiene misericordia de la situación de ALCH, le ofrece que se mude a Moquegua donde estaría mejor, por lo que en enero ella decide y realiza el traslado. En Moquegua, ella pasa por viuda.

14 de junio de 1894. Nace, en Moquegua, José del Carmen Eliseo, quien cuando llega a ser un joven escritor adopta el nombre de José Carlos.

15 de julio de 1894. José Carlos es inscrito en la Data-ría Civil del Concejo Provincial de Moquegua «a fojas 198 y bajo el número 185». Un vecino moqueguano José V. Jiménez declaró el nacimiento (ocurrido el 14 de junio a la una de la mañana en la calle Junín 4) de una criatura varón de raza blanca e hijo natural de María Amalia L. Vda. de Mariátegui; «manifestó además que llevará por nombres José del C. Eliseo y que tiene un mes un día de nacido». Fueron testigos Nicolás Herrera y Mariano N. Pérez.

16 de julio de 1894. Bautizo de José Carlos en la parroquia Santa Catalina de Moquegua, hijo natural de María Amalia L. Vda. de Mariátegui. Sus padrinos fueron Rafael Díaz y Carmen Chocano y Solar.

Diciembre de 1895. ALCH tiene otro hijo, Juan Clímaco Julio, quien el 7 de abril de 1896 es bautizado en

la viceparroquia de Surco, villa de Chorrillos. La criatura es inscrita como hijo de FEMZ y ALCH. Los padrinos fueron Juan C. La Chira y Candelaria Ballejos (*sic*); los testigos, Rafael Sánchez Concha y Clemente Rivas. Siendo mayor, adoptó el nombre de Julio César.

(Sin fecha precisa) 1895. FEMZ trabajaba en el norte e iba poco a Lima. Por esta época, ALCH se entera de que FEMZ era nieto de un apóstata y masón, y decide adoptar el papel de «viuda repuntando definitivamente muerto en vida al que fue su esposo». Entretanto, FEMZ se encontraba avecindado y trabajando en tareas agrícolas en una aldea (caleta del Santa) alejada «de la pequeñez capitalina, y también es posible que tal razón (nieto de un masón) hubiera influido en la alteración de los datos de su identificación en Sayán».

23 de enero de 1906. Guillermina, 19 años, se casa con Modesto Caveró —soltero, 25 años, militar— en la iglesia Sagrado Corazón de Jesús, Huérfanos, en Lima.

9 de noviembre de 1907. A la edad de 58 años, fallece FEMZ. Fue enterrado en el cementerio del Callao, en el cuartel San Jacinto, letra D, N.º 4. En el Libro de Defunciones del cementerio se indica que «ingresó» el 11 de noviembre. Hubo notas necrológicas en *La Prensa* y *El Comercio*.

ANEXO 7

Presencia de José Santos Chocano en Huacho

Pedro R. Eguiguren relata con muchos detalles «la visita digna de recordarse» (la de Chocano a Huacho) que presentamos resumidamente:

La visita de José Santos Chocano ocurrió en la estación veraniega y coincidió con la de Hildebrando Fuentes, otro notable escritor de la época, quien era hijo de Manuel Atanacio Fuentes, de destacada actuación en la política nacional a comienzos del siglo XIX.

Chocano ya era un poeta consagrado por su libro *Iras santas*; estaba vinculado a Huacho por su matrimonio con la huachana Consuelo Bermúdez, hija del coronel Mariano Adolfo Bermúdez. Por entonces, el vate no tenía más de 30 años, «estaba en plena juventud y se le veía fuerte y arrogante. Vestía elegantemente, usaba bigotes a la borgoñona como se estilaba en esa época y llevaba siempre en la diestra un ligero bastón amarillo».

Ante estas «dignas visitas», la juventud culta huachana, que tuvo el concurso de un grupo de señoritas y de estudiantes, invitó a estos dos intelectuales literatos limeños, y con la aceptación de los socios del Club Unión Huachana, a una reunión convocada en el Teatro 28 de Julio.

«En la mañana del día de la velada[,] los bañistas vimos a Chocano sentado en la grama de la playa, a la vera

del antiguo y ya desaparecido establecimiento de los baños de Chorrillos (en Huacho), frente a la mar, escribiendo los versos que en la noche recitó como él solía hacerlo; es decir, con gesto elocuente, clara dicción y voz sonora que se escuchó perfectamente aún fuera del recinto del coliseo malambino».

El teatro recibió a numeroso y escogido «y en su público palco convenientemente arreglado aparecía el poeta Chocano y el doctor Fuentes en compañía de las autoridades locales». El huachano Abraham Ramírez «declamó con voz vibrante y cálido acento la respuesta de Bolognesi de la *Epopeya del Morro*, y lo hizo tan bien que Chocano lo llamó al lugar que ocupaba, lo abrazó estrechamente y le dijo emocionado que él, siendo autor del patriótico poema, no lo habría hecho mejor».

Luego de ello, habló primero Fuentes; seguidamente se puso de pie el poeta Chocano y comenzó diciendo: «Cuando el dios Pan tañía su flauta». Concluyó galantemente: «Si mis palabras fueran de rosas yo coronaría con ellas las frentes de las mujeres de esta tierra fuerte y generosa». Y a pedido del público, declamó la composición poética que había escrito en la playa de Chorrillos. Eguiguren finaliza estas notas afirmando: «Una larga ovación rubricó el último verso del poeta, ovación que me parece aún resuena en mis oídos por la misteriosa emoción recóndita del recuerdo»¹¹³.

113 Ver Eguiguren (1959, pp. 61-63).

ANEXO 8

Crónicas del pasado. LA SEMANA SANTA¹¹⁴

Por: Maritza Gallangos Lobato

Una de las festividades religiosas de mayor resonancia y renombre que se celebraba en Huacho antaño fue, sin duda alguna, la Semana Santa, por la magnificencia, el recogimiento fervoroso de las gentes y la fe y devoción con que se asistía a todas las ceremonias. Hoy de todo esto queda apenas un vago recuerdo que se va perdiendo con el paso del tiempo.

La conmemoración de la Pasión y Muerte del Redentor del mundo marcaba entre nosotros un período de grandes actividades, en todos los órdenes de la vida.

Desde muchos días antes, la gente se preparaba confeccionando las nuevas indumentarias que había de lucirse, y muy raro era quien por entonces no pensase en el indispensable traje de riguroso luto, con el que asistía a la iglesia y a las procesiones.

El comercio entraba en inusitado movimiento, vendiendo los ricos paños negros y los brillantes rasos y surás (tela muy fina de seda), igualmente las zapaterías, las pastelerías con el clásico pan de dulce, las fondas donde los fonderos hacían su comida de Cuaresma, las picaroneras cuyos toldos (pequeños espacios cubiertos con esteras) se

¹¹⁴ Ver *Los Especiales de Huacho*, N.º 49, Huacho, marzo de 1994.

levantaban en céntricos lugares de la población y, en fin, todo en cuanto en alguna forma contribuía al mayor auge y la resonancia de la festividad.

Desde varios días antes, grupos de fieles se transportaban de los vecinos distritos para gozar de la Semana Santa en Huacho, y así podía observarse muchas casas de conocidas familias llenas de forasteros que, desde Supe, Barranca, Pativilca y Sayán, y otros lugares, habían hecho un penoso viaje a lomo de bestia recorriendo muchos kilómetros por caminos infestados de pícaros ladrones.

Los actos religiosos de la Semana Santa se iniciaban con la procesión de la Madre Dolorosa ocho días antes del Viernes Santo. Entonces, cada efigie tenía su mayoral y una serie de devotos que sufragaban los gastos por igual, entrando generalmente en una franca competencia sobre la mejor presentación del Santo, y así había que admirar la riqueza de los mantos bordados con profusión de pedrerías, las gruesas farolas de plata labrada, los milagros, las andas y las demás ornamentaciones religiosas.

La procesión de Dolores salía del templo a las cinco de la tarde y regresaba a las diez de la noche. Era la que se recogía más temprano.

La del Triunfo y la del Nazareno entraban a las 11 de la noche; la del Cristo de la Agonía, a las dos de la madrugada del día siguiente, y la del Sepulcro, a las tres y cuatro de la madrugada. Un enorme gentío calculado en más de 2000 almas presenciaba las procesiones y puede decirse que eran muy pocos los habitantes de La Campiña que no venían al pueblo por aquellos días. Naturalmente, no todos podían acompañarlas dado lo estrecho de nuestras calles. Una gran parte en enormes avalanchas cerraba

las bocacalles, al paso de las andas, y después se iba a las siguientes, y así hasta llegar a la iglesia. En este punto, convergía la concurrencia, y la Plaza de Armas se transformaba en un herbidero humano, por el cual se podía caminar solo a fuerza de codazos y empujones.

Concluidas las procesiones, la enorme masa de gente se dispersaba por las calles adyacentes en busca de los toldos de picarones que eran invadidos, formando grupos sentados en el suelo hasta en medio de la calle. Las más afamadas picaronerías eran las que se situaban al costado de la tienda de don Delfín Buguñá (esquina de Grau y Bolognesi, hoy los bajos del hotel Panamá), y la de la calle de la Soledad (hoy Sáenz Peña). Hasta muy tarde, permanecía la gente degustando la rica fritura de harina y camote, rociada con miel de chancaca, en pintorescas agrupaciones, comentando la solemnidad de la ceremonia.

ANEXO 9

Cronología sobre actividades educativas, culturales y científicas en Huacho

Calendario Histórico Regional elaborado por Filomeno Zubieta Núñez en *Los Especiales de Huacho*, a partir del N.º 46, enero de 1994, hasta el N.º 56, última edición al publicarse el presente estudio.

20 de noviembre de 1832. Por ley del Congreso, se resuelve aplicar 500 pesos anuales del producto del impuesto que se paga por la extracción de las sales de la Villa de Huacho para que se establezca en ella una Escuela de Letras.

20 de noviembre de 1856. Se funda el hoy Centro Escolar N.º 21007 Félix B. Cárdenas, en Cruz Blanca, La Campiña.

8 de julio de 1859. Se funda la hoy Escuela Estatal N.º 20343, en Luriamá, La Campiña. El director fue Eulogio Martínez La Rosa.

4 de julio de 1873. El gobierno de Manuel Pardo establece el Concejo Provincial de Chancay, el cual posee diversas funciones y una de ellas es la educativa.

6 de agosto de 1873. El Concejo Provincial de Chancay adjudica un solar de 104 m² a la Sociedad de Artesanos de Protección Mutua para que construya su local institucional y ponga en funcionamiento una

- escuela, que fue aprobada por Resolución Suprema el 26 de febrero de 1888.
- 24 de agosto de 1876. Se crea la Escuela Elemental de 1.º grado N.º 446, que actualmente es el Centro Escolar N.º 20318.
- 15 de octubre de 1880. Inicia sus labores la Escuela Elemental de 1.º grado N.º 4105, luego denominada N.º 448 y hoy es el Centro Escolar N.º 20319.
- 17 de agosto de 1893. Se instala el Club Independencia de carácter científico, literario y recreativo. Su primer presidente fue Roberto Argüelles.
- 10 de septiembre de 1907. Se funda el Centro Escolar N.º 412, hoy Escuela Estatal N.º 21006 Flor de María Drago Persivale.
- 19 de noviembre de 1911. Se inaugura, bajo carpa, el Cinema Teatro, local de espectáculos más importante de su época en Huacho.
- 20 de agosto de 1922. Fallece Antonio C. Macnamara, decano del cuerpo docente de la provincia y maestro de la juventud huachana.

Se terminó de imprimir en mayo de 2023
en los talleres gráficos del Centro de Producción
Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Jr. Paruro 119, Lima, Perú. Teléfono: 619 7000, anexo 6009.
Correo electrónico: ventas.cepredim@unmsm.edu.pe
Tiraje: 350 ejemplares